JILL BEGOVICH
SABRÁS QUE FUE LA VIDA
TRES MUJERES... TRES DESTINOS
ENLAZADOS DE LA FORMA MÁS INSOSPECHADA
Planeta

JILL BEGOVICH

SABRÁS QUE FUE LA VIDA

Planeta

CONTENIDO

01. LUCI
02. SARA
03. FLOR
04. LUCI
05. SARA
06. FLOR
07. LUCI
08. SARA
09. FLOR
10. LUCI
11. SARA
12. FLOR
13. LUCI
14. SARA
15. FLOR
16. LUCI
17. SARA
18. FLOR
19. LUCI
20. SARA
21. FLOR
22. LUCI
23. SARA
24. FLOR
25. LUCI
26. SARA
27. FLOR
28. LUCI
29. SARA
30. FLOR

31. LUCI
32. SARA
33. FLOR
34. LUCI
35. SARA
36. FLOR
37. LUCI
38. SARA
39. FLOR
40. LUCI
ACERCA DEL AUTOR
CRÉDITOS

A todas ellas

LUCI

Luci odiaba soñar con su mamá. Lo odiaba por la sensación de pérdida que, a la mañana siguiente, la invadía después de abrir los ojos. Pero era inevitable: unas semanas antes del aniversario de su muerte, los recuerdos y la añoranza encontraban el camino a su subconsciente. Esos días, su padre solía cubrir su natural carácter melancólico tras el velo de una falsa paz y una amabilidad exagerada. La farsa, sin embargo, se desmoronaba ante Luci cada madrugada, cuando se suponía que ella debía estar profundamente dormida. Los sollozos de su padre bajo el chorro tibio del agua de la regadera le dolían más a Luci que imaginarlo llorando con ella abiertamente. Si alguien le hubiera preguntado cómo prefería coexistir con el recuerdo de su madre muerta, Luci hubiera optado sin dudarlo por la franqueza emocional, pero su padre parecía querer protegerla de cualquier contacto, por sutil que fuera, con los sentimientos. Aún ahora, casi once años después de aquel lunes de abril que colocó el punto final en la vida de su mamá y destrozó la de su papá, esa suerte de escape seguía siendo la única forma en que él enfrentaba la pérdida.

Ocurrió un lunes como cualquier otro. Ana despertó a su hija para ir a la escuela y le preparó el desayuno a su esposo: media toronja, pan tostado con mantequilla y café, como todos los días desde hacía quince años. Miguel se encargaría de llevar a Luci a la primaria. Luego de activar el engranaje matutino se metió a bañar. Ana era de esas mujeres que no toman mucho tiempo en arreglarse, lo que le permitía dedicarle cada segundo posible a lo que realmente disfrutaba: beber su café —el primero de los tres que se tomaba cada día— y leer el periódico en soledad. Quien se adentra en los dobleces de esa sábana

de letras, sin fijarse en los escándalos más inmediatos, puede enterarse de las mejores historias antes que nadie. Las riendas editoriales sostenidas por intereses políticos y económicos se relajan ahí, en las entrañas de los diarios. Casi siempre, esos rincones discretos se usan para publicar el trabajo de algún reportero obstinado: esas necedades ideológicas que los editores consideran carentes de importancia, pero a las que prefieren dar luz verde antes que volver a escuchar, en boca del autor, las mil y un razones por las que el artículo en cuestión es la piedra angular de la siguiente gran historia. Pero en ciertas ocasiones, esos periodistas necios con demasiada energía y aún más sed de reconocimiento dan en el clavo. A Ana le encantaba anudar los hilos sueltos, ser testigo de cómo se gestaba el siguiente escándalo, la próxima pandemia y el consecuente tema que estará en boca de todos.

Terminó el último sorbo de café y se sonó la nariz, con la potencia y desfachatez que una se permite en privado. Mientras se lavaba los dientes recordó que debía llevar un par de cajas a la oficina, para traer a casa libros y otras pertenencias. Por primera vez en siete años, le darían mantenimiento al Centro Nacional de las Artes y ese día se encargarían de pintar la Escuela Nacional de Danza.

Subió a su Jeep y aumentó el volumen a Celia Cruz. Stravinsky estaba bien para el estudio, pero no para el tráfico infernal de la colonia Del Valle a las ocho de la mañana. Aunque a su departamento en la calle Elefante y el CENART sólo los separaban unos siete kilómetros, los trayectos a esa hora fluctuaban entre los quince minutos y los cincuenta.

Los modos en que opera el tránsito en la Ciudad de México escapan al entendimiento de sus habitantes; el humor del chilango se determina en gran medida por la experiencia vial del día. Hay quienes descargan su frustración impactando repetidamente el talón de la mano al volante y otros, como hacía Ana, que prefieren entender esos embotellamientos como el espacio ideal para organizar su mente. Al ritmo «De La Habana hasta aquí» tamborileó sus dedos sobre el tablero y poco después entró al estacionamiento de su lugar de trabajo.

Aquel día, le tocaba impartir técnica de danza clásica a los de cuarto año y sensibilización músico-corporal a los de primero. Con tanta energía, proveniente de su ansiedad por aprender, los principiantes se convertían en un grupo muy difícil, pero que la llenaba de satisfacción. Los de cuarto, en cambio, se tomaban la danza con un rigor que rayaba en el fastidio. Ella, en más de una década como bailarina profesional, nunca había perdido la capacidad de sorprenderse de lo que su cuerpo y la disciplina eran capaces de lograr.

Un factor a su favor fue que la decisión de dedicarse a la danza

la tomó por cuenta propia. Muchas de sus compañeras de clase, apenas unas niñas en aquel entonces, atendían a los deseos frustrados de sus madres y se presentaban con los ojos hinchados por el llanto a los ensayos. Nunca fue su caso. Cuando las maestras detectaron su oído musical innato y la disposición natural de su cuerpo para el *ballet*, su madre, una mujer sabia y práctica, tuvo el buen tino de sentarse con ella y preguntarle qué era lo que quería. Ana no dudó en responder. Nada la hacía más feliz que bailar. Nada la haría más feliz que bailar toda su vida.

Esa pasión la llevaría diez años más tarde a convertirse en primera bailarina de la Compañía Nacional de Danza, recorrer el mundo y protagonizar los grandes clásicos como *La Cenicienta, El cascanueces* o *El lago de los cisnes,* en la isleta del lago menor del antiguo bosque de Chapultepec. Sin duda alguna, la puesta que más disfrutaba era *Giselle*. Ese *ballet* le daba la oportunidad de convertirse en la mujer que ama sin límites y sin prejuicios, una loca de atar romántica que está dispuesta a dejarlo todo, hasta la danza, por el hombre que ama. Claro que ella nunca lo haría, pero sus primeros años de matrimonio resintieron las giras y las sesiones maratónicas de los ensayos. Aun así, Miguel no claudicó ante los discursos interminables de su madre, que insistían con la posibilidad de que Ana antepondría su carrera a la maternidad. Él repetía las palabras de su esposa: «Siempre hay tiempo para cada cosa, sobre todo en la efímera vida de una bailarina». Tres años después de casarse, confirmando aquella sentencia, Ana quedó embarazada.

Ahora Luci tenía doce años, y aunque a su madre le hubiera encantado inculcarle la disciplina del *ballet*, la niña había heredado los pies izquierdos de su padre. Pero sólo para el baile. Desde pequeña había destacado en cada deporte que practicaba, y su bajo rendimiento escolar no obedecía a otra cosa que a su pasión por dibujar.

Antes de comenzar la clase de sensibilización, Ana recordó la sorpresa que la embargó el día anterior cuando, al revisar los cuadernos de su hija, se encontró con un sinfín de dibujos de todas las formas y tamaños, pero ningún apunte sobre las materias escolares. Lo primero que salió de su boca fue un regaño.

—¿Pero mamá, ya los viste bien? —le preguntó Luci.

¿Verlos bien? Los había devorado con la mirada. Su habilidad era impactante para su edad pero, ¿qué clase de madre sería si aplaudiera la facilidad con que su hija eludía sus obligaciones escolares?

—Luci, hay un tiempo y un lugar correcto para todo.

Intentó hablarle de su propia experiencia, de los desafíos que

tiene una bailarina para darle a cada aspecto de su vida un espacio, sin dejar de practicar, con el mayor empeño posible, su arte. No obstante, mientras la niña escuchaba, el lápiz en su mano hacía piruetas sobre el papel. ¿Quién era ella para tratar de ponerle horarios a una pasión?

Los alumnos de primer año entraron al aula como animales salvajes y en segundos trajeron su mente de vuelta a la realidad. Era increíble lo que la *Obertura 1812* podía hacer con el exceso de hormonas y la energía mal canalizada. Un par de acordes después, el bullicio se esfumó y los jóvenes se tranquilizaron.

Después de la clase, Ana se tomó unos momentos para empacar en dos cajas algunos libros, sus diplomas enmarcados y la única fotografía que tenía en su oficina, donde estaba con Miguel y Luci en Disney. Lo demás, bien cubierto de plástico o periódico, podría sobrevivir al escurridizo rocío de pintura. Con una caja en cada mano, abandonó el cubículo y cerró, con la gracia inherente a una bailarina, la puerta con la punta del pie. De camino al estacionamiento bromeó con sus alumnos de cuarto grado sobre un supuesto despido como explicación a las cajas repletas que llevaba en brazos. En un ambiente donde todos se toman la danza tan en serio, Ana era una bocanada de aire fresco en el CENART.

Hay quienes confunden disciplina con displicencia. Para ella, la disciplina sólo era parte de la receta para la enseñanza. La empatía, un buen sentido del humor y la complicidad, junto con la dedicación al grupo, resultaban herramientas mucho más eficaces en el aula que las sanciones estrictas que imponían otros docentes. Los resultados de su método se podían ver tanto en el escenario como en el afecto que le mostraban sus alumnos incluso fuera del aula.

Ya en el estacionamiento, dejó las cajas en el piso para abrir la cajuela. Incapaz de olvidarse de sus prácticas, incluso en los momentos más cotidianos, flexionó las rodillas en un grand plié y levantó las pesadas cajas para colocarlas en la camioneta. Un mareo súbito trastornó sus sentidos. Intentó recuperar el equilibrio soltando la carga de golpe. Sus objetos personales impactaron el suelo con estridencia. Un rayo apuñaló su cerebro. El trueno retumbó en su cráneo. Aferrarse al costado de la camioneta fue imposible. Su cuerpo se deslizó sin gracia hacia el pavimento y ahí, entre los vidrios rotos del portarretratos, junto a la foto familiar, pidió tímidamente ayuda. No le alcanzó el aire para gritar.

El timbre del teléfono interrumpió los pensamientos de Miguel, concentrado en encontrar el sentido oculto entre las fotos y recortes de periódico unidos con hilo rojo que resumían el trabajo de los últimos dos años. El jefe de plaza del grupo criminal asentado en la Ciudad de México lo veía con ojos cínicos y una caguama en la mano desde lo alto de aquel diagrama que decoraba su lúgubre oficina. No había ningún artículo personal que volviera más ameno el ambiente. Jamás colocaría la foto de su hija o su esposa en el mismo espacio en que habitaba la figura de un tipo tan perverso: a pesar de su corta edad, presumía un catálogo macabro de asesinatos.

Contestó con ligereza, casi fastidiado. Nada lo hubiera preparado para lo que salió por la bocina del auricular. Por más que aguzaba el oído sólo escuchaba fragmentos de lo que decía su interlocutor. Fue repentino. La ambulancia se demoró. Aún respiraba cuando llegaron los paramédicos. Sin embargo, no pudieron hacer nada.

La línea se quedó en silencio, salvo por la respiración agitada del subordinado que había tenido que hacer la funesta llamada.

—¿Comandante?

Por lo que le parecieron horas, Miguel no dijo nada. Pensó en su hija. Ya tendría toda la vida para pensar en Ana. ¿Cómo le diría a Luci? ¿Cómo se las arreglaría él solo con una niña de esa edad? ¿Cómo sobrevivirían sin la estratega de la casa, sin su pragmatismo, sin su alegría, sin sus ocurrencias?

—¿Comandante?

—Entendido. —Quiso decir algo más, pero apenas atinó a emitir un balbuceo ahogado.

Al llegar al hospital, conocidos y desconocidos lo acribillaron con preguntas, pésames, reflexiones con una pretensión de agudeza que rayaban en lo ridículo. Necesitaba estar solo. Con tanto bullicio era imposible planear cómo le diría a Luci que su madre había muerto. Además, lentamente comenzaba a notar ese malestar velado que produce la pérdida, una especie de agujero negro a la altura del plexo solar, que amenaza con succionar, lenta y dolorosamente, todos los órganos vitales.

El doctor se acercó con paso firme y un rictus de consternación fingida que le hizo recordar el gesto que él mismo adoptaba cuando tenía que comunicar la muerte de algún individuo a su familiar. Por cortesía profesional, evitó atormentar con su dolor al médico que tuvo la mala fortuna de recibir el cuerpo sin vida de Ana. Conocía bien lo incómodo que era sostener en brazos a un desconocido empapado en llanto, al borde de la histeria.

—Murió a consecuencia de la ruptura de un aneurisma cerebral. Un aneurisma es una deformación que aparece en las arterias

cerebrales debilitadas. Su presencia es asintomática. Un esfuerzo físico, incluso sonarse la nariz o levantar algo pesado, puede hacer que se reviente, provocando una hemorragia.

Miguel deseaba con todo su ser que el hombre se callara, pero parecía que su estrategia para calmar a los deudos consistía en adoptar tonos de catedrático.

—Si se atienden a tiempo, con cirugía, el pronóstico puede ser favorable. Pero en muchos casos los pacientes que sobreviven a la ruptura de un aneurisma cerebral padecen secuelas neurológicas muy graves.

De cierta forma, Miguel comprendió que aquel sujeto intentaba decirle que la muerte fue la mejor de las peores opciones para Ana. Porque nadie sabe la bendición que acompaña a un fallecimiento si la alternativa involucra el daño cerebral, donde para el paciente la vida ya no es la misma, y el ser querido se vuelve para la familia un lastre. Incluso los parientes más cercanos, en esos casos, sienten repulsión por sí mismos al sorprenderse, una y otra vez, pensando que quizá la muerte del afectado hubiera sido mejor para todos. El luto, por más lacerante, siempre es una conclusión más llevadera que el desgaste paulatino de la vida del ser amado. A Miguel lo asombró darse cuenta: Hasta para eso Ana fue práctica, siempre adelantada a las circunstancias.

—Acompáñeme—dijo el hombre. El imperativo lo obligó a salir de sus pensamientos, donde se sintió, por unos segundos, a salvo de la realidad. Sin embargo, era ineludible: había llegado el momento de verla por última vez.

Miguel pasó el primer año tras la muerte de Ana en una especie de trance. Todo a su alrededor parecía funcionar por inercia, a través de las instrucciones para el día a día que su esposa había instaurado en casa. Él siguió trabajando. Luci pasó a la secundaria. Con el tiempo, los episodios más estruendosos, donde la ausencia era insoportable, se hicieron menos frecuentes. Y aunque su vida no volvió a la normalidad, sí adquirió una nueva cadencia que la hizo tolerable. Diez años después de aquel lunes de abril, las autoridades federales capturaron al jefe de plaza de Los Zetas en el Distrito Federal, y a siete de sus más cercanos colaboradores, gracias a una operación encubierta diseñada y ejecutada de forma impecable por Miguel. Las felicitaciones y el ascenso no tardaron en llegar.

El nuevo puesto trajo consigo un cómodo horario de burócrata

que le permitió a Miguel convivir más con su hija: toda una revolución en su vida, ocupada hasta entonces de tiempo completo en investigaciones policiales. Miguel se arrepentía de haber dedicado tanto tiempo a la oficina antes de eso. A veces se quedaba a dormir ahí, intrigado, dispuesto a descifrar alguna conexión criminal, o al pendiente de alguna noticia. Ana soportaba estoica sus ausencias: era un acuerdo tácito entre ellos, porque del mismo modo él la respaldó cuando aún se presentaba como bailarina.

Después de que su carga de trabajo disminuyó, Miguel redescubrió a su hija. Pese a que había crecido sola, esperando a que su padre llegara a casa, era una chica brillante. Tenía una conversación inteligente, era educada y discreta. Eso sí, su mirada siempre estaba ensombrecida por una tristeza que ambos compartían. Su padre hizo un esfuerzo para entrar en su mundo. Si bien la conversación no era su fuerte, se dio cuenta de que compartir ciertas actividades los hacía sentir más cerca, sin necesidad de profundizar en el estado anímico del otro. Por lo menos tres veces por semana salían a correr muy temprano a los Viveros de Coyoacán. Los jueves eran noches de cine. Una vez al mes encontraban el tiempo para una sesión de tiro deportivo en el Estado Mayor Presidencial. Con toda naturalidad, se volvieron cómplices. Viajaban, cocinaban juntos, se divertían. Pero nunca hablaban de Ana. Y no porque Luci no quisiera. Cada vez, las contadas ocasiones en que la mencionó, a Miguel le daba una ansiedad incontrolable. Comenzaba a moverse agitado, a mirar para otro lado intentando cambiar el tema de conversación. Sentía cómo el sudor le empapaba el rostro, y comenzaba a abrir y cerrar las manos en un tic que llevaba toda su vida intentando controlar. Era increíble: el comandante, que siempre se mostraba en calma, incluso cuando debía tratar de cerca con los criminales más sanguinarios, temía mencionar, enfrente de su hija, el nombre de su esposa muerta. Era ridículo. Miguel lo sabía y eso lo ponía peor. Sentía cómo sus ojos se humedecían y el cuerpo, de postura perfecta y ademanes firmes, se le encorvaba: le costaba incluso llevarse la palma de la mano a la frente. Luci comprendió al poco tiempo que cualquier recuerdo y pensamiento sobre su madre, debería guardarlo para sí misma.

Faltaban dos días para el onceavo aniversario luctuoso de Ana y menos de dos meses para acabar la carrera en diseño de modas. Habían quedado atrás los tiempos de insolencia ante los profesores y distracción en clase. Esforzándose en seguir el disciplinado ejemplo de

su madre, se graduaría con el mejor promedio de la generación. Luci tomó el celular del buró junto a su cama y vio la hora. La luz de la pantalla la deslumbró. Aún faltaba hora y media para que sonara el despertador, pero prefería quedarse despierta. Sabía que, de lo contrario, soñaría con ella y la sensación de pérdida se le quedaría prendida al cuello el resto del día, sofocándola. No se podía dar ese lujo en finales. Además, debía terminar cuatro diseños para su portafolio y había perdido demasiado tiempo perfeccionando los cierres en los bocetos.

Aunque ahora se maldecía por ello, le encantaba poner especial atención a ese detalle de sus diseños. El mecanismo le parecía excepcional, y aunque otros estudiantes sólo trazaban un esbozo para indicar su existencia, ella se tomaba el tiempo y el empeño para retratar el complejo encanto del zíper y cómo su centenar de pequeños dientes embonaban a la perfección. Al dibujarlos se imaginaba el zumbido tenue que emiten estos artefactos al cerrarse. Luci fantaseaba con el momento en que su novio fuera parte de ese acto sensual, tan íntimo, de subir el cierre de su vestido de graduación.

Con ese pensamiento en mente, se puso la ropa deportiva, poniendo especial atención al abrocharse la sudadera. Después se colocó los audífonos y salió de casa. Subió el volumen para alejar las voces que, en su cabeza, persistían en traerle recuerdos. Sincronizó su trote suave con «Viva la Vida» de Coldplay. Se desconectaba tanto del mundo cuando corría que el movimiento brusco de una ardilla al margen de la pista logró sobresaltarla. Maldijo en su cabeza. Luci pisaba kilómetro tras kilómetro, el sol ascendía y el sudor resbalaba por su cuello hasta depositarse en un pequeño charco entre sus pechos. Había apretado de más las agujetas de sus tenis. Sentía cómo le hormigueaban los pies, pero no dejaría de correr hasta que no la invadiera esa sensación de bienestar que acompaña al agotamiento. Supo que el momento había llegado cuando los colores del paisaje a su alrededor se volvieron más intensos y los bordes de los objetos más brillantes, como si su carrera la hubiera llevado al mundo animado de un videojuego.

Cuando Miguel terminó de bañarse, su hija ya no estaba. Se alegró de que así fuera. La regadera ahogaba el sonido de su llanto, pero no hacía nada por calmar los ojos hinchados que tendría que llevar el resto del día. Al dolor que le provocaba pasar ciertas fechas sin Ana se le sumaba el pesar de saberse descubierto en la mirada de Luci, quien

fácilmente adivinaba que su padre había pasado la mayor parte de la madrugada hundido en la depresión, empeñado en no compartir la tristeza con ella. Miguel reservaba sólo un par de fechas para dejarse llevar hasta el abismo por ese torbellino de emociones. Eso sí, siempre tras puerta cerrada. Esa mañana, quizá porque había dejado pasar más tiempo desde la última vez, resurgir de las profundidades había sido un poco más tormentoso de lo normal.

Llorar es un acto muy burdo. Se requiere de temple y experiencia para salir con dignidad de ese caos sentimental, para echar los hombros atrás, levantar la cabeza y otorgar la cortesía de una sonrisa a quien salude. Por fortuna, Miguel no era del tipo conversador: sabía que por su jerarquía no podía permitirse confidencias ni amistades que rozaran la intimidad. Aprovechando la frialdad que mediaba sus relaciones en el trabajo, podría con facilidad justificar sus ojos rojos y la nariz constipada fingiendo un resfriado sin importancia.

SARA

Sara era una obsesiva de la limpieza y el orden. Pronto se dio cuenta de que la perfección era imposible con un bebé cerca. Ni su casa ni su cuerpo se veían como ella quería. Aprovechó los frecuentes viajes de su marido y la poca atención que le prestaba para hacerse una histerectomía de la que nunca le habló a nadie. No se volvería a embarazar.

No había forma de que Fernando lo notara. Apenas y la miraba en el día a día; llevaba tiempo sin apreciar con atención su cuerpo desnudo. Si un día, como tantos otros, llegara a casa con unos whiskies encima, que lo incitaran a saciarse con ella, seguro no podría distinguir entre la cicatriz de la cesárea y la marca más reciente. Hasta ese punto llegaba su indiferencia.

Todas las noches se repetía una rutina similar. Antes de dormir, Sara retiraba los siete cojines decorativos de la cama y los apilaba cuidadosamente en el sillón, mientras él se lavaba los dientes. Después se quedaba de pie en la entrada del baño, preguntándole necedades que Fernando no podía responder con la boca llena de pasta. Pero eso no era lo peor. Justo después de que él respondía generalidades, sin dar lugar a que continuara la conversación, cuando por fin se creía libre para meterse a la cama, ella se cruzaba en su camino para alisar con las palmas de las manos una serie de arrugas inexistentes en las sábanas. Después de ese acto neurótico, era imposible para él verla con deseo. Las últimas veces que lo habían hecho, no podía sacar de su mente que Sara ponía toda su atención en el número de arrugas que el vaivén de sus cuerpos provocaba en la cama. Su obsesión por la asepsia y por mantener su entorno bajo control, iban desalentando

cada día la pasión, y amenazaban con extinguirla por completo.

Para el resto del mundo, Sara y Fernando eran una pareja enamorada. Incluso después de tantos años, cada vez que él llegaba del trabajo y encontraba en la sala al grupo jugando canasta, después de saludar con esmero a las tres amigas de su esposa, se dirigía hacia ella, se colocaba de pie tras el respaldo de la silla y le daba un suave masaje en los hombros. Ella giraba el cuello y alzaba el mentón lo suficiente para alcanzar con los labios los dedos de su marido. Ambos sabían que esos detalles quedaban grabados en la mente de sus amigas, asociados a sentimientos encontrados, entre la añoranza y la envidia. No obstante, el hechizo se rompía invariablemente cuando se marchaban las visitas. Sus muestras de devoción no eran más que una coreografía ordinaria. En el mundo de las leyes, los despachos y los abogados, las apariencias son más importantes que las verdades. Así que los dos estaban dispuestos, cada uno por sus motivos, a actuar como unos tórtolos cada vez que fuera necesario.

No siempre fue así. Fernando notó con incredulidad la forma en que Sara se convirtió en una señora después de casarse: una de esas mujeres de peinado perfecto, perlas al cuello y vestido conservador. Le parecía terrible su afán por cubrirse el cuerpo, ocultar esa piel radiante y bronceada que unos años antes lo conquistó, primero a través de la vista, luego del tacto. Nadie le dijo que una argolla cambiaría todo tan rápido. Pero Sara —ahora Sarita, como la bautizaron con su habitual cursilería las madres de los compañeros de su hijo en el kinder— enterró a la chica ocurrente y desenfadada el día que firmó el acta nupcial.

La vio por primera vez durante una boda en una hacienda de Querétaro. En la misa, cuando se pusieron de pie para el Evangelio, le llamó la atención el escote de su vestido rojo, que le descubría toda la espalda dejando entrever, en la parte baja, dos hoyuelos a cada lado de la columna vertebral. Su atención se fijó en ese oasis anatómico sin atender una sola palabra de la lectura. Como si fuera un acto de censura divina, el sacerdote les indicó tomar asiento. Decepcionado por perder de vista aquel paraíso, Fernando aprovechó el momento para cerciorarse de que no hubiese ningún acompañante masculino cerca de ella. Pasó el resto de la ceremonia pensando cómo se acercaría a esa mujer.

No fue difícil. Después de comer, la joven en cuestión y su grupo de amigas se apoderaron de la pista de baile. Todas solteras, volcaban en el ambiente una contagiosa sensación de libertad; sin duda su único objetivo en aquél momento era disfrutar la noche. Bastó con que él se acercara a la tarima con un whisky en la mano y un magnetismo sobrenatural se encargó del resto. Si lo que sintió en la iglesia era

inconfesable, la sensación que se apoderó de él al colocarle la mano en la cintura, la mitad sobre la tela del vestido y la otra mitad rozando su espalda, era incontrolable. Bailaron varias canciones seguidas: sus cuerpos se entendían como si llevaran años de conocerse. Después de un rato, ella sugirió que se sentaran. Fernando se sorprendió cuando Sara pasó de largo las mesas y lo condujo de la mano sin decir nada, a través de un laberinto de corredores.

—Había mucho ruido —se excusó ella.

Por fin se detuvieron en un jardín del lado opuesto a la fiesta. La conversación fluía con naturalidad. Apenas se interrumpía cuando Fernando volvía a la barra a rellenar sus vasos. En uno de sus viajes, volvió con la botella entera.

—Así no tengo que alejarme de ti —le dijo.

Le tomó la mano. Estaba helada. Un poco en contra de su voluntad, Fernando cubrió aquella espalda perfecta con su saco.

El sacrificio duró poco. Un par de besos después, él mismo se encargó de arrancarlo de los hombros de Sara. El arrebato les provocó una carcajada que se ahogó cuando sus lenguas se juntaron. Fernando recorría en éxtasis esa piel de fantasía. La tocó con prisa, pero sin perder detalle. Sara estaba relajada, como nunca volvería a estarlo en su vida. Parecía tenerla sin cuidado el pasto que rozaba su espalda, y el vestido que sin duda se estropearía.

Alguien carraspeó de forma exagerada, a lo que siguieron unas risotadas salvajes. Eran las amigas de Sara.

Esa noche, Sara plantó sin querer la semilla de una enredadera de mentiras. Cuando se fue a la cama, incapaz de conciliar el sueño, revivió en su mente la conversación que tuvo con Fernando. No tenía idea de por qué le había dicho que vivía en Jurica, si la colonia donde estaba la casa de sus papás no se parecía en nada a esa zona exclusiva. No es que viviera en los arrabales. Su familia era típica de la clase media: sin penas, sin lujos, genérica, intercambiable. Por más vueltas que le dio, no entendió qué provocó su respuesta, pero el sueño la convenció de que no importaba. Él vivía en la Ciudad de México y no se volverían a ver.

Ahora llevaba la mitad de su vida casada con Fernando Gallardo. Sus recuerdos de infancia y adolescencia estaban enterrados bajo un cúmulo de memorias fabricadas. Dedicó su noviazgo a devorar revistas de sociedad, a observar a las mujeres que se reunían a desayunar en lugares de moda, con aires de tedio y monotonía. Se desentendió de

sus padres, de sus amigos. Quemó todos los puentes que la conectaban con su vieja identidad. Destrozó la biografía que no la dejaba pertenecer al mundo de Fernando, y el personaje que construyó logró su cometido. Se casaron unos meses después.

El secreto fue convertirse en espejo. Aprovechar cada instante con sus nuevas amistades —las parejas de los amigos y socios de Fernando— para succionar clase y adoptar hasta el ademán más insignificante. Sara aprendió a conversar con ese tono aristocrático tan particular y a reír hacia adentro. Perfeccionó el arte de aplaudir sin hacer ruido. Se volvió una experta en discutir sin mover los labios y sin perturbar la sonrisa. Le provocaba más placer que remordimiento la perfección obsesiva con la que había ejecutado su plan, pero sabía que el matrimonio no era suficiente. La única forma de perpetuarse en ese reino moderno era tener un hijo del rey.

No obstante, no se consideraba una mujer interesada. Creía profundamente que el minucioso plan que había elaborado para insertarse de una vez y para siempre en el mundo de Fernando, era una reacción natural al inmenso amor que sentía por él. Desde el momento en que lo vio en la pista de baile en esa boda en Querétaro que marcó el final de su otra vida supo que debían estar juntos. No era una simple atracción física. Si tuviera que describir el efecto que le provocó la mirada de ese completo desconocido diría que una mano invisible atravesó los tejidos de su abdomen, empuñó su estómago y lo retorció. Dicho así no sonaba agradable, pero Sara nunca había tenido una experiencia tan fuerte. El roce de la mano de Fernando en su espalda tuvo un efecto eléctrico. El volumen de la música los obligó a acercarse a la oreja del otro para conversar y en una de esas ocasiones sentir el vestigio de su barba le erizó toda la piel, desde el cuello hasta su centro de gravedad.

Cuando Fernando la dejaba para ir a la barra, ella se sentía hinchada de plenitud. Hacía una eternidad que no se la pasaba tan bien, ni con un pretendiente, ni con sus amigos. Cuando él regresaba con los vasos repletos y se acercaba al jardín por debajo de la arquería colonial, Sara podría jurar que los latidos de su corazón eran tan potentes que sobrepasaban la música y los murmullos de la gente. Casi podría jurar que su mismo torso se agitaba, y ella debía contenerse para no lanzarse sin más a sus brazos.

Más de veinte años después, esa pasión arrebatada vivía sólo en su memoria. El cuerpo se acostumbra a todo, pero el corazón nunca puede comprender la indiferencia del ser amado. Su estómago seguía retorciéndose, pero ahora de forma detestable, cada vez que Fernando hacía evidente, aunque fuera de la manera más discreta, su desinterés. La obsesión de Sara por las listas la obligaba a llevar un detallado

conteo mental de las veces que él suspiraba con hastío, volteaba los ojos o simplemente la ignoraba.

Era impactante cómo en eventos sociales eran capaces de entrar al unísono en personaje. La actuación nunca fallaba. Eran el equipo perfecto. Las miradas de complicidad, las anécdotas de pareja, la sincronización inaudita en sus sutiles muestras de cariño. Todo parecía tan instintivo y natural que cada vez que volvían a casa de una reunión, Sara comenzaba a dudar: quizá, muy en el fondo, Fernando la siguiera amando. La hipótesis se descartaba al instante, cuando él evadía sus labios con la pericia y precisión de un torero, colocando la mejilla tensa para recibir el beso de buenas noches. Como si la simulación de afecto hubiera sido sólo un preparativo para aquella estocada final.

Los problemas empezaron con el embarazo. Apenas dos meses después de casarse, Sara le informó a Fernando que tendrían un bebé. Él estaba extasiado. Ella no tanto. La hacía feliz verlo así, pero no experimentaba la supuesta dicha de una mujer encinta. Los vómitos matutinos y los cambios en su cuerpo la hacían sentir fuera de control. Se aferró entonces a todo lo que sí podía controlar: los cuadros, los libreros, la cocina. En una ocasión, ordenó el ropero de Fernando. Toda la ropa por colores: camisas, trajes, corbatas y calzones. Incluso los relojes estaban alineados según el tamaño y el color del extensible. Él, aunque parecía extrañado, se lo agradeció con un beso.

No sabía que el asunto apenas comenzaba: todo empeoró cuando nació Mauricio. A pesar de que en una casa de las Lomas siempre hay servicio de planta, el recuerdo que tenía Fernando de su esposa las primeras semanas después de la cesárea no era con el niño en brazos, sino con un trapo y un producto de limpieza antibacterial con el que desinfectaba, en repetidas ocasiones, la misma superficie. Cuando la increpó, ella, ofendida, le explicó que lo hacía para proteger a su bebé. Al mismo bebé que sólo cargaba cuando había visitas, que despreciaba por lo que le hizo a su cuerpo. Al mismo bebé al que le guardaba rencor por tener la atención y el afecto de Fernando.

Indiferencia con episodios agudos de aversión. Eso era lo que sentía Sara por su hijo. La posición económica de la familia Gallardo le permitía delegar cuidados y cariños. Enfermeras y nanas se encargaban del niño mientras ella se inventaba compromisos y tareas fuera de la residencia. En alguna ocasión Isabel, la nana, se ausentó para asistir a los quince años de su sobrina. El bebé tenía año y medio

de nacido y Sara no tuvo otra opción que cuidarlo un par de horas hasta que llegara la enfermera. Colocó al niño en una manta sobre el piso y vació la maleta de juguetes a su alrededor. Mauricio empezó a llorar. Primero de forma muy suave, un simple sollozo. Sarita lo veía desde la distancia, como alguien que no le quita la mirada a un animal salvaje que supone una amenaza. La intensidad y la frecuencia de los quejidos aumentó y sucedió lo mismo con los latidos del corazón de ella. En un acto que obedeció más a la desesperación que a la compasión maternal, se acercó y puso en las manos del niño una sonaja. Mauricio lanzó el juguete con una fuerza descomunal y acompañó el exabrupto con gritos desgarradores que la llevaron al límite. Lo que sucedió después se grabó en su mente para siempre, con esa fuerza que sólo imprimen la culpa y el asco. En un abrir y cerrar de ojos tomó al niño, lo levantó hasta que pudo mirarlo de frente y lo comenzó a sacudir con violencia. El trance pudo haber durado segundos o minutos. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo dejó a Mauricio sobre su manta y se sentó en el sillón, ausente.

Después de ese día, Sara sentía una vergüenza tremenda cuando estaba cerca de él. Sentía que esos ojos demasiado grandes para un rostro tan pequeño la juzgaban. Pero más que vergüenza, tenía miedo, de cómo ese pequeño sacaba la peor versión de sí misma. Le daba pavor hacerle daño y, como consecuencia, acabar con todo lo que había construido.

Sabía que no podía hablar del asunto con nadie. Una sola palabra al respecto la convertiría en una paria. Con la misma tenacidad con la que aprendió a ser una mujer de sociedad, se empeñó en convertirse en una madre modelo, aunque sólo fuera a ojos de los demás. Pronto se dio cuenta de que el niño era el pretexto perfecto para ampliar su círculo social. El cambio repentino en su actitud sorprendió a Fernando, pero no engañó a su suegro, Domingo.

Domingo Gallardo era un sabueso de mentiras. Miembro de una familia republicana de Valencia, llegó a México en 1938 con un grupo de migrantes que abandonó España durante la guerra civil. Como buen hombre de leyes era inquisitivo y observador. Su olfato profesional lo llevó a ganar los casos más sonados, sobre todo juicios políticos y divorcios millonarios.

Cuando conoció a Sara se regocijó por Fernando. Era una joven auténtica, un diamante en bruto. Nada que ver con las novias predecibles de entrada por salida que su hijo le había presentado. Ella

cabalgaba la vida con una imprudencia inocente que la hacía simplemente encantadora. No se veían muy seguido. Domingo y Marta, su esposa, aprovechaban una jubilación temprana de la abogacía para embarcarse en largas travesías a los destinos más exóticos, donde permanecían por temporadas razonables para conocer, no sólo de forma superficial, la cultura de cada lugar.

La segunda vez que la vio fue en la boda. Algo había cambiado en esa mirada afable. Si uno se fijaba con detenimiento podía observar que Sara se veía rígida, torpe en sus gestos, como si el cuerpo le quedara grande y lo quisiera controlar a como diera lugar. Domingo desechó su peritaje bajo el argumento de que cualquiera se trastornaría si tuviera que deslumbrar a medio millar de invitados en un vestido tan ajustado.

Pero la tercera fue la vencida. Y en esa ocasión, que la vio con siete meses de embarazo, supo sin temor a equivocarse que no quedaba ni un rastro en ella de lo que lo había cautivado. Era una más de esas mujeres adecuadas, pulidas, esmeradas, pero sin un ápice de originalidad. Marta, su esposa, supo sumergirse en esa porquería que era la élite capitalina sin embarrarse de la mierda que abunda en el mundo de las apariencias. Pero Sara no. Sara se atiborró de mierda. La inhaló. La saboreó. Se revolcó en ella. La manoseó con codicia hasta que comenzó a transpirarla.

No había nada que Domingo deseara más que la felicidad de su hijo. Siempre anheló que Fernando encontrara una compañera de vida tan fantástica como Marta. Y cuando conoció a Sara pensó que había una posibilidad de que su sueño paternal se cumpliera. Después de ese día, viéndola ordenar a los criados y reír con disimulo, supo que no sucedería.

La metamorfosis de Sara a Sarita decía mucho sobre lo que ella trataba de esconder. Para Domingo, ese apetito feroz de pertenecer sólo era característico de quien no pertenecía.

FLOR

Flor nació y pasó la mayor parte de su vida en un pueblo que no aparecía en ningún mapa. Y de ahí, de la nada, emigró a la Ciudad de México.

Cuando llegó, y de eso hacía más de cuatro años, no hablaba ni una pizca de español. Nunca tuvo la necesidad. Por más de medio siglo habló hñähñu, la lengua otomí propia del Valle del Mezquital. Pero su nieta Tere, con la que compartía un cuarto en San Nicolás Totolapan, había vetado al hñähñu de su boca. Los rasgos físicos eran suficientes para alertar al mundo urbano de su origen indígena, pero hablar su lengua en la ciudad era un acto masoquista.

Tere iba en la secundaria. Había aprendido a ser invisible. Sabía por experiencia que no hay mejor manera de despertar a los humilladores que ser diferente y hacerse notar. La joven aprendió el español en tiempo récord, no sólo para comunicarse, sino como una técnica de defensa personal. La mejor forma de repeler las ofensas que le proferían sus compañeros por ser indígena era responderles en su mismo idioma y sin acento. Aprendió que para ser invisible hay que ser igual a los demás. Por eso se deshizo, dentro de lo posible, de todo aquello que mandara señales sobre sus orígenes: la lengua, la ropa, los huaraches. Lo único que la unía a sus raíces era la abuela.

Para Flor, adaptarse a ese nuevo idioma no fue tan sencillo. El hñähñu nace en la nariz. De hecho, el vocablo significa precisamente eso: hablar por la nariz. Borrar el rasgo nasal de su lengua materna era imposible, así que se conformó con aprender las palabras necesarias para sobrevivir en la ciudad

La anciana dejó su pueblo involuntariamente. De cualquier modo, el lugar ya llevaba varios años expulsándola paulatinamente. En un sitio como ese, una mujer sólo importa cuando es madre o esposa y los años se encargaron de arrebatarle esos dos títulos que se ganó de forma fortuita. Antonio se la robó cuando tenía catorce años.

A los diecisiete tuvo a Pedro, a los diecinueve a Martina y a los veintiuno a Humberto. Vivían en una casa en lo alto del valle, con vista a la cúpula de la única iglesia del pueblo. El piso era de tierra, los muebles escaseaban y de los muros de los dos cuartos que conformaban su hogar asomaban varillas que apuntaban al cielo como una declaratoria de futura prosperidad. El tiempo pasó como una nube densa y homogénea de cotidianidad, sin ningún acontecimiento memorable que marcara la línea de un antes y un después en la vida de Flor. Los días transcurrían en meses y los meses en años, hasta que un día notó sus primeras canas al trenzarse el cabello. Pedro, Martina y Humberto ya no eran niños. Toño se ausentaba cada vez más seguido de la casa. Cuando llegaba por las noches transpirando aguardiente, Flor podía detectar el olor de otra mujer en su piel. Claro que nunca le dijo nada. Pero cuando él no estaba, mientras tejía sentada en una silla metálica plegable en el zagúan de su casa, intentaba convencerse de que su intuición estaba equivocada.

Un día, lo encaró. Él le dijo que alucinaba. Que estaba loca, *'bemfeni*, en hñähñu. Pero cuando sus aventuras crónicas se hicieron más evidentes, cuando la boca del pueblo comenzó a susurrar los furtivos encuentros de Toño, ya no hubo forma de negarlo. Flor se echó a llorar ante la confirmación de sus presentimientos. Toño se acercó para consolarla. Le dijo que las demás eran sólo un juego, una distracción, que mientras él llegara cada noche a compartir la cobija con ella, nada más importaba. Ella se tranquilizó, pero poco después se dio cuenta de que salía perdiendo con ese pacto. Que el hombre que aparecía por las noches borracho y saciado, sólo llegaba a comer, gritar y roncar. Flor trataba con las sobras de Toño. Con el puro desperdicio. Estaba más sola cuando él llegaba; lo único que la salvaba eran sus hijos.

Por años, Pedro, Martina y Humberto la llenaron de alegría con sus ocurrencias y sus risas. Aunque Toño saliera, se perdiera tardes y noches enteras, ella tenía con quien estar. Flor pensó que siempre sería así. Pero en un pueblo como aquel, la ambición de irse al otro lado es una bestia que arranca a cada varón de la familia. Todos prueban suerte con irse para allá. Todos quieren lo que tienen los que regresaron: las camionetas, las casas de dos pisos y hasta la forma en que visten y hablan. Así, cada mujer ve cómo el norte le arrebata a sus hijos. De lo contrario es peor: aquellos que no se pueden ir, o aquellos que se van y no logran cruzar, regresan para caer en las garras de la frustración. Y en las del alcohol.

Ella pasó casi cuarenta años al lado de Toño, aferrada a los escasos momentos felices que vivieron y a la espera de los que nunca llegaron. En medio de una caravana de malos tratos, el menor destello

de cortesía se confunde con una muestra desmedida de amor.

Ya en la Ciudad de México, Flor tenía sueños recurrentes con el padre de sus hijos. Con ese hombre que una mala tarde, con los labios entumecidos y emanando el acre olor del pulque, le dijo que se iba con otra. Soñaba que iban al baile del pueblo juntos, que reían hasta que el abdomen les dolía, que se metían al río y se abrazaban mientras la corriente los acariciaba. Los primeros segundos tras despertar la invadía una felicidad tímida, pero bastaba abrir los ojos para saber que eso nunca había pasado: los recuerdos no eran reales y esos sueños eran sólo un antídoto para aliviar una necesidad emocional crónica y además incurable. Él nunca estuvo, ni cuando lo tenía a su lado. Estaba él con sus hijos, él con sus amigos, él con sus mujeres y él con sus alcoholes. La única relación que mantuvo fue la que cosechó todos los días y a todas horas con el envase que procuraba en su mano.

La anciana se incorporaba del colchón de aquel cuarto rentado en lo alto de la Magdalena Contreras chasqueando los labios y agitando la cabeza mientras se preguntaba cómo, después de tantos años, tantas lágrimas y tantos juramentos, el recuerdo de ese ingrato encontraba la forma de agitar sus pensamientos. Lo cierto es que entonces, casi cuatro décadas más tarde, era mucho más fácil silenciar las necedades de su corazón. Lo que no era sencillo —más bien era imposible— era olvidar el destino que cada uno de sus hijos forjó a golpe de malas decisiones.

Pedro, el mayor, no se pudo resistir a los encantos de la vida al otro lado. Las historias de terror de la frontera, más que disuadirlo, lo llenaron de avidez por demostrar que él, a sus veinticuatro años, era capaz de lograr la travesía que dejaba a muchos en el intento. Flor trató de alertarlo sobre los peligros que acechan antes y después de cruzar. Le advirtió que la libertad como migrante en Estados Unidos era sólo una ilusión: desde que pusiera un pie en esa tierra sería un fugitivo y la paranoia lo acompañaría permanentemente. Toño, en cambio, no hizo más que alimentar las ansias de su hijo. Al parecer, pensaba que Pedro lograría lo que él siempre quiso y nunca tuvo el valor de hacer. Jamás había juntado el dinero para pagarle al pollero, ya que sus ingresos se agotaban en la cantina antes de pasar por la casa; mucho menos duraban para formar un ahorro incipiente. Tere sospechaba que su vicio con el alcohol tenía algo (o mucho) que ver con la cobardía que le impedía marcharse como todos los demás.

Pedro se fue. Pero no por mucho tiempo. La patrulla fronteriza lo detuvo en Arizona y unas semanas después de haber partido estaba de vuelta en el pueblo. A pesar de que su ausencia duró sólo unos días, Flor notó que algo en su hijo había cambiado. Su presencia altanera se esfumó para dar paso a un joven de hombros caídos y mirada taciturna. Cuando ella volvía del mandado, apenas unas horas después de que saliera el sol, Pedro ya tenía en la mano un jarrito de pulque y el contenido de un par más en su estómago. La angustia la invadió al notar que Pedro parecía una calca su padre: se atrevería a decir que incluso lo superaba. Los únicos ratos en los que dejaba de tomar era cuando un sopor etílico desconectaba, a modo de supervivencia, su cerebro.

La vida en casa dio un giro violento. Con Toño en sus escapadas lujuriosas, Pedro en su trance etílico y Humberto, el más chico, siempre fuera con las amistades, Martina decidió que aquel lugar no era un sitio digno para que naciera su hija.

Flor supo que Martina estaba embarazada hasta que se le botó la panza. Claro que ya había notado que la chica andaba más cansada de lo normal. Regularmente era una buena estudiante, y siempre cooperaba con las tareas del hogar. Incluso la acompañaba el fin semana a lavar la ropa, mientras se contaban los chismes del pueblo. Los últimos meses, su hija se excusó de la faena alegando primero un resfriado, luego un malestar estomacal. Con la vida de Pedro cayendo en picada, Flor no le prestó mayor atención al desgano de Martina, hasta que un día se hizo evidente el pequeño bulto en su vientre. La alegría que este descubrimiento podría causarle, se vio empañada con la noticia de que su hija seguiría los pasos de Pedro.

Intentó convencerla de quedarse. Se deshizo en lágrimas, le suplicó. Le inventó otras soluciones: acabarse en la niña los pocos ahorros de la familia, conseguir trabajo en alguna ciudad cercana. Fue inútil: su hija ya había tomado una decisión. Flor sabía que en la condición de Martina la travesía al otro lado era sinónimo de tragedia.

Toño se ausentaba con frecuencia esos días: nunca supo que su hija estaba embarazada. Tampoco que planeaba cruzar la frontera. Martina no le importaba. A sus ojos era sólo una extensión de Flor, una sombra de la joven que se robó dos décadas antes. Se alejó más de ella cuando dejó de ser una niña y se convirtió en mujer. Una mujer que no podía dejar de mirar con ojos de hombre. Sobre todo cuando se paseaba dentro de la casa en camisón. Sabía que era su hija, pero recordaba entre la bruma del aguardiente que alguna vez colocó su mano con lascivia sobre las protuberancias de esa tela blanca. Al contacto sintió su cuerpo quemarse, y la retiró. Así que prefería omitir su presencia, para no arriesgarse.

Martina se fue. Flor no durmió en días. Pasaba las tardes sentada frente al telefóno público del pueblo, sitio que abandonaba sólo para usar el baño de la tienda de abarrotes. Por algún motivo, pudo diferenciar la ocasión en que el tono del timbre anunciaba la llamada de su hija. Al primer repique corrió para levantar la bocina y ahí, del otro lado en más de un sentido, Martina le informó orgullosa que lo había logrado. Una familia conocida, que había brincado el charco un par de años antes, la cuidaría hasta que diera a luz y le ayudaría a conseguir un lugar donde vivir en California. Flor corrió entusiasmada a casa, para compartir la noticia. Toño la escuchó con su habitual indiferencia. Pedro se molestó y salió azotando la puerta. Humberto, como siempre, no estaba.

Pasó los siguientes años soportando a un esposo infiel y a un hijo alcohólico y violento. Lo único que la animaba era la llamada que hacía cada martes su hija. Se oía feliz. Tenía trabajo: se dedicaba a lavar ajeno. Aunque para algunos eso significara una actividad poco digna, Flor, que la había visto tantas veces con las manos enjabonadas, restregando alguna prenda sobre el fregadero, sabía bien que para Martina era una labor sencilla, incluso disfrutable. La imaginaba dejándose llevar por sus pensamientos, como antes se dejaba llevar por la plática cuando entre las dos se encargaban de la ropa de toda la familia. Siempre que su hija la llamaba, a lo lejos se escuchaban lloriqueos y balbuceos; venían de su nieta Teresa. Esas dos últimas palabras eran su asidero a la vida, la cordura en medio de tantos tormentos.

Además, entre martes y martes, Humberto se encargaba de hacerle las cosas más llevaderas. Cada vez con más frecuencia, su hijo le entregaba un fajo de billetes, antes de despedirse de ella con un beso y un abrazo. Flor agradecía el gesto, pero siempre que le preguntaba a dónde iba cuando se ausentaba, él cambiaba de tema y la llenaba de cariños.

Unos años después, el día de su cumpleaños cincuenta, Humberto le regaló una televisión. Flor sólo usaba el aparato cuando él estaba en casa; para ella, las tardes se pasaban mejor en el zaguán con un tejido en la mano. Toño acababa de dejarla y las tardes se le iban enhebrando agujas y moviendo las muñecas hasta que las articulaciones de las manos se le acalambraban. La ira nunca llegó. La tristeza sí, cuando se dio cuenta de que ya no había nada en el pueblo para ella. Los vecinos la evitaban. Era una mujer dejada, una madre

malograda, un ser sin sentido ni utilidad. Su hijo, Pedro, llevaba la muerte en los hombros. El alcohol lo convirtió en un esqueleto andante, pestilente y enajenado, que deambulaba por el pueblo repeliendo a todos los que se cruzaban en su camino. Ya nunca llegaba a casa. Era común verlo desmayado frente a las pulquerías, tostándose al sol con la camisa medio abierta y sin huaraches, más sucio que el suelo donde yacía.

Martina dejó de llamarle con frecuencia. A veces pasaba meses sin saber de ella, y aunque un par de ocasiones intentó hablar con su nieta, la niña no encontraba motivo para conversar con la abuela que nunca conoció. Flor vivía en tal soledad, que las pocas veces que hablaba el sonido de su voz le parecía extraño, como si las palabras salieran de la boca de alguien más. Prefirió dejar de hacerlo: incluso le causaba dolor físico poner a trabajar a los músculos de esa garganta perezosa. Humberto intentaba animarla, pero era inútil. Estar cerca de ella se asemejaba a convivir con un espectro que habitaba este mundo en contra de su voluntad.

El cambio en su actitud cuando Martina le dijo que volvía al pueblo fue impresionante. Se dedicó semanas enteras a limpiar la casa. Tejió una cobija para su nieta. Se llenó los pulmones de ese segundo aire con la voracidad de una persona que, a punto de ahogarse, respira al salir a la superficie.

Martina llegó con Teresa un jueves por la noche. Estaban destrozadas. Tenían la piel llena de llagas, pegada a los huesos. Aun así, debajo de las úlceras, Flor reconoció los rasgos familiares en el rostro de Teresa. Durmieron, comieron, durmieron más, hasta que sus cuerpos devastados por las inclemencias del desierto se recuperaron. Y fue entonces cuando Martina, una noche en el zaguán, le dijo: te la dejo.

Se había enamorado de un gringo. Pero ese hombre la quería nueva, sin rasgos de su pasado, sólo para él. La niña era un obstáculo para cumplir aquella promesa de felicidad primermundista. Por eso Martina había realizado aquella travesía con el único objetivo de dejarla. Le dijo a su madre que sería lo mejor, así la niña estaría en contacto con sus raíces. Además volvería por ella, una vez casada y con papeles convencería a su futuro esposo. Por la forma en que miraba a lo lejos mientras hablaba, y el movimiento nervioso de sus manos, Flor supo de inmediato que eso no sucedería.

Lo que más la impresionó al llegar a la ciudad fue el ruido, ese murmullo a veces escandaloso, a veces quedo, pero interminable. Cuando tomaba el transporte público por la mañana para llegar a la colonia Condesa, el alboroto era tal que le resultaba casi imposible escuchar sus pensamientos. Los automovilistas tocaban el claxon con la insistencia con que cantan los gallos al amanecer. Flor se preguntaba de qué servía acompañar el suplicio del embotellamiento con el estrépito desquiciante de los bocinazos. Por lo menos, el canto de los gallos servía como despertador. Además, esas aves demostraban con la intensidad de su cacareo su poderío sexual y su jerarquía. No se podía decir lo mismo de los conductores lagañosos que Flor observaba desde la ventana del camión.

Teresa y Flor llevaban un par de años en la capital. Humberto la convenció de que dejara el pueblo y se fuera a la ciudad. Él trabajaba casi todo el tiempo en el Distrito Federal y sólo iba al lugar que lo vio nacer para visitarla. Flor accedió por Teresa, para que la niña tuviera más oportunidades. Ella bien podía esperar a la muerte sentada en el zaguán.

LUCI

Su padre nunca había pronunciado su nombre con tanta rabia. Comenzó como un bramido gutural, salvaje, que disminuyó de pronto, como si Miguel tomara conciencia de su ataque de cólera a la mitad del grito. Aún con el rostro desencajado, se tapó el rostro con la mano. Respiraba profundo. Cerró los ojos y cuando los abrió, la furia había cedido lugar a la tristeza. Parecía estar a punto de llorar.

—Quítate. Eso. Por. Favor.

Las palabras salieron de su boca a trompicones, como si las dijera en una lengua extranjera. Luci se quedó paralizada. Ahí, a la mitad del vestidor del cuarto de sus papás, se cubrió con los brazos como si la hubieran encontrado desnuda. Era peor. Se había puesto, aprovechando la ausencia de su padre, el vestuario que su mamá usó en el *ballet* de *La bella durmiente* un par de años antes de que ella naciera.

—Quítatelo… —dijo ahora con más suavidad, mirando al suelo.

Luci asintió despacio, avergonzada. Sentía la sangre corriendo de prisa, y el dolor de estómago que llegaba siempre que se sabía culpable. Era un acuerdo explícito entre ambos: la zona del vestidor destinada a las pertenencias de su madre estaba más allá de los límites. El tiempo no había pasado por ese rincón. El joyero seguía abierto, esperando a que Ana llegara por la noche a depositar los aretes de perla que usaba todos los días. Las dos botellas de los únicos perfumes que le gustaban seguían ahí, a la mitad, perdiendo cada día el aroma. Los cuellos de tortuga en negro, blanco y beige, doblados uno sobre otro. Y al fondo, protegidas por sus fundas, esas tres piezas hechas a la medida para *El cascanueces*, *Giselle* y *La bella durmiente*.

Miguel abandonó la recámara más arrepentido que frustrado. Su reacción fue tan visceral que no se percató del volumen de su grito hasta que notó la aflicción y el miedo en el rostro de su hija. Odiaba no poder controlarse, sobre todo después de templar su carácter por tantos años en el cuartel. En su trabajo nunca perdía la calma, ni siquiera cuando el convicto en cuestión evadía varios operativos, o se burlaba públicamente del poder judicial. Pero en su propio hogar podía enceguecer al punto de ignorar lo evidente: era más que natural que Luci quisiera ponerse la ropa de su madre. Que quisiera empaparse de la esencia que se aferraba a las telas a pesar de los años de encierro y desuso. Él mismo a veces hundía la nariz en el tejido del suéter favorito de su esposa, hasta llenarse los pulmones. Simplemente no podía compartir aquellos recuerdos con nadie, ni siquiera con su hija. Además, lo atormentaba la idea de que el olor se iba agotando. Mientras más seguido perturbaran el equilibrio de los objetos intactos, más rápido la esencia de su esposa sería reemplazada por la aridez del polvo.

Luci se quitó el vestido con extrema delicadeza y un leve temblor en las manos. Se tomó su tiempo. Sabía que jamás lo volvería a hacer. Nunca, ni ese lunes de abril que su papá le dio la noticia, lo había visto tan trastornado.

Ese día, Luci llegó a casa después de la escuela. Sus padres habían acordado con la vecina hacer una ronda para recoger a los niños. Ella nunca hablaba en el trayecto más que para saludar y dar las gracias. Jazmín, su vecina, iba en otro salón y Abel, el hermano pequeño, era un niño pálido de lentes con tendencia a vomitar en vehículos en movimiento. En más de una ocasión, la mamá de los Torres tuvo que parar de forma intempestiva para que la criatura decidiera si las arcadas indicaban un desastre inminente, o si sólo se trataba de una falsa alarma.

Luci entró al departamento. Como de costumbre, no había nadie. Mamá llegaría en cualquier momento para darle de comer. Se puso a jugar Mario Kart y el tiempo pasó y pasó sin que nadie la interrumpiera. Se aburrió del videojuego. Tenía hambre. Preparó un sándwich y encendió la televisión. Nunca la dejaban mirarla a esa hora, pero una sensación de desasosiego no le permitió disfrutar de esa pequeña infracción de las normas.

Los niños tienen una propensión a pensar que algo malo sucedió cuando la rutina se rompe sin aviso. Mamá no estaba. Papá no llamó,

siempre les marcaba cuando Luci y su madre estaban terminando de comer. Para aliviar esa incomodidad, llamó a la oficina de su padre. Si estaba ahí, Miguel contestaba al primer timbre. Luci lo sabía bien, pero dejó que el teléfono sonara un par de veces más. Y cada vez que ese tono agudo perforaba su tímpano, aumentaba el desasosiego.

Las ideas que se hacía Luci bordeaban la tragedia y volvían al ámbito de los contratiempos. Con cada hora que pasaba —ya había anochecido— los pensamientos funestos eran más frecuentes. Recordó un sueño que tuvo del que no podía despertar, pese a que estaba consciente de estar soñando, de que sólo era cuestión de abrir los ojos y prender la luz, o de prender la luz y abrir los ojos —mejor en ese orden— para que lo que veía en su mente desapareciera, como una burbuja que se revienta.

En el sueño, Luci estaba sentada en el asiento trasero de un auto que bajaba por un camino en espiral, en medio del desierto. Iba con sus padres de vacaciones, hacia algún sitio turístico. Al llegar a una mina a cielo abierto, su padre intentaba apagar el auto, pero este no le respondía. Pasaban la mina de frente, y continuaban descendiendo por un camino más angosto. Luci veía el paisaje correr frente a sus ojos, hasta que el auto se detenía, impactando contra un muro. Su padre salía a auxiliarla: ella sólo tenía algunos raspones. Cuando ambos se asomaban al asiento del copiloto, su madre, recargada sobre el tablero, con los ojos cerrados y el cabello revuelto cubriéndole casi por completo el rostro, tenía el abdomen empapado de sangre. Miguel desaparecía y ella se quedaba sola, mirando aterrada a su madre muerta. Una silueta se le aproximaba. No era su padre, era un hombre joven y alto que se acercaba para ayudar. Le ofrecía agua, dulces, un vestido nuevo para cambiarse el que traía, lleno de polvo. No mencionaba nada respecto al cadáver que ambos tenían enfrente. Luci sabía, por instinto, que aquel hombre quería hacerle daño. Pensó en escapar, pero no tenía a dónde ir. Para salir tendría que recorrer cuesta arriba toda la espiral que bajó en el auto. A ella siempre le había encantado correr, pero nunca podía hacerlo por mucho tiempo: no tenía resistencia. El joven se acercó y la abrazó. Era un abrazo incómodo, que se iba tornando asfixiante, hasta que ella no podía respirar. Luci intentaba soltarse, pero los brazos del chico eran demasiado fuertes.

El sueño acabó ahí. Cuando despertó agitada en la cama y llorando, su padre y su madre corrieron a la habitación a consolarla. Ella abrazó a su mamá, para cerciorarse de que su corazón aún latía. El calor de su cuerpo la reconfortó hasta devolverla a la realidad, donde todo estaba bien, donde Luci estaría siempre acompañada y segura.

Pero esta vez era distinta. La pesadilla continuaría por más que todas las luces del mundo se encendieran y ella abriera los ojos una y otra vez. Por fin llegó su papá. Abrió la puerta con sigilo, como si no quisiera anunciar su llegada. Luci lo estaba esperando, en pijama, en el sillón de la sala.

—Papi… —dijo ella, con la intuición de que algo terrible había pasado casi convertida en una certeza.

—Luci…

Miguel se quedó callado.

«Luci, Luci, Luci… Cómo te lo digo. Cómo no te rompo el corazón, cómo no te parto la vida, cómo no te destrozo con lo que te voy a decir», se preguntó Miguel.

Un papá existe para cuidar a su hija. Para salvarla de los malos sueños, secar su llanto, vigilarla a lo lejos mientras corre o se sube a un árbol. ¿Por qué le tocaba a él infringirle ese dolor?

Conforme se dirigía de la puerta al sillón, Miguel se iba encorvando. Abría y cerraba las manos, después las restregaba con fuerza. Parecía que nunca podría tenerlas quietas. Parecía que nunca se atrevería a decirle lo que había pasado, aunque con cada minuto la tragedia se volvía evidente, incluso sin tener que nombrarla. Se sentó junto a ella.

—Luci…

Pronunció las palabras.

Miguel imploraba que su hija comenzara a llorar. Que diera una muestra de que había entendido, así no tendría que repetir esa sentencia terrible, que marcaba un antes y un después en la vida de ambos. Pero Luci no lloró. Sólo se le quedó viendo, buscando en sus ojos algún alivio. Sería la última vez que lo miraría así: con la esperanza de que él tuviera alguna respuesta, una solución. Con la fe ciega que una hija tiene en su padre, creyendo fervientemente que puede resolverlo todo. Él no lo soportó. Agachó la vista y estiró los brazos para abrazarla. Entonces sí, la niña se soltó a llorar, desconsolada. Miguel sintió sus lágrimas traspasándole la camisa, inundándole el corazón.

SARA

—Es un niño, no un muñeco —dijo su suegro con su habitual acento español, remarcado por el fastidio.

Mauricio no había pasado ni diez minutos en el jardín y ya portaba con orgullo dos manchas color verde intenso sobre la tela que le cubría las rodillas. Sara le pidió a Isabel que lo cambiara. Era sábado y todos los sábados, cuando no estaban de viaje, Domingo y Marta visitaban a su nieto.

Sara soltó una risa nerviosa y les ofreció algo de tomar, haciendo caso omiso del comentario. Lo que no entendía su suegro era que si Mauricio se paseaba por la casa con el pantalón manchado de pasto sólo pondría atención a eso, a que su hijo no se subiera al sillón o se acercara lo suficiente a ella para mancharle el vestido color hueso.

Unos meses antes, Sara se había quedado pasmada frente a la puerta de un restaurante. Fernando venía unos metros atrás y vio cómo su mujer acercaba y alejaba la mano del picaporte, indecisa. Intentó empujar la puerta con el hombro, pero el mecanismo funcionaba hacia el lado contrario. En ese momento, se volvió a mirarlo con angustia.

A los ojos de sus acompañantes, el episodio no era más que un reproche silencioso por la falta de caballerosidad de su marido, pero Fernando sabía que aquellos incidentes se habían vuelto cada vez más frecuentes y preocupantes. Esa noche intentó hablar del asunto, pero ella argumentó que siempre había sido así. Que no había nada de malo en no querer tocar lo que otros, con las manos llenas de quién sabe qué, habían tocado.

Fernando recordaba cómo el día en que conoció a Sara en esa boda en Querétaro se revolcaron en el pasto, y que a ella no le importó que la tocara con las manos llenas de tierra. Un par de semanas después de que la cicatriz de la cesárea sanó, se metieron a la cama y él le dio un beso largo y profundo, que se convirtió en algo

más apasionado. Se fue aproximando más, incendiado por el deseo, pero Sara rompió la magia del momento con una pregunta cargada de ansiedad: ¿te lavaste las manos?

Después de esa noche, Fernando se acercaba a su mujer con cautela. Cada vez que la tocaba, ella tenía un espasmo que se asemejaba más al rechazo que a la excitación. Había escuchado que muchas madres vuelcan tanto su atención a los hijos recién nacidos que descuidan a la pareja, pero Sara tampoco atendía a su bebé. De eso se ocupaba Isabel.

Isabel llegó a casa de los Gallardo un par de días antes del nacimiento de Mauricio. Ella se encargó de preparar la maleta de la señora y empacar la ropa que usaría el niño al salir del hospital. Se preguntaba cómo una madre no querría hacerse cargo de esos detalles. Isabel nunca se pudo embarazar. De hecho, estaba soltera por eso. Había tenido tres parejas, pero nunca logró darles un hijo. De ahí que se dedicara a cuidar niños ajenos. Normalmente, las familias que la contrataban se despedían de ella cuando el bebé cumplía dos o tres años, pero con Mauricio no fue así.

El niño bajó impecable de la mano de su papá y ya en la sala corrió con la torpeza característica de un principiante a los brazos de su abuelo. Ellos dos tenían un lazo especial, indescifrable. Parecía que se comunicaran sin hablar. Sara lo notó desde el día que Marta y Domingo la visitaron en el hospital. Cuando su suegro tomó en brazos al niño, Mauricio abrió un ojo y estiró la mano. Unos segundos después de devolverlo a su madre, al tiempo que Domingo cerraba la puerta tras de sí, el bebé llenó el cuarto de quejidos. Sara intentó arrullarlo, hablarle, alimentarlo, cubrirlo de besos. No había forma de callarlo. Ella comenzó a sentir la desesperación entrándole por los oídos hasta asentarse en la boca de su estómago, de por sí indispuesto por la anestesia. Lloró sin derramar una sola lágrima: la piel alrededor de sus ojos se enrojeció y su respiración se volvió entrecortada. Fue cuando surgió por primera vez aquel pensamiento que se repetiría tantas veces en los próximos años: Mauricio la hacía sentir miserable. Ese pequeño bulto sin pelo y de rostro hinchado que yacía sobre su pecho, aún más hinchado, le había robado todo: la tersura del cuerpo, la atención de los demás, la cordura.

Sara nunca soñó con ser madre. Supo que era diferente desde la primaria, cuando sus compañeras llevaban muñecas a la escuela y pasaban el recreo procurando aquellos plásticos inertes con pelo

sintético. El embarazo confirmó su nula vocación para la maternidad. Cuando por las mañanas vaciaba el estómago hueco sobre la cerámica de la taza del baño, cuando miraba las estrías que cubrieron aquella piel perfecta que había conquistado a su marido, se daba asco.

El bebé lloraba todo el día y toda la noche, pero Fernando, dotado de un sueño que rayaba en un estado comatoso, ni se inmutaba. Sólo se movía un poco y cambiaba de posición. Sara, en cambio, yacía en la cama con los ojos abiertos de par en par, ardiendo de la desesperación. Unos minutos después, la nana calmaba la inquietud de Mauricio, pero la suya seguía incluso con la ausencia de ruido. Una vez interrumpido el sueño, todo la desquiciaba: los ronquidos de su marido, el palpitar de su corazón, el tic tac del reloj que había dejado sobre el buró. Llevaba semanas sin dormir.

El ginecólogo le recomendó reiniciar con la actividad física para contrarrestar su ansiedad. De inmediato, Sara se organizó para pasar todas las mañanas dos horas jugando tenis. Sólo con pisar la arcilla de la cancha sentía cómo los demonios de su mente se evaporaban. Esas dos horas al día la dejaban escapar de su realidad, la relajaban.

A partir del sexto mes, Mauricio ya dormía unas siete horas cada noche. Ella estaba más relajada y cada mañana se levantaba con ansias para tomar su clase. Con cada saque y con cada revés, olvidaba lo incompetente que se sentía frente al llanto de Mauricio y frente a la carencia afectiva de Fernando.

Pablo, su entrenador, la leía perfectamente. Desde que entraba a la cancha, el argentino adaptaba su tono de voz al humor de Sara. Era un joven muy observador. Con el tiempo supo que ella nunca pisaba la línea final, que para cruzarla siempre lo hacía con el pie derecho, que botaba siete veces la pelota antes de sacar y que tras cada punto que marcaba se acomodaba el cabello detrás de la oreja derecha. Nunca le dijo nada: todos los deportistas tienen sus ritos. Para ellos, ese protocolo mágico define el resultado del partido. A Sara esa ceremonia la llenaba de control, de tranquilidad, y lo que más agradecía de Pablo era que nunca le increpara su comportamiento maniático.

FLOR

Flor se despertó antes de que saliera el sol para despedirse del pueblo. Caminó de su casa a la iglesia y de ahí al panteón. Un gallo se posó insolente sobre una tumba para disfrutar de los primeros rayos de luz. A lo lejos, las líneas suaves de los cerros que resguardaban el valle se comenzaban a distinguir. Iba a extrañar ese lugar, el único que conocía, aunque sabía que el sitio no la echaría de menos.

Humberto llegó por ellas poco antes del mediodía. Ella y su nieta lo esperaban sentadas sobre las cajas en que guardaron lo poco que se llevarían a su nuevo hogar. Lo demás se lo quedaría Toño. Flor no podía dejar de pensar que la amante de su marido estaría viviendo ahí: durmiendo en su cama, guisando en su cocina.

La nube de pesares se disipó cuando una camioneta se detuvo frente al zaguán. De ella bajó Humberto, vestido de jeans y camisa negra, con la mitad del rostro cubierto con unos enormes lentes de sol polarizados. Nada de su indumentaria decía hñähñu, sólo su hablar lo delataba. Más que orgullo, Flor sintió alivio al ver que por lo menos uno de sus hijos había prosperado.

Humberto fue un niño inquieto, de risa fácil y pelo necio. Ahora, con poco más de treinta años, conservaba el ánimo, pero se había rapado casi al ras esa cabellera. No había que fijarse mucho para encontrar la cicatriz en su cráneo, un recuerdo del día en que Tito, Chuy y él trataron de escalar las paredes del cañón del río Tula. Ahí, de pie en el zaguán, Flor recordó cómo llegaron los tres niños al mismo lugar donde ahora se encontraba: asustados, empapados y embarrados de sangre. Esa aventura los unió para siempre. Terminaron juntos la primaria y la secundaria y, contrario a casi todos los jóvenes de su edad, prefirieron su país al del norte. El hermano mayor de Tito les consiguió trabajo en los campos de cultivo de chile en el Valle del Mezquital. Regresaban al pueblo con los ojos rojos y las manos ardiendo, pero con la sonrisa que provoca en unos jovencitos el

tintinear de monedas en el bolsillo. Ese trabajo logró distraerlos de los guiños de la migración.

Chuy, Tito y Humberto hicieron tal equipo que en cinco años pasaron del trabajo de la tierra a la distribución y la comercialización del chile serrano. Con las ganancias se hicieron, poco a poco, de más terrenos en la zona centro del país. Además de chile cultivaban frijol, jitomate y alfalfa, mercancía que enviaban principalmente a la Central de Abasto de la Ciudad de México. Por motivos de logística, los tres amigos tuvieron que dejar el pueblo. Tito se fue a vivir a Pachuca, Chuy al Estado de México y Humberto al Distrito Federal. En la capital, el hijo menor de Flor era el encargado de negociar los precios con los comerciantes de la Central de Abasto. Un trabajo así no permitía vicios.

Dicen que al que madruga, Dios lo ayuda, pero son en realidad los que madrugan los que le ayudan a Dios a que la caótica Ciudad de México funcione. Aún con las últimas estrellas titilando en lo alto, el rugido metálico de las cortinas de los locales anuncia el inicio de la jornada. El sol incipiente ilumina las naves multicolores, los huacales y costales de frutas y verduras. Las primeras madrugadas que Humberto pasó recorriendo esos pasillos interminables entre gritos, silbidos, y diablitos en movimiento, echó de menos la quietud del pueblo. Por muy temprano que fuera, no había forma de sentir sueño en la Central.

Tras años de aprender los secretos y las mañas de ese lugar enigmático, Humberto pudo hacer más esporádicas sus visitas. Se apoyó en un trabajador del mercado, un joven con facilidad de palabra y condición física excepcional, para supervisar la entrega nocturna. El negocio prosperó. Prueba de ello era la pickup roja del año con la que llegó ese día al pueblo para trasladarlas al Distrito Federal.

Teresa se sentó junto a él, Flor del lado de la ventana. La anciana aún se ponía nerviosa cuando subía a un vehículo. Prefería, por mucho, caminar. Así se había aprendido el pueblo de memoria, ese mismo sitio que se iba haciendo más pequeño en el espejo conforme el vehículo tomaba velocidad. Mientras sostenía el cinturón de seguridad con las manos para alejarlo de su pecho, miró por última vez el paisaje que dejaba atrás.

No hablaron durante el trayecto. Sabía que su nieta, al igual que ella, sopesaba en su mente los pesares e ilusiones que le causaba ese exilio voluntario. Humberto respetó el silencio de ambas.

Después de unas horas, Flor sintió cómo Teresa se rindió al cansancio y recargó la cabeza sobre su hombro. La distancia que guardaba con tanto recelo desde que su madre la abandonó, se

disolvió al arrullo de la carretera. Humberto notó que su sobrina se había dormido y aprovechó el momento para explicarle a su madre los pormenores de la nueva vida que había organizado para ellas.

Vivirían en San Nicolás Totolapan, en un cuarto que le rentó a un conocido de la Central de Abasto. Humberto se encargaría de los gastos y las visitaría un par de veces por semana. Cerca del lugar había una secundaria donde Teresa ya estaba inscrita para el nuevo ciclo escolar. La niña carecía de certificado de primaria, pero Humberto logró con un poco de dinero, repartido entre las personas correctas, que la admitieran como estudiante en la Secundaria Técnica Número 45. No dudaba que la niña se pusiera al corriente con los conocimientos. Se notaba ansiosa por aprender.

Cuando llegaron a su destino, Flor despertó a su nieta con ternura.

—Teresa… —dijo mientras le acariciaba el cabello.

Con los ojos hinchados por la siesta, pero con el tono resuelto de alguien que ha tomado una decisión después mucho reflexionar, su nieta la miró.

—Dime Tere. Teresa me decía mi mamá.

LUCI

Llevaba tiempo deseando cambiar de círculo social. Por fin lo lograría: su prepa estaba en la Del Valle y la universidad, a la que ingresaría pronto, en Santa Fe. Y no es que quisiera hacer nuevos amigos, sino que deseaba alejarse de sus viejos conocidos, personas que aún seis años después la trataban con lástima. Esa ridícula condescendencia marcaba el recuerdo de aquel lunes de abril. Ya no era Luci, la buena estudiante; Luci, la amiga; ni siquiera sólo Luci. Era Luci, sin madre.

Los resultados de su examen de admisión le ganaron una beca que su papá agradeció. Aun con el ascenso, pagar la colegiatura de la Universidad Iberoamericana no era cosa fácil. Miguel tuvo sentimientos encontrados —de orgullo y preocupación— cuando su hija le anunció que había aplicado a la Ibero. Decidió, de cualquier modo, que el dinero que se ahorraría gracias a la beca, se guardara en un fideicomiso que Luci podría utilizar al graduarse. Era lo menos que podía hacer para agradecer la forma en que su hija aprendió a cuidarse sola, en lo práctico y en lo emocional, después de que Ana murió.

El domingo antes del primer día de clases, Luci no durmió. La verdad es que pocas veces dormía bien antes de empezar la semana. Su cabeza siempre encontraba temas para deambular hasta el insomnio, aunque en esa ocasión su excitación tenía motivos claros. En sólo unas horas iniciaría una nueva etapa, donde podría ser quien ella quisiera: se podría reinventar. Comparó la jornada que venía con un lienzo en blanco, en el que ella trazaría el boceto de su destino. A su corta edad lo sabía de sobra: la vida tiene pocos momentos así.

La mayoría de sus compañeros en la preparatoria tuvieron dificultades para elegir su carrera. Ella supo cuál sería desde el día en que su padre la encontró enfundada en el vestido de *La bella durmiente*. Unos minutos antes de que él entrara al vestidor, Luci estaba embelesada con su imagen en el espejo. No podía creer lo bien

que la hacía ver ese vestido, pero sobre todo estaba fascinada con el poder que guardaba aquella la tela: la forma en que el corte, los hilos y dobleces, habían atrapado la esencia de la persona para quien fue hecho el traje, los recuerdos generados con cada uso. Su pasión por el dibujo hizo el resto: quería dedicarse a crear indumentarias únicas, que, más allá de vestir a quien las portara, le permitieran descubrir otra faceta de sí misma.

Aquella noche no habría necesidad de programar el despertador. Luci lo supo cuando se metió entre las sábanas y los nervios le erizaron la piel. Los pies inquietos confirmaron el pronóstico de una noche en vela. Pasó horas así, acostada pero alerta, como un león que echa la siesta, listo para atacar. Utilizó ese tiempo para repasar la ruta hacia la universidad, la ubicación del salón donde tendría clase a las siete, y las instrucciones para encontrarse por la tarde con la coordinadora de la carrera.

Harta de esperar, se levantó a correr. Faltaban por lo menos dos horas para que saliera el sol, así que tendría tiempo suficiente para dar tres vueltas al circuito de los Viveros de Coyoacán. Al salir de su habitación se encontró con su papá, enfundado también con ropa deportiva. Él tampoco había podido dormir. Luci y Miguel habían desarrollado un lazo tan profundo a esas alturas que se contagiaban las emociones sin pronunciarlas. Se dieron los buenos días, bajaron las escaleras y emprendieron el recorrido en silencio. El ritmo lo marcó ella. Su padre le siguió el paso: contundente al principio, al final un tanto desbocado.

Luci llegó a la universidad con tiempo de sobra. Bebió los últimos sorbos de café en el coche y emprendió el paso hacia el salón. En el camino jugó a detectar a los de primer ingreso: jóvenes que, como ella, iban solos y miraban con discreción los letreros junto a las puertas de las aulas, como un turista mira los de las calles de una ciudad que no conoce. Esconder los rasgos de un primerizo resulta imposible.

La mañana transcurrió sin sobresaltos. Las dos primeras clases consistieron en ese rito de iniciación que los maestros disfrutan tanto: leer la cartilla. No se puede, no se debe y no se tolerará. Los alumnos más experimentados saben que casi todo lo que se dice ese día es negociable, pero los de primero apuntan hasta las pausas de aquella diatriba en sus cuadernos impecables. Luci captó lo necesario y luego escaneó el salón con la mirada. Descartó la idea de una posible

amistad con tres chicas que intercalaban miradas de fastidio con risitas altaneras. El resto de la concurrencia parecía inofensiva. No había mucho de qué preocuparse.

El paso de Luci por la secundaria y la prepa consistió en un puñado de interacciones someras con sus compañeros de generación y un par de insólitas apariciones en fiestas, cosa que sin problema podía repetir por cuatro años más. No es que fuera misántropa: era perfectamente capaz de relacionarse con la gente, pero no había encontrado quien entendiera su inclinación por la soledad selectiva.

Los vínculos afectivos de la infancia se caracterizaron por ser inocentes y desinteresados. Luci recordaba cómo apenas tuvo que compartir el arenero del kínder para hacer su primer amigo. Más adelante se dio cuenta de que las relaciones amistosas, con los años y las hormonas, se llenan de chismes, celos y condiciones; ella, después de la muerte de su mamá, no podía satisfacer las exigencias de sus amigas de la secundaria. Las amistades de tres están destinadas a perecer; siempre alguna de las partes termina con un puñal clavado en la espalda.

Apenas eran las once y su estómago ya anunciaba de forma sonora que tenía hambre. Después de la carrera matutina sólo había comido unas galletas de avena que se pasó con el café. Para ella, el desayuno era un trámite que cumplía con su cuerpo: jamás tenía apetito por las mañanas. Cuando se acercaba el mediodía, el ultimátum llegaba con los quejidos abdominales. Bajó a la cafetería y notó que no era la única en esa situación. Los universitarios comen para distraerse de las exigencias escolares, o como excusa para charlar con sus compañeros de clase. Se formó en la fila de los paninis y esperó a que le tocara su turno.

SARA

Los ricos creen que la servidumbre es ciega y sorda. Sólo bajo esa premisa Isabel podía entender cómo la señora se comportaba en su presencia. Si alguien le preguntara cómo era Sarita Gallardo, ella respondería que en realidad se trataba de dos mujeres habitando un solo cuerpo: la perfecta y la chiflada. La perfecta recibía a las visitas; cuando éstas se iban, la chiflada salía del clóset y las peripecias comenzaban. No cualquiera podía soportar los disparates de la patrona. Por algo los empleados domésticos duraban poco en la residencia. Después de tantos años, Isabel seguía ahí por Mauricio, para darle a ese niño tan cariñoso el amor que su madre le negaba.

Las muchachas de limpieza eran las que más sufrían. Por más empeño que le pusieran a sus tareas, la señora siempre encontraba deficiencias en su trabajo: manchas inexistentes, arrugas fantasmas. Frente a una evidencia imperceptible, las reprendía sin piedad.

Sara siempre tuvo la idea de que nació en la familia equivocada. Para empezar, sus rasgos eran más finos y su tez más clara que la de sus padres. Por fortuna, en su cuerpo la genética había elegido lo mejor de cada antepasado. Ella no recordaba nada especial de su infancia. Tenía un padre normal, una madre normal y una vida normal. El problema residía en que para ella normal era sinónimo de mediocre.

Mientras cursaba la secundaria, comenzó a alejarse de esas personas, hasta que, como una liga estirada y vieja, el lazo que la unía con ellas terminó por romperse. No entendía cómo su madre ponía tan poca atención en el aseo de la casa, ni cómo su padre podía vivir en ese cochinero. La sangre le hervía cuando llegaba después de clases y encontraba a Cuaz, el perro, acostado en el patio, rodeado de montones de excremento. El olor era atroz, pero lo peor era ver a la mascota familiar plagada de moscas, rascándose la piel llagada por los ácaros.

Para llegar a su cuarto tenía que cruzar, en la primera planta, la sala, el comedor y la cocina. La cocina… Nadie en su sano juicio querría probar bocado de lo que ahí se preparara. Sara ahorraba cada centavo de su domingo para comer en la escuela. El estómago se le revolvía cada vez que abría el refrigerador de casa y escapaba de ahí un olor fétido proveniente de algún guiso rancio que alguien había olvidado dentro.

A su madre le parecía una pérdida de tiempo luchar contra la tendencia del universo al caos. Entropía. Sara aprendió ese término en una clase de física y desde entonces le declaró la guerra al desorden. Lo que para algunos era sólo una fantasía científica se convirtió en un reto diario, por lo menos en lo que a su cuarto concernía. Su casa era el mejor ejemplo de aquel principio de la termodinámica: un agujero negro en plena zona urbana de Querétaro.

Cuando conoció a Fernando supo que él representaba su boleto de salida de ese infierno, un boleto en primera clase al reino del dinero, el estatus y el orden. Pero jamás imaginó que los demonios que incubó en su mente adolescente la acompañarían en ese viaje y se quedarían con ella el resto de su vida. Su presencia era inevitable, permanente. Ellos dictaban las reglas y llevaban el hilo conductor de sus pensamientos. Si la puerta del vestidor había quedado entreabierta y ella ya se había acostado, tenía que levantarse a cerrarla. Después abandonaba la cama un par de veces más para verificar que en efecto la hubiera cerrado. Ese tipo de situaciones sucedían de forma cotidiana, en mayor o menor medida. En caso de que intentara resistirse, arremetían con más fuerza: podía incluso sentir las partículas de polvo debajo de sus uñas.

Para festejar el décimo cumpleaños de Mauricio organizó una comida en casa. La mamá de uno de los compañeros de su hijo insistió en llevar una *panna cotta* preparada siguiendo la estricta receta de su abuela italiana. Al terminar la reunión, Sara notó que su invitada había olvidado el recipiente y la alcanzó para devolvérselo. La superficie pegajosa del rectángulo de vidrio templado le provocó al contacto una arcada. Estoica, incluso con las manos llenas de *eso*, se despidió de la mujer y se dirigió de inmediato al baño. Se lavó desde las yemas de los dedos hasta los codos. Talló con tanta fuerza que se raspó la piel de los nudillos. Observó con alivio los hilos de sangre que pintaban de un débil carmesí el agua del lavabo. ¿Usar dos veces la misma toalla para secarse las manos? Ni pensarlo. Para camuflar esa obsesión copió la forma en que un restaurante colocaba decenas de pequeñas toallas en una canasta. Cada nuevo comportamiento obsesivo venía acompañado de una justificación para disfrazar sus motivos reales.

Su silla del comedor era *su* silla. Fernando lo aprendió a la mala una noche que osó colocarse en el lugar de su mujer y la simple acción provocó una perorata a gritos que él atribuyó a las hormonas. El asunto se convirtió en una de las anécdotas favoritas de Fernando. Cada vez que tenían visitas y alguien se acercaba a la silla en cuestión, el abogado les advertía en son de broma de los peligros de usurpar el trono de la reina. Sara acompañaba el gastado relato con una risa ensayada hasta el cansancio, tan falsa que sonaba auténtica. Luego aseguraba a los invitados que la preferencia por ese lugar tenía más que ver con la logística que con la locura. La silla, en efecto, era la más cercana a la puerta que dividía la sala de la cocina.

Los demonios no le daban tregua. Pasaba una parte del día siendo esclava de esos caprichos excéntricos y la otra disimulando su comportamiento peculiar. Era agotador tener que complacer a su mente y a la sociedad.

FLOR

Le hacía una gracia enorme la forma en la que los policías de tránsito movían la mano como si quisieran encender un anafre invisible. Todas las mañanas, cuando acompañaba a Tere a la secundaria, los observaba en los cruceros tratando de corregir lo incorregible. En el pueblo no tenían vigilantes así, con silbato y uniforme. El lugar ni siquiera aparecía en los mapas, mucho menos llegaba el presupuesto o los servidores públicos. Allá eran los mismos pobladores los que se organizaban para mantener el orden bajo un esquema de trabajos comunitarios y aportaciones. Cumplir con las obligaciones colectivas le otorga a cada habitante beneficios, como acceso a tierra, apoyo para cruzar con bien al otro lado y hasta un lugar en el panteón.

Cuando Martina decidió emigrar, el Concejo la contactó con un coyote de confianza y la encargó con la familia Hernández. Pero esa asistencia venía acompañada de una condición: que una vez instalada mandara de forma regular su cooperación y un dinero extra para cubrir los gastos de las faenas que le correspondían. Pedro, en cambio, vio su futuro en Estados Unidos como la forma de arrancarse de ese tejido social que, pensaba, lo despojaba de su tiempo y dinero. Consiguió un pollero por sus medios y decidió irse a Chicago. Mientras más lejos estuviera de aquellas sanguijuelas, mejor. Las consecuencias se materializaron de inmediato en forma de patrulla fronteriza que lo alcanzó apenas puso ambos pies en Arizona.

El hijo mayor de Flor nació torcido. Lo supo desde que lo encontró, una tarde que volvía del mandado, pateando a un perro flaco que no se podía mantener en pie. Ella corrió hasta donde se encontraba Pedro y lo cogió con fuerza del brazo. El niño de siete años la miró con un semblante siniestro. La luz ámbar del sol se reflejaba en sus ojos: podría jurar que vio en ellos la silueta del mismísimo Zithu.

Pedro pasó su infancia en solitario. Los niños de la escuela no se

juntaban con él; hasta Martina y Humberto preferían mantener distancia de su hermano grande. La adolescencia lo encontró sentado en el zaguán, ideando pretextos para no cumplir con sus faenas. De vez en cuando pasaba frente a su casa uno de esos autos del año con placas gringas, que lo hacían retorcerse de envidia. El puro resentimiento lo impulsó a irse. Y una vez que la migra le cerró la puerta en la cara, Pedro volcó todo ese odio hacia sí mismo: volvió al pueblo para aniquilarse a tragos. Y lo logró.

Apenas nueve meses después de que Flor y Teresa se mudaron a la Ciudad de México, Humberto se enteró por el primo de Chuy de que habían encontrado a Pedro tirado cerca de la tienda, rodeado de gallinas que picaban el vómito en el que se ahogó. Cuando Flor supo que su hijo mayor había muerto de borracho —Humberto le ahorró los detalles escatológicos—, no se pudo sacar de la mente que había sido ella quien lo inició en el vicio. En el pueblo se destetaba con pulque a los bebés.

El fermentado acompaña al hñähñu toda la vida y toda la muerte. Toño mandaba a Pedro a esa misma tienda por unos litros de pulque y unas cervezas. Ya entrada la noche mezclaba las bebidas y compartía el brebaje con su hijo, que era todavía un niño. En ocasiones especiales, como cuando nació Martina, Toño se terminaba el pulque de día y remataba la noche con una botella de aguardiente.

Si el pulque es la bebida de los dioses, el aguardiente es la esencia del diablo. Flor sabía perfectamente qué había tomado su marido con sólo verlo a los ojos. Si los párpados de Toño luchaban por mantenerse abiertos, le había tocado el turno al pulque, tal vez a la cerveza. Pero cuando llegaba con los ojos pelados y las pupilas fijas, sabía que habría problemas. El aguardiente le quitaba lo apático y lo llenaba de una ira incontrolable.

Flor aprendió a callar sus reclamos el día que Toño le tumbó un diente a golpes, después de que ella le dijo que no era bueno que los niños lo vieran poseído por esa bebida. La mordaza imaginaria que se colocó luego de perder el incisivo tuvo efectos muy reales. Nunca reprendió a Pedro, aunque viera en él a una bestia intoxicada: una calca de su padre. Ahora estaba muerto. Ella lo mató con su silencio.

Como si no hubiera hecho suficiente en vida para causarle problemas a su madre, después de muerto Pedro siguieron las complicaciones. Su decisión de eludir las faenas y ahorrarse las cooperaciones, provocó que el Concejo le negara un espacio en el

panteón del pueblo. Humberto se tuvo que hacer cargo de los restos de su hermano y lo enterró en un cementerio en Pachuca donde, pagando lo suficiente, se podía adquirir un lugar de descanso para el ser querido.

El cadáver de Pedro terminó siendo un intruso en esa tierra que no fue la suya. Su tumba era la única a la que no llegaba ofrenda en Día de Muertos.

LUCI

—¿Tienes cambio?

La pregunta sacó a Luci del ensimismamiento en que se encontraba, absorbiendo cada detalle.

—Eh… No. Sólo traigo esto —respondió agitando suavemente el billete que tenía en la mano.

—Bueno, gracias de todos modos —dijo la chica que estaba frente a ella en la fila, con una sonrisa franca.

Fue cosa de un instante para que Luci entendiera que ese momento era el equivalente universitario del arenero del kínder. Tomó a la chica del hombro y se adelantó hacia la caja.

—Si quieres yo pago los dos y luego me lo pasas.

—¿En serio?

La mujer del mostrador observaba la escena con fastidio. La fila crecía y las dos chicas seguían intercambiando cordialidades. Luci notó la desesperación de la señora e hizo su pedido. Ahí, en la barra junto a ella, permaneció la chica alta dando pequeñas mordidas a su panini.

—Soy Regina.

—Yo soy Luci. Con «i».

Con el panini envuelto en papel aluminio en la mano, Luci siguió a la chica mientras ella serpenteaba entre las mesas de la cafetería con la soltura y precisión de una patinadora. Parecía tener integrado un GPS que le permitía evitar los tumultos y las sillas que obstaculizaban el camino. Tras un recorrido intrincado llegaron a la mesa que habían apartado los amigos de Regina. Lo primero que notó fue que no era sólo una mesa: eran cuatro. Cuando se sentó, alcanzó a ver del lado opuesto del conjunto al trío altanero de su clase de nueve. Ni ellas ni nadie más puso mucha atención a su llegada.

Se sentó junto a Regina y en pocos minutos se enteró de que compartirían cinco materias. También supo que el grupo con el que

estaban sentadas se conformaba por amigos de la prepa; no de la misma escuela, pero sí de la misma zona. Faltaban un par más (¿más?), pero ya los iría conociendo a todos. En ese momento llegó un joven alto, con un pelo y unos ojos que le recordaron a un golden retriever.

—Ah. Y él es Max, mi novio. Pero ya termina este semestre.

Él se agachó para saludarla.

—Maximiliano. Veo que Regina ya hizo otra amiga... —dijo con tono juguetón.

Luci dijo su nombre y Regina tomó las riendas de la conversación.

—La señorita Luci con «i» fue muy amable y me prestó dinero para mi panini porque en la caja no tenían cambio. Así que tú, como el hombre de la casa que eres, le vas a regresar ese dinero a esta niña que ya se ganó mi eterno agradecimiento.

La forma de hablar de Regina le llamó la atención. Tenía una cadencia auténtica. No era ese tono afectado, común en las clases sociales altas, del que se burlaban sus compañeros de la prepa con imitaciones caricaturescas. Sonaba elegante, pero acorde a su edad. Los minutos transcurrieron entre presentaciones, chistes locales y discusiones ficticias. Luci miró la hora en su celular y se dio cuenta de que faltaban sólo unos minutos para su cita con la coordinadora. Se despidió de todos con un gesto de la mano y cuando se levantó de la silla Regina le dijo:

—Tienes cuerpo de bailarina. ¿Haces *ballet*?

Luci sintió cómo volvía esa sensación de agujero negro en el estómago. Algo succionaba su interior, y comenzaba a quitarle el ánimo que sentía hasta ese momento.

—No...

Mi mamá sí, pensó. Pero la respuesta completa traería más preguntas y no estaba preparada para ese interrogatorio.

—Pues deberías. Tienes el cuerpo perfecto. ¡Qué envidia!

No sabía qué le podía envidiar esa chica alta, de cabello perfecto, ojos alegres, modos refinados y actitud desenfadada. Atinó a murmurar un «gracias» y ella le respondió, con esa sonrisa única: «¡nos vemos!».

Así lo hicieron al día siguiente y los cuatro años posteriores. Regina era apacible, divertida y relajada. Tenía una capacidad sobrenatural para hacer amigos y conservarlos. Entendía perfectamente las necesidades de tiempo y espacio de cada uno de ellos y siempre las atendía. Aun así, como si poseyera el don de la ubicuidad, nunca descuidaba su relación con Max. Luci entendía a Regina como la amalgama que unía a aquel grupo tan ecléctico. Era

imposible imaginarlos juntos sin ella conciliando las ideas, los humores, los opuestos.

La vida social de Luci dio un giro inesperado. Las salidas se hicieron más frecuentes. Las anécdotas, cosa de cada día. Su padre, aunque siempre la interrogaba antes de salir, y era muy estricto con la hora de llegada, en realidad parecía más tranquilo, al ver a su hija acompañada y alegre.

Desde la muerte de su madre, Luci había huido de forma inconsciente de cualquier vínculo que al romperse la pudiera lastimar. Ese lunes de abril se encerró en sí misma bajo llave. Pero de alguna forma, Regina logró entreabrir la puerta y permanecer en el umbral.

SARA

El amor de madre está sobrevalorado. Quien nunca lo tuvo puede ansiarlo, de tanto imaginar su versión idealizada, pero no es algo vital. Lo que sucede es que los niños no atascan la palabra *amor* de expectativas, como hacen los adultos.

Son muy pocas las personas que recuerdan algo de los primeros años de vida. La primera imagen nítida en la mente de Mauricio era de su viaje a Disney, a los seis, cuando huía aterrado de aquel ratón bípedo de casi dos metros de altura que lo quería abrazar. Por supuesto que no se acordaba de las noches de cólico que atendía Isabel, ni de ese episodio en que su madre lo agitó con violencia para que dejara de gritar. Siempre estuvo rodeado de mimos y cariños y nunca se preguntó por qué no venían de mamá. Como niño no tenía ideas preconcebidas de cómo debía ser su relación con ella ni con nadie. Para él era normal que fuera Isabel quien lo arropara por las noches, quien jugara con él. Su madre cumplía otro papel esencial en su vida: el de maestra de protocolo y cultura social. Cuando aprendió a hablar y caminar, cuando se convirtió en ese niño simpático y después en aquel adolescente guapo, Sara lo blandía como estandarte frente a sus amigas.

Isabel, Bel como él la llamaba, más que su nana, era su cómplice. Le encantaba que de pequeño le contara esas historias fantásticas de los aluxes y del enano de Uxmal, que ella fue adaptando con detalles apasionantes conforme él crecía.

Bel nació en Yucatán y sentía una conexión con esa leyenda de la mujer hechicera que no podía tener hijos y cuidaba de un huevo que había encontrado por azar. De ese huevo nació un niño que nunca creció, el enano de Uxmal. Ahí terminaban las similitudes: el niño que Bel cuidaba creció y se convirtió en un joven apuesto e inteligente.

Mauricio se graduó con honores. El hijo de Sara estudió derecho para, en algún momento, tomar las riendas del bufete de abogados que

fundó su abuelo Domingo y que ahora dirigía su papá. Desde hacía dos años asistía en fusiones y adquisiciones y nadie podía negar que tenía un don natural para los negocios. Pero lo que lo distinguía de los demás era la pasión y el compromiso con que llevaba a cabo su trabajo. Fernando no podía estar más orgulloso de su hijo. Era común que Mauricio se quedara hasta rozar el alba en el despacho, absorto en los documentos de su próxima fusión. Cada mañana, sin importar el desvelo de la noche anterior, era el primero en llegar a la sala de juntas donde se reunían los socios que en conjunto apilaban casi medio millar de años de experiencia en la abogacía.

Lo que ese padre orgulloso y los titanes del bufete ignoraban era que el desempeño impecable del joven provenía de una situación poco común: su pavor a dormir.

La primera vez que le pasó fue a los siete años. Bel lo había arropado apenas unos minutos antes cuando escuchó —tal vez debería decir que sintió— un zumbido eléctrico en el oído derecho. Mauricio abrió los ojos y prendió la lámpara que se encontraba a su lado sobre la mesa de noche. Con la visión borrosa de quien despierta de forma abrupta alcanzó a ver cerca de la puerta el moño que adornaba el chongo de su nana.

—Bel…

La mujer se volvió lentamente sólo para revelar que su rostro era ahora el de un perro negro con sangre en el hocico.

El niño se refugió bajo la cobija y apretó los párpados muerto de miedo. Se tardó un buen rato en abrirlos; cuando lo hizo se dio cuenta de que la lámpara estaba apagada. Había soñado todo.

Todavía temblando, se levantó de la cama para ir al baño. Dio tres ágiles zancadas en la oscuridad hasta llegar al interruptor, y encendió las luces de la recámara. De inmediato supo que había cometido un error. Ahí, agazapado junto a la puerta, estaba un perro negro que se lanzó ferozmente sobre él.

Otra vez despertó en su cama, empapado en sudor. Las luces seguían apagadas. La incertidumbre sobre la vigilia, la idea de habitar para siempre aquel limbo, de tener que coexistir con las criaturas siniestras que vivían ahí, le desataron un llanto estruendoso.

Isabel entró a la recámara. El niño se había privado de tantas lágrimas.

—Mau, Mau… —dijo la nana con la voz suave que la caracterizaba.

Rendido, el niño se volvió a mirarla con recelo. Una parte de él sentía que en cualquier momento los rasgos mayas de Bel se transformarían —otra vez— en los del perro que lo había acechado toda la noche.

A partir de entonces, ese zumbido se convirtió en el aviso de un infierno a punto de desatarse en su subconsciente: un sueño que lo enterraría vivo, contra el que tendría que luchar para emerger a la superficie, para recuperar su libertad.

FLOR

Fue gracias a Tere que Flor se aventuró a salir del encierro que era su cuarto en la Ciudad de México. El pueblo lo conocía como la áspera palma de su mano, pero bastaba que una noche despejada le mostrara desde lo alto de la Magdalena Contreras el paisaje infinito de luces a sus pies, para que la ansiedad se apoderara de ella. Le daba pavor perderse en las calles de la capital, pero Tere se empeñaba en conocer todo lo que ofrecía el Valle de México.

Cada sábado, Humberto pasaba el día con su madre y su sobrina. La joven siempre tenía un plan en mente que anunciaba al subirse a la pickup: Los Dinamos, Chapultepec, el Zócalo, Coyoacán. Flor se sentaba junto a la ventana y colocaba con delicadeza una mano arrugada sobre la otra en su regazo, sonriendo para sus adentros, satisfecha con el balance perfecto que mostraba su nieta de iniciativa y curiosidad.

La niña asustada que fue alguna vez Tere se marchó después de la espantosa experiencia que fue cruzar el desierto y ver partir a su madre. Su lugar lo tomó una joven aguerrida y madura, con ideas claras de lo que quería y lo que no. Y algo que no haría, por ningún motivo, era hablar con Martina. Las pocas veces que ella marcó desde Estados Unidos, la chica se negó rotundamente a contestar el teléfono. En esas ocasiones, Flor veía con desconcierto cómo el rostro de su nieta adoptaba la misma expresión que tantas veces vio en Toño: una mezcla de desprecio, arrogancia e indiferencia que la hacía sentir miserable.

La única costumbre que Flor se trajo del pueblo fue la de bordar. Las horas que Tere pasaba en la secundaria, ella las dedicaba a sus tejidos.

Mantener en orden el pequeño cuarto en que vivían no le tomaba más de una hora y su nieta siempre le ayudaba con el quehacer. Por algún motivo, los días se le hacían mucho más largos en la capital, y aunque Humberto insistía en que usara la televisión que le había regalado para distraerse un rato, ella seguía sin encontrarle el gusto. Para empezar, no entendía bien el español.

Tere se dio a la tarea de inculcarle a su abuela la lengua de la ciudad. Cuando Flor le preguntaba en hñähñu cómo le había ido en la escuela, la joven se soltaba a hablar en español. Conforme pasó el tiempo, Tere fingía no entender si su abuela le hablaba en su lengua materna. La obligaba así a poner en práctica las lecciones espontáneas que le impartía cada día. Los meses pasaron y Flor se dio cuenta de que ya era capaz de comprender y hasta responder algunas cosas en español, eso sí, con el eco nasal siempre presente.

En uno de sus paseos sabatinos, mientras caminaban por Reforma, Flor vio un bulto que arrastraba por el suelo dos cartones mugrientos. Siempre se había vanagloriado de tener vista de águila, pero incluso cuando aquella figura estuvo más cerca, la gruesa capa de suciedad que cubría lo que parecía ser su rostro le impidió distinguir algún rasgo facial. Unos pasos más adelante, esa persona acomodó los pedazos de cartón junto a la entrada de cristal de un banco y se derrumbó sobre ellos. En aquel momento, Flor pudo ver que el bulto era en realidad una mujer envuelta en una cobija enorme, con una melena formada por mechones de pelo sucio y enredado por años. Lo que más llamó su atención fue la prenda que llevaba sobre la falda de lana esa pobre mujer: una faja otomí. En el pueblo nadie vivía en esas condiciones. La dignidad es la riqueza de la gente humilde, pensaba, pero la capital era capaz de arrancarle a un desdichado el dinero, la felicidad, la dignidad y hasta la vida misma. Aquella mujer había perdido todo menos la capacidad de respirar.

Ni su nieta ni su hijo se percataron de la impresión que le provocó el incidente; tenían los ojos puestos en las alas doradas del Ángel de la Independencia. Pero tras compararse de forma involuntaria con esa mujer, Flor pensó que tal vez la fortuna no la había desamparado por completo.

Tres Chiles —el nombre que le pusieron a su negocio Tito, Chuy y Humberto en honor a su amistad— y La Pura Verdura, marca a través de la que comercializaban otro tipo de vegetales, funcionaban de maravilla. Flor y Tere recibían cada quince días, sin falta, más dinero del que podían gastar. A pesar de que su hijo tenía los medios para mantener a una familia, siempre esquivaba el compromiso. Ella sabía perfectamente que Humberto era un picaflor.

Cuando sonaba su celular en presencia de su madre y su sobrina, nunca contestaba. Más tarde encontraría un pretexto para alejarse unos metros y devolver la llamada. Cuando eso ocurría, Flor le dedicaba un par de miradas furtivas y notaba cómo sonreía mientras se alisaba el bigote. Otras veces veía cómo perdía los estribos, manoteaba y guardaba con violencia el teléfono en el bolsillo de sus jeans, para recuperar en un instante la compostura, antes de volver junto a ellas. Flor nunca inquirió nada sobre los asuntos de Humberto. Él les hacía el gran favor de apoyarlas sin reserva, y lo único que ella podía hacer para demostrarle su agradecimiento era no inmiscuirse en su vida privada.

Ese día, cuando regresaban a la Magdalena Contreras, Flor notó que, tras un frenazo, apareció en la alfombra de la pickup una arracada dorada del tamaño de una pulsera. Ella cubrió la evidencia con la suela de su huarache el resto del trayecto. Cuando Tere bajó después de su tío por la puerta del conductor, Flor recogió el arete. Humberto la ayudó a bajar el doble escalón de la camioneta, y cuando tuvo ambos pies sobre el suelo, ella puso la arracada en las manos de su hijo y le dijo en hñähñu: «piensa bien de quién es antes de devolverlo...»

LUCI

A Regina le enseñaron que es de pésima educación indagar en los asuntos ajenos. Por eso prefería inferir a qué se debía tanto misterio en torno a la figura materna de Luci. ¿Un divorcio de pesadilla, tal vez provocado por una infidelidad? ¿Los habría abandonado? ¿Y si Luci sólo la detestaba como Max, su novio, detestaba a su madre y por eso nunca hablaba de ella? No era que la cuestión le quitara el sueño, pero después de un par de años de amistad había notado que Luci jamás la mencionaba. Hacía su vida alrededor de su padre: a él le pedía permiso para salir, con él salía a correr, incluso iban juntos los domingos a visitar al resto de la familia. Había un acuerdo tácito de no profundizar en el asunto cuando el lugar vacío que dejaba la madre se hacía evidente. Regina se guardaba las preguntas, reprimía cualquier asomo de curiosidad.

A Luci le enseñaron a caminar, a andar en bicicleta. A tomar de un vaso, a usar los cubiertos. Le enseñaron también a escribir, luego a hablar inglés y poco después a sacar una raíz cuadrada. Pero nadie le enseñó a vivir un duelo. La única forma de aprender a sobrellevar el luto, a esa edad, era imitar lo que hacía su padre: lágrimas en silencio y dolor en soledad. Una década después aplicaba la misma fórmula, aunque con menos frecuencia. De cualquier modo, hablar de lo sucedido, para ella, todavía significaba revivir a su madre y volverla a matar. Por eso prefería evitar el tema, incluso con Regina. Sabía perfectamente que su amiga intuía que escondía algo; tal vez, lo que hacía que su amistad con ella funcionara era ese respeto solidario que le tenía a su secreto.

A Gallo lo conoció en la fiesta de cumpleaños de las Gutiérrez. Todo,

claro, orquestado por la mente astuta y romántica de Regina. Las Gutiérrez eran unas gemelas oxigenadas sin mayores preocupaciones que conseguir el atuendo de la temporada, y tener por pareja en turno a los chicos más populares de la generación. Ellas también estudiaban diseño de modas, aunque decir que estudiaban era estirar la cuerda. Luci recordaba con mucha gracia el día en que Regina le contó que la mamá les pidió a las gemelas que decidieran si su regalo de quince años sería un viaje a Europa o un paquete de cirugía plástica. Las adolescentes se decidieron por la segunda opción y el rumor contaba que ese paquete incluyó implantes de seno, de glúteo y de mentón. Y mucho, mucho peróxido. Es más, peróxido de por vida.

Esa noche, Luci notó que Regina se traía algo entre manos. La delataron sus cuchicheos con Max y la característica sonrisa apretada de cuando planeaba una travesura. Antes de la medianoche, llegó él.

Gallo era amigo de Max. Se conocieron durante preescolar; crearon un vínculo indestructible después de una diablura compartida. Aquel día Max, pincel en mano, estiró el brazo y trazó una línea azul en la mejilla del niño sentado a su lado en la mesita circular. Gallo respondió con el mismo gesto, y un par de pinceladas después se desató una guerra de pintura en el salón. Los cabecillas del alboroto terminaron castigados en la oficina de la directora, columpiando las piernas en los asientos de las sillas demasiado altas y aguantando con dificultad las risas cómplices que bullían en su interior. Por lo menos un par de veces más durante la primaria y con más frecuencia en la secundaria y en la preparatoria, revivieron esa escena. Sus pies ya alcanzaban el piso, pero la insolencia seguía intacta. Pese a la infalible lealtad que fueron construyendo con los años, cada uno tenía peculiaridades de carácter que lo definían. Así, aunque estudiaron la misma carrera en la misma universidad, Max se retrasó un par de semestres, que dedicó a (en sus propias palabras) «encontrarse a sí mismo». Eso significó viajar un año alrededor del mundo, con largas estadías en Bangkok y Phuket. Gallo, por su parte, nunca entendería por qué alguien querría dejar todo en pausa para aventurarse solo por lugares desconocidos. Por supuesto, las playas paradisiacas tienen su encanto, pero él prefería el ritmo frenético de la ciudad. Las reuniones, conciertos, eventos culturales y deportivos, a los que asistía un par de veces por semana, junto con la opción permanente de refugiarse en casa para tomar energías y salir de nuevo a explorar aquel interminable aparador de sensaciones, eran para él justificación suficiente de su amor por la urbe.

Luci no podía dejar de mirar al chico que saludaba al novio de Regina. Se notaba que su efusividad era sincera, lejos de las etiquetas impostadas, usuales entre compañeros universitarios. El abrazo que le

dio a Max apenas verlo era genuino, se notaba lleno de historias y de cariño. Algo no le permitía a Luci apartar la vista de él, aunque desde su posición sólo alcanzaba a verlo de espaldas. Tenía el cabello castaño y corto, y le llegaba hasta el cuello, robusto como el resto de su espalda. Se notaba de lejos parte de su rostro, anguloso y desenfadado.

Cuando el chico se volvió para saludar a Regina, Luci se obligó a desviar la mirada. Mientras fingía observar una fotografía enorme que adornaba la pared de la sala, sintió cómo los dedos fríos de su amiga la tomaban del brazo para llamar su atención.

—Luci, te presento a Gallo, Gallo te presento a Luci. Max y yo vamos por un vino, mientras ustedes se conocen un poco más…

Luci dirigió la mirada de inmediato a la copa de su amiga. Estaba llena.

SARA

Fernando no hacía ningún esfuerzo por esconder lo mucho que lo desquiciaba su mujer. Esa energía la guardaba para disimular ante las visitas. Sus manías lo exasperaban cada vez más: algo se descomponía en su interior siempre que ella volvía a algún comportamiento obsesivo.

Apenas pudo contener sus reclamos la noche anterior. Había llegado de madrugada. Se detuvo en la entrada de la recámara para acostumbrarse a la oscuridad. Entró con sigilo y encontró a tientas el vestidor. Se quitó cada zapato ayudándose con el pie contrario. Se aflojó la corbata, liberó las mangas de la camisa de sus mancuernillas y, después de desabrocharse el cinturón, dejó caer el pantalón al suelo. Cuando se agachó para recogerlo, la prenda se escapó intempestivamente de su mano.

—Yo lo cuelgo…

El sobresalto y la frustración le subieron la sangre a la cabeza. El corazón le latía con fuerza. Quería gritarle tantas cosas en ese momento a su esposa, pero el recuerdo del cariño que alguna vez le tuvo lo contenía. No le respondió, apenas se volvió para mirarla con odio desde la penumbra.

Fernando roncaba aún más fuerte cuando estaba enojado. Eso, unido a la sensación que le dejó aquella mirada repleta de desprecio, no dejó dormir a Sara aquella noche. Ella amaba a su esposo profundamente, pero cada vez que intentaba demostrárselo se interponía su mayor obstáculo: ella misma. Conocía bien a Fernando y sabía que no había otra explicación para el deterioro evidente de su relación. Ninguna infidelidad, tampoco el deseo de otro hijo. Eran únicamente aquellos comportamientos los que habían ido, día tras día, construyendo el muro que los separaba, que ahora parecía infranqueable.

Cuando sonó la alarma del despertador, se hizo la dormida.

Esperó entre las sábanas a que Fernando se bañara y se arreglara para ir a la oficina. Hasta ese día, todas las mañanas, desde que se casaron, Sara se levantaba junto con él. Abría las persianas, quitaba las almohadas de la cama y, enfundada en una bata de seda, comenzaba su rutina. Por primera vez, en poco más de veinte años, sintió la necesidad de mantenerse fuera de su camino.

La vibración que le recorría el brazo cada vez que sentía el golpe de la pelota en la raqueta le brindaba una sensación de calma que se esfumaba al instante. Como el adicto que busca, sin éxito, la oleada de euforia que sintió tras su primera dosis, Sara golpeaba la pelota cada vez con más fuerza aquella mañana.

Sabía que Pablo, el entrenador, absorbía con la mirada cada detalle de sus movimientos. En diez años de entrenamiento, él podía leer en cada gesto su estado anímico. Celebró con aplausos y una sonrisa franca aquel entusiasmo súbito. Ella se ruborizó. Comenzó a distraerse, imaginando la posibilidad de desquitar la indiferencia de Fernando con él. Eso, quizá, le quitaría de encima tantas manías que, estaba segura, provenían de la inseguridad que le provocaba el mundo de su marido: sus amistades, las reuniones, los viajes de negocio. A veces se sentía una impostora.

Quizás acercarse más a Pablo le ayudaría a calmarse, a sentir más control sobre su propia vida, que desde la boda parecía haberse convertido en una sombra de la vida de Fernando. Sabía bien que la mirada atenta de Pablo iba más allá de los intereses deportivos: muchas veces lo atrapaba admirando sus piernas, descubiertas por el short que usaba para entrenar.

Mientras consideraba estas posibilidades, iba incrementando la fuerza que utilizaba para golpear la pelota. Parecía que mientras más vigor pusiera a sus movimientos, antes aparecería la respuesta a todos sus problemas. De pronto escuchó algo tronarse por dentro. Se agachó de inmediato, apoyándose en la raqueta como si fuera un bastón, la mano libre sobre la espalda baja. Era un dolor insoportable.

Sentía una puñalada cada vez que respiraba. La quemaba, la rasgaba por dentro. El doctor le ordenó guardar reposo —como si tuviera otra opción— y tomar un antiinflamatorio. No obstante, después de seis horas, el medicamento no había surtido efecto. Tras un par de llamadas —la primera al doctor y la segunda a la farmacia— llegó a sus manos un frasco de vidrio color ámbar de apenas una pulgada de alto. Tramadol. Diez gotas. Las contó, una a una,

depositando toda su esperanza en el líquido que caía con indolencia del gotero al terrón de azúcar.

Minutos después de colocarlo sobre su lengua, Sara sintió cómo el dolor de su espalda desaparecía lentamente. Con el alivio físico llegó una sensación de bienestar que no daba cabida a ningún disgusto. Podía incluso reproducir en su mente el episodio de la noche anterior en el vestidor sin afligirse, como si se tratara de una película muda mal lograda. Perdió la batalla contra el sueño narcótico horas antes de que llegara su marido.

Cuando Fernando entró a la recámara miró con extrañeza cómo los cojines decorativos estaban arrumbados en el sillón. La bata de seda con la que su mujer se cubría por las mañanas estaba arrugada a un costado de la cama. Pero lo que más llamó su atención fue la forma en la que ella dormía, con las piernas y brazos estirados, ocupando todo el espacio que su longitud les permitía. Ese desenfado le recordó a la Sara que lo cautivó.

FLOR

Pocos saben que la Central de Abasto es el centro de operaciones del crimen organizado en la Ciudad de México. Comerciantes y bodegueros conviven a diario con los narcotraficantes que se encargan de mover, entre las 30 mil toneladas de frutas, flores y legumbres, marihuana, heroína y pacas de dinero. Ahí también llega la cocaína colombiana, entre plátanos chiapanecos, en tráileres con doble fondo y compartimentos ocultos.

Humberto se enteró de aquel secreto a través de Quique, el chico que recibía la mercancía por las madrugadas.

—¿Te acuerdas del tipo que le disparó al futbolista en un bar? Pues antes de que lo agarraran se encargaba de una de las bodegas donde se mueve la coca para el gabacho.

Pasaron unos meses antes de que Humberto platicara con Tito y Chuy al respecto, y fue porque tenían una oferta formal —en realidad casi una exigencia— para que sus empresas se encargaran de distribuir droga en la zona centro del país, incluido el Distrito Federal. La decisión la tomaron después de varios tequilas. No fue difícil: además de que era casi imposible decir que no, les habían prometido a cambio, además de total discreción, una buena compensación económica. Los tres fueron siempre ambiciosos: por algo habían llegado tan lejos. Además, eso de *crimen organizado* sonaba a noticia de periódico; esto era chamba.

Unas semanas después, Humberto se reunió en la Central con un joven en playera sin mangas, con los brazos tatuados. En el hombro lucía una telaraña, en el bíceps un yin yang y debajo del mismo, unas manos juntas en oración. Bajo el cuello lucía una frase que después Humberto no podría olvidar: «Perdona madre mía por mi vida loca». Sintió aquellas palabras como una sentencia. Apenas leerlas, le dedicó un fugaz pensamiento a Flor, mientras estrechaba la mano del mara.

Los hondureños y el cártel de la última letra se asociaron para

distribuir en el oasis que representaba el Distrito Federal. Aunque las autoridades se empeñan en mantener la idea de que la Ciudad de México es una zona pactada, donde la mafia no tiene presencia alguna, dos de los grupos criminales más sanguinarios de América Latina se encargan de repartir todo tipo de sustancias a los narcomenudistas y a los centros nocturnos de la capital.

En principio, la participación de Humberto, Chuy y Tito fue marginal. Rentaban su flota de tráileres para transportar la mercancía desde la Central hasta el Bajío y se embolsaban un par de millones más que de costumbre. Sin embargo, tras unos meses de viajar sin complicación alguna, el Tunas, jefe de plaza del Distrito Federal, los convocó a una parrillada en su casa del Ajusco. Chuy y Tito, atemorizados, convencieron a Humberto de ir en representación de los tres.

La opulencia de aquel lugar expresaba la historia de un personaje que nunca tuvo y de pronto se enriqueció. El Tunas mismo describía en tono de burla el estilo de su mansión como narcobarroco churrigueresco. Había columnas griegas, gárgolas y bóvedas cubiertas de frescos medievales. Los querubines convivían con la Santa Muerte. Situada en lo alto, desde la terraza se contemplaba toda la ciudad.

—Todo lo que alcanzas a ver es mi reino. Los pendejos de la Familia Michoacana se quieren meter a jugar acá. Sus pinches mantitas las pueden hacer rollito y metérselas por el culo. Aquí mandamos nosotros.

Humberto asintió y terminó de un trago su tequila de cobra.

—A cuatro de esos que ya se quieren llamar la Familia Mexicana me los eché en un tambo con diésel. Después de eso estuve sin comer carne o pollo asado como dos años. Huele igual una persona cuando la quemas.

Humberto miró de reojo la arrachera en su plato.

—Yo fui mensajero de uno de los exmilitares que fundaron la organización. Vi de todo, ya nada me espanta. A estas alturas no me quiebro a nadie a menos que sea absolutamente necesario. Ya no tenemos que demostrar nada. Ahora lo importante es tener lana para mantener el negocio andando. Así como llega se nos va: en mordidas, negociaciones, hasta fianzas. Por eso andamos diversificando el negocio, como dicen los grandes empresarios. Tenemos huachicoleros en Hidalgo y machaqueros que le pagan a los traileros por su mercancía: ellos la reportan como robada. Por supuesto que también le entramos a la piratería. De ahí sale un chingo de lana.

Junto a él estaba sentado el Arcángel, jefe de plaza de la organización en Puebla. Seguía atento cada fragmento de su discurso con una mirada que rayaba en la veneración. A diferencia del Tunas,

mucho más discreto, el Arcángel era narco de enciclopedia: camisa con estampado en colores chillones, reloj más grande que la muñeca, bota picuda tribal. Humberto desconfiaba de él. Algo en sus ademanes exagerados lo hacía sentir incómodo, pero qué iba a saber él. Era apenas un novato en ese mundo repleto de códigos internos.

La tarde transcurrió entre carcajadas empapadas en alcohol. Las botellas se acababan y las anécdotas se volvían cada vez más osadas y crueles. Humberto escuchaba sin intervenir. Aunque cada tanto se enteraba por la televisión o los diarios de algún crimen violento, utilizado por algún cártel para afianzar su territorio, nunca imaginó los espantosos detalles que el Tunas y el Arcángel contaban sin el menor remordimiento. En medio de la borrachera, comprendió por qué Chuy y Tito habían preferido faltar a la reunión. Tuvo ganas de alejarse de aquella monstruosidad, de dar vuelta atrás y volver a la tranquila cotidianidad de la venta y distribución de chiles y verduras. Era demasiado tarde: una vez que se pone un pie en la red de actos ilícitos del narcotráfico, una cuerda invisible te ata a ellos para siempre. Y no estaba tratando con cualquiera: eran los jefes de la zona quienes se reían a carcajadas de un episodio que había ocasionado la muerte de varios civiles.

Terminó su caballito de un trago, para agarrar valor. Miró con detenimiento los ostentosos adornos de la casa del capo. Pensó en su madre y su sobrina, viviendo en el incómodo cuarto en la Magdalena Contreras. Él mismo estaba harto de habitar la vieja pensión donde de vez en cuando lo visitaba alguna chica que conocía en la Central. Quizá, de forma contradictoria, ese primer mal paso podría llevar a su familia, la poca que le quedaba, y la que tal vez formaría después, a tener una vida digna, en una casa tan grande como donde se encontraba ahora. Se sirvió otro trago y brindó con una sonrisa amplia y convencida, que desvanecía cualquier indicio de miedo.

En el universo del narco los nombres son triviales. Los seudónimos, en cambio, condensan al individuo y su historia. A Humberto, esa tarde en el Ajusco, lo bautizaron con tequila de cobra. Lo llamaron el Pipiolo. El chiste se contaba solo.

LUCI

No estaba acostumbrada a perder el control, pero en ese momento una corriente eléctrica le recorría la espina dorsal desde la cabeza hasta las puntas de los pies. La reacción de su cuerpo al encontrarse de frente con Gallo fue catártica. Magnética. Como el agua que cae de una cascada se estrella con violencia al llegar al suelo, y de forma inevitable sigue su cauce.

Dicen que quien está a punto de morir ve pasar la vida entera ante sus ojos. A Luci le ocurrió, pero en esa película se había colado un intruso. La secuencia estaba abarrotada de Gallo, de sus ojos, de su voz.

Desde esa noche en casa de las Gutiérrez, Luci y Gallo se volvieron inseparables. A pesar de que ella traía coche, él insistió en llevarla a casa, así que Luci iba de copiloto en su propio automóvil. El trayecto de las Lomas a la colonia Del Valle se hizo muy corto. Gallo acercó la mano hacia su muslo. La detuvo cerca de la rodilla, muy lejos del lugar al que Luci ansiaba que llegara. Aunque intentó contenerlas, tres palabras salieron de su boca.

—No quiero llegar.

Gallo estacionó el coche y se volvió a mirarla. Los faroles de la calle iluminaron una sonrisa cómplice.

—Pues hasta que no me digas, no llegamos.

Al día siguiente, Luci despertó ilusionada. Incluso revisó el celular antes de levantarse de la cama. Apenas eran las nueve de la mañana y la pantalla estaba repleta de mensajes de Gallo. Con los ojos todavía entrecerrados leyó el más reciente:

Miguel se sorprendió cuando vio a su hija salir tan temprano y tan arreglada un domingo. Pero fuera del cuestionamiento usual —a dónde, con quién y a qué hora regresas— no hubo más que una sonrisa de satisfacción, que intentó ocultar detrás del periódico que estaba leyendo.

Tal vez lo que más maravillaba a Luci era cómo Gallo la aislaba de la realidad para llevarla a un universo en el que convivían sólo ellos dos. El ruido, la gente y el tiempo desaparecían. Después de una sobremesa maratónica, la llevó a casa. La despedida le provocó a Luci una resaca anticipada, una ansiedad que explotó apenas cerró la puerta.

Cada vez que Gallo se alejaba, todo lo que ella conocía se volvía estridente, denso e insoportable. El mundo en el que hasta hace algunos días vivía cómoda y tranquila se empeñaba en exiliarla, en recordarle a cada segundo la existencia de aquel refugio: los brazos de un chico que apenas conocía.

Cuando dos extraños que son perfectos el uno para el otro se encuentran y sus pensamientos encajan tan bien como sus cuerpos, la inercia del enamoramiento se encarga de que la relación funcione sin esfuerzo. Cada momento en pareja, el roce más sutil, la conversación más banal, se convierten en sucesos antológicos. El error es creer que el amor es esa magia. El amor llega después, cuando el impulso inicial que surge del primer encuentro se agota.

Esa inercia les duró a Luci y Gallo mucho más de lo que suele hacerlo el enamoramiento. A todas luces, su relación era especial. La complicidad, la sincronía y el encanto que compartían provocaban envidia tanto en solteros como en enamorados. Incluso Regina y Max, con su amor despreocupado y profundo, notaban en la convivencia de sus amigos un *je ne sais quoi* que los maravillaba, y a la vez, honestamente, los irritaba un poco. Y eso que no presenciaban lo que sucedía cuando estaban a solas.

La intimidad es no poder distinguir entre el latido del corazón propio y el ajeno. Atrapada entre los brazos y las piernas de Gallo, con el vestigio de su barba rozando la curva que formaban su cuello y su hombro, Luci deseaba que ese momento no acabara nunca. Casi dos años después de la primera vez, ella seguía sintiendo la anticipación, el deseo incontenible, la satisfacción embriagante y la cálida

tranquilidad que la envolvía cada vez que hacía el amor con Gallo.

Miguel nunca le dijo a su hija lo bien que se sentía cuando los veía juntos. Aunque sabía perfectamente que Luci era capaz de llevar una vida plena en soledad, ya que era una joven fuerte e inteligente, también comprendía que la compañía de una pareja es una experiencia decisiva en la vida de las personas. Por muchos años pensó que la cicatriz que había dejado la muerte de su madre no le permitiría a Luci abrir su corazón. Él, por su parte, nunca podría volver a amar a una mujer como amó a Ana. Afortunadamente su hija se había dado a sí misma una oportunidad para empezar de nuevo.

SARA

Esa noche, como cada sábado, Mauricio se encontró con sus amigos en el bar. La costumbre era beber hasta que el cuerpo se rindiera o hasta que saliera el sol, lo que ocurriera primero. La embestida iniciaba casi siempre con una cerveza, que en los días más osados se acompañaba con tequila. Luego desfilaban por la mesa un sinnúmero de brebajes, puros y mezclados, servidos en abundancia. Esa ocasión, por primera vez, Mauricio se detuvo antes que los demás. Apenas tomó un par de cervezas y un whisky. Al principio, Max y los otros insistieron, burlones, tratando de convencerlo de seguir el ritmo del grupo. Cuando se dieron cuenta de que su amigo no cedería, y que además convivía y se divertía como lo había hecho siempre, dejaron el tema por la paz.

—Más para nosotros —le dijo Max entre risas.

Mauricio había decidido terminar su relación con el alcohol hacía poco, una madrugada que perdió la dignidad hincado frente al escusado varias horas después del amanecer. Fue la tercera vez que regresó de la cama al baño cuando constató que la borrachera y la elegancia están peleadas a muerte. A la escasa claridad del día, abrazado al retrete y mirando sobre la porcelana la repugnante consecuencia de sus excesos, comprendió que la vida a la que aspiraba, preservando el legado familiar y rodeado de lujos como ya estaba acostumbrado, era incompatible con el alcohol. En exceso, aquella sustancia sacaba lo más grotesco de su persona. Lo peor era que también perdía el control absoluto de su cuerpo y sus acciones. Mauricio odiaba no tener el control. Y ahí, frente al escusado, se sentía débil e impotente.

Aún paladeando el sabor amargo a bilis, hizo el recuento de su consumo de alcohol en los últimos años. Un par de incidentes viales de poca importancia, que se resolvieron fácilmente con algunos billetes. Una que otra pelea en un bar. Lo más grave: ese paso fugaz —

pero vergonzoso— por el Torito.

Conocía a suficientes abogados y a suficientes borrachos —en muchos casos se trataba de las mismas personas— para saber que no hay poder humano que evite el arresto una vez que la prueba del alcoholímetro rebasa el límite permitido. Esa noche, al pie del Ángel de la Independencia, observó incrédulo cómo los dígitos de la pantalla del aparato subían lentamente pero sin piedad, hasta condenarlo. Había pasado casi un año de aquella experiencia, pero aún recordaba la sensación fría del asiento de la patrulla, el proceso de ingreso al Centro de Sanciones Administrativas y el perfume de América, su compañero de celda.

Al Torito llegan, además de los ebrios al volante, personas en situación de calle que buscan una noche con techo, cama y comida; también ingresan vendedores ambulantes, vagoneros y sexoservidoras. O sexoservidores, como América.

—Soy una chica TV, pero aquí sólo les importa lo que dice la identificación. Por eso me trajeron acá y no a La Vaquita.

Mauricio le dedicó una mirada. En la parte baja de la litera frente a él yacía de costado una figura alargada, enfundada en un vestido elástico con estampado de leopardo. Lucía una larga cabellera rubia.

A media luz —ni por las noches apagan las lámparas en aquel lugar— era difícil distinguir los rasgos masculinos de su compañero de celda. Sólo las manos lo delataban.

El único reloj a la vista avanzaba con parsimonia. El tedio era insoportable. Si bien algunos llegaban con un ánimo festivo que les permitía socializar de inmediato y matar las horas entre anécdotas y carcajadas, Mauricio quería pasar desapercibido. Cuando supo que lo llevarían al Torito, le envió un mensaje a sus papás para avisarles que se quedaría a dormir en casa de Max. No tramitó un amparo para que el arresto no quedara asentado en su expediente. Tampoco le convenía crear un vínculo con alguno de los inquilinos del lugar.

Pasó las horas observando cada detalle: los números de inventario en las piezas del mobiliario, los rostros de los custodios, el movimiento casi imperceptible de las sombras proyectadas en el patio de concreto y hasta la colección de películas pirata que puso a disposición de los detenidos la trabajadora social.

Eso sí que le causó gracia. Si la memoria no le fallaba —que rara vez lo hacía— la producción, reproducción, almacenamiento y venta de copias de material protegido por la Ley Federal de Derechos de Autor se persigue de oficio y se castiga hasta con seis años de prisión. Y ahí, en plena antesala del reclusorio, había decenas de copias ilegales para entretener a quienes saldaban sus horas de arresto

inconmutable. Sólo en México, pensó.

A partir de esa noche, Mauricio marcó su distancia con el alcohol, pero poco después encontró otro vicio que encajaba mejor con su personalidad, uno que le permitía ser funcional y que nunca lo llevaría de vuelta al Torito.

FLOR

Humberto se convirtió en poco tiempo en el favorito del Tunas. La razón fue, paradójicamente, su rectitud y sentido ético. En un mundo donde impera la violencia, el jefe de plaza encontraba en él a un hombre en quien podía depositar toda su confianza: bastaba ver cómo el pequeño empresario supervisaba con el mismo compromiso y empeño el transporte de chiles y la distribución de droga.

Esa tarde volvían de comer en un restaurante francés enclavado en los primeros kilómetros de la carretera federal a Cuernavaca. El Tunas, junto con su operador financiero y el Arcángel, le dieron a Humberto un aventón a casa. En las intrincadas calles de la colonia Encinos, una pickup les cerró el camino. Por instinto todos empuñaron las armas que siempre cargaban, pero ya era demasiado tarde. De las bocacalles, e incluso de las bardas de los terrenos baldíos, más de una decena de bocachas apuntaban hacia ellos. El Tunas dijo con voz firme, con más coraje que miedo: «que empiece a rezar el hijo de puta que me vendió».

Los cuatro descendieron del vehículo con las manos en la nuca. No tenía sentido intentar una hazaña heroica; la única forma de librar ese arresto era morir. Con las manos aprisionadas por las esposas, cada uno abordó una camioneta diferente.

La unidad en que viajaba esposado el Arcángel se separó del convoy. Unas cuadras más adelante, se detuvo en una calle poco transitada. El agente que ocupaba el lugar del copiloto bajó del vehículo y abrió la puerta trasera.

—Comandante Ramos, le hablan —le dijo, entregándole un celular.

Después de que le quitaron las esposas, Miguel, orgulloso dentro de su extravagante camisa fosforescente, tomó el teléfono con las manos temblando por la adrenalina. Era su superior, para felicitarlo. Después de dos años de inmiscuirse en lo más profundo de las redes del crimen organizado, la operación encubierta había cumplido su objetivo.

Las horas de interrogatorio no lograron abrir la boca de Humberto. Sabía que si delataba a Chuy y a Tito su condena sería menor, pero no habría nadie que se encargara de su madre y su sobrina mientras estaba en prisión.

La línea del teléfono sonó tres veces. Lo único que pasó por la mente de Humberto en esos segundos fue el tatuaje del mara que conoció unos meses atrás: «Perdona madre mía por mi vida loca». Flor respondió con la alegría con que siempre contestaba el teléfono: el único que le hablaba era su hijo. Humberto percibió a través de la bocina cómo la sonrisa de su madre se desvaneció. Él le explicó sólo lo necesario. Le pidió que estuviera al pendiente de la llamada de Tito. La pesada respiración de ella era el único indicio de que seguía escuchándolo. Humberto se despidió y le dijo que todo estaría bien. Esa fue la primera vez en su vida que le mintió.

Tere dejó su tarea cuando escuchó el celular. De inmediato se dio cuenta de que algo andaba mal. Se mantuvo a una distancia prudente y observó cómo su abuela se encogió un par de centímetros, hasta que colgó y se desplomó sobre el banco de la cocina. La chica nunca la había visto llorar: no derramó una lágrima cuando Toño la abandonó, ni cuando Martina se fue, ni cuando Pedro murió.

—¿Qué pasó? —le preguntó, arrodillada frente a ella.

Flor continuó en silencio. Las arrugas profundas de su rostro se convertían en cauces para las gotas que emanaban de sus ojos.

Ella tomó la mano un poco torcida de su abuela.

—¿Qué pasó, *zyuzyu*?

Desde que llegaron a la ciudad, Tere no había pronunciado una sola palabra en hñähñu. El gesto logró captar la atención de Flor.

—Humberto está en la cárcel.

La vida de las dos cambió de forma drástica tras el arresto. Tito se presentó en el cuarto de San Nicolás Totolapan dos semanas después. Flor quería a Chuy y a Tito como si fueran sus hijos. Por eso mismo, la decepción se multiplicó por tres. Mientras escuchaba los detalles, se preguntó qué tanto le sorprendía lo ocurrido. Una sensación irritante no la dejaba en paz. ¿En cuántas ocasiones no se preguntó de dónde venía el dinero para la camioneta nueva, la televisión, la renta, los paseos de los sábados? ¿Cuántas veces no se quedó con un sentimiento extraño cuando veía a Humberto perder los estribos al teléfono? Mientras Tito hablaba, ella se torturaba pensando cuánto de lo que había callado la había convertido en cómplice de los malos pasos de su hijo.

LUCI

En lo que Regina calificó como un hecho sin precedentes, la primera discusión real entre Gallo y Luci llegó a un mes de haber cumplido dos años de novios. Por motivos de trabajo él pasaría una semana en Nueva York y ella le pidió que solicitara informes sobre los programas de educación continua en el Instituto Tecnológico de Moda.

—¿Para? —le preguntó levantando una ceja.

Su expresión de incredulidad la irritó un poco y Luci tuvo que hacer un esfuerzo para que su respuesta no tuviera el tono sarcástico que resonó en su cabeza.

—Siempre he querido hacer un curso ahí. Ya sólo me faltan unos meses para graduarme y ahorré lo necesario para irme terminando.

—¿Ah, sí? ¿Y a quién le pediste permiso? —la cuestionó Gallo en pleno uso del sarcasmo que ella había preferido evitar.

Estaban en casa de Max, en una cena improvisada que se había prolongado hasta la madrugada.

Luci hizo un cálculo mental para saber cuánto había tomado su novio y entender si esa actitud provenía de un impulso etílico. No. Gallo ya casi no tomaba. La segunda botella de *Bordeaux* que Max sacó de la cava de su padre estuvo desatendida la mayor parte de la noche.

—Sólo son cuatro meses…

Así como Regina se esfumó en el momento perfecto aquella noche en que Gallo y Luci se conocieron en casa de las Gutiérrez, esta vez se apareció en el instante adecuado para que el asunto no escalara. Ella se jactaba —y con razón— de ser la reina del *timing*.

—¡No hagan grupos!

Su amiga extendió la mano y levantó a Luci del sillón. El resto de la noche, Gallo siguió portándose atento y amoroso, pero ella lo conocía lo suficiente para notar que su plan de irse a Nueva York lo había puesto tenso, a la defensiva.

De regreso a casa, ni Luci ni él tocaron el tema. Después de cada fiesta tenían la costumbre de simular una entrega de premios: el más borracho, la peor vestida, el oso más grande, el aburrido, el malacopa. Luci pensó que por primera vez esa última categoría la había ganado Gallo. Pero no dijo nada.

La forma en que su novio se portó en la fiesta dejó a Luci inquieta, pero los días posteriores la convencieron de que todo estaba bien, de que había sido un *lapsus* al que sólo una mente ociosa le buscaría una explicación más allá de que la iba a extrañar. Pero Gallo tardó tres días en llamarla, y lo hizo para avisarle que estaba a punto de abordar el avión a Nueva York. Eso sí que no era normal. El miércoles, Luci le mandó un par de mensajes que él respondió casi 24 horas después con un «te amo». Cualquier otro día esas palabras le hubieran levantado el ánimo, pero la sensación que le provocaron esa noche distaba mucho de la felicidad. Nunca un «te amo» le había sabido tan amargo. Le supo a rutina, a la respuesta obligada, a falta de interés y creatividad.

El resto de la semana se dedicó a sus diseños y se convenció de que no pasaba nada. Con la distancia, las cosas adquieren dimensiones desproporcionadas. Ella conocía mejor que nadie lo relativo de la perspectiva y la percepción. Esos conceptos la acompañaban a diario en su carrera.

Gallo regresó el domingo y le marcó tan pronto el avión tocó pista. Cuando Luci vio en la pantalla del celular su nombre, una mezcla de molestia y alivio le aceleró el pulso. Con cada minuto que duró la conversación, sus dudas se disiparon y sus reclamos se acallaron. Su novio tenía la capacidad de hacerla reír en contra de su voluntad.

El martes que se vieron para cenar, Gallo le contó los detalles de su viaje. Mientras escuchaba, Luci valoró si era una buena idea o no preguntarle por qué no la había llamado más que una sola vez. No quería sonar como una novia celosa y controladora, pero tras darle muchas vueltas se decidió a hacerlo. Callarse sólo prolongaría esa sensación de incomodidad.

—Me bloquearon el *roaming* internacional.

En la actualidad, se puede culpar casi de todo a los servicios de telecomunicaciones.

SARA

Esa mañana se sentía llena de energía y en perfecto control de sus manías. A pesar de que el dolor había desaparecido casi en su totalidad dejó caer diez —tal vez quince— gotas de Tramadol en su jugo de naranja. No necesitó más de dos sorbos para sentir cómo la sustancia inundaba cada centímetro de su cuerpo. No sentía euforia ni excitación. Lo que la obligaba cada día a recurrir al frasco color ámbar era la capacidad magistral del medicamento de concederle una sensación de absoluto bienestar.

La música del radio que las muchachas de servicio escuchaban en la cocina estaba a un volumen excesivo, pero en vez de molestarse, Sara comenzó a llevar el ritmo de esa melodía necia con el pie.

Más temprano había sentido cómo, antes de salir, su esposo la besó en la sien con suavidad, para no despertarla. La barba crecida le provocó cosquillas, pero se esforzó por controlar sus reflejos y continuar aparentando un sueño profundo y reparador.

Hacía años que Fernando no tenía un gesto de tal ternura con ella. Desde que se lastimó la espalda, la dinámica de su relación había mejorado poco a poco. No sabía si tenía que ver con la necesidad que él sentía de cuidarla después de la lesión, o con el arrepentimiento de haberse portado como un verdadero imbécil esa madrugada en el vestidor. Fuera como fuera, su esposo se volvía a acercar a ella con cautela, tanto en lo físico como en lo emocional.

Los días que él estuvo fuera, Sara se tomó licencias que nunca se tomaba. Tras despertar, se quedaba en cama unos minutos viendo la televisión. Desayunaba tarde. Pasaba horas en la biblioteca leyendo, sin arreglarse. Su cambio de rutina sorprendió tanto a su hijo como a la servidumbre, que la miraba de reojo con incredulidad. Regularmente la señora se maquillaba hasta para ir a jugar tenis al club… Lo que más sorpresa causó fue la tranquilidad que se percibía en casa. No había regaños por usar el trapo azul —el de la cocina— en

el comedor, ni por colocar el rollo de papel higiénico con la hoja suelta mirando a la pared. Sara tampoco dijo nada cuando la nueva muchacha le sirvió *Chardonnay* en una copa tipo borgoña.

Esa semana únicamente salió para su cita de valoración. El doctor Garfias la recibió con una sonrisa.

—Te ves muy bien. Estos días de descanso te rejuvenecieron.

El piropo, en el punto medio entre la amabilidad y la coquetería, era acertado. Sara sentía lo mismo. La interrupción del flujo de pensamientos obsesivos tuvo beneficios en su estado de ánimo y hasta en su relación con Fernando.

—Suspende los medicamentos. Si tienes alguna molestia, cambia las gotas de Tramadol por comprimidos de cincuenta miligramos. Uno cada 24 horas sólo en caso de dolor.

Un malestar insoportable sigue presente cuando se va. Se graba, deja huella, y aunque la causa física desaparezca, su marca es indeleble: quien lo sufrió queda hipersensible, aterrado ante la idea de volver a padecerlo.

Todavía considerándolo como una precaución ante la posible escalada de una molestia leve, Sara introdujo una de las pastillas que había comprado en la farmacia del hospital a su boca, apenas subió a su camioneta.

Esa fue la primera vez que sintió un rastro de remordimiento. Pero la inquietud desapareció minutos después, cuando el sopor emocional se apoderó de ella. Ligereza. Eso era lo único que sentía mientras miraba las calles pasar a través de la ventana de la camioneta.

A partir de ese día, su consumo de Tramadol aumentó poco a poco. Las razones nunca se agotaban. Al menor indicio de incomodidad —física o anímica— depositaba uno o dos comprimidos bajo su lengua. Su vida se había vuelto mucho más agradable desde que conoció aquel fármaco. Se sentía feliz, enfocada, capaz y completamente funcional. Otras sustancias, incluso el alcohol, alteraban su estado de conciencia. Con esta no había somnolencia o ansiedad, sólo fuerza y habilidad para completar todo lo que se proponía.

El remordimiento volvía cada vez que el efecto pasaba. Sara sabía que no estaba bien depender de una sustancia, pero la primera vez que intentó suspender su consumo se sintió atrapada en una pesadilla. Así como Fernando fue unas décadas antes el boleto de

salida de una realidad insoportable, el Tramadol se volvió su ruta de escape de la vida que siempre soñó, pero que resultó no ser lo que imaginaba.

FLOR

El cuerpo se acostumbra a todo, pero el corazón no. Flor se acostumbró a despertarse antes de que saliera el sol, al tránsito demencial de la capital, al dolor de tobillos que provoca caminar por horas, incluso a la molestia en los brazos y espalda por cargar esa canasta de dulces que, a ojos ajenos, parecía tan ligera. Se habituó al acoso de los policías, a que los empleados de los locales de la Condesa la ahuyentaran con el desdén con que se espanta a una mosca, a los que le gritaban «pinche india» y a los jóvenes de clase acomodada que entre susurros alcohólicos entablaban con ella una plática condescendiente.

Pero nunca se acostumbró a que su hijo estuviera en la cárcel. Ni a que en la pequeña bolsa que llevaba colgando en diagonal sobre su pecho convivieran, insolentes, las monedas y la cocaína.

Tito le explicó cómo funcionaría todo. Lo de los dulces sería sólo una pantalla. La ganancia importante vendría de la droga. Nunca debía llevar más de una bolsita de coca en su bolso, siempre escondida en una caja de chicles de pastilla. El resto lo traería oculto en el sostén. «El Senado», le dijo, «despenalizó la portación para consumo personal». Hasta un gramo si se trataba de cocaína, justo la porción que ella cargaría en el bolso: una grapa. Tere no se debía enterar, sólo vendería dulces por las tardes, después de estudiar. No había otra forma de que les alcanzara el gasto con Humberto en la cárcel.

Fue un jueves por la noche, dos semanas después de empezar a trajinar con la canasta, que un joven le pidió chicles de menta polar. Ese era el código: le entregó la caja preparada, y en vez de un par de monedas recibió un billete a cambio. Flor no sabía en concreto qué era la cocaína, ni qué efecto producía. Lo único de lo que estaba segura era de que ese polvo blanco fue el culpable de mandar a su hijo a la prisión.

Para visitar a un recluso no basta con pararse frente a la puerta

de un penal. Los requisitos incluyen la presentación de un acta de nacimiento y una identificación oficial por parte del familiar. Flor no tenía acta. En el pueblo empezaron a tramitarlas cuando nació Martina. Por lo tanto, tampoco tenía identificación. Los trámites demoraron un par de semanas. Pero en cuanto entró a ese inmueble inhóspito, la anciana se quebró. Era la segunda vez que lloraba en su vida. Con cada lágrima que surcaba su rostro arrugado, la congoja de su hijo aumentaba y los sentimientos de Flor se desbordaban. Un círculo vicioso repleto de dolor y arrepentimiento, que no encontraban otra forma para expresarse.

En la Condesa había decenas de personajes que, como Flor, escondían un secreto bajo el manto de inocencia que les confería su ocupación. Estaba don Epi, un taxista de bigote entrecano que hablaba hasta por los codos, pero nunca hablaba de más. Él se encargaba de entregar un amplio catálogo de drogas recreativas en antros, restaurantes y fiestas privadas del corredor Roma-Condesa. Para operar en ese negocio el sigilo era fundamental.

—Calle dos— decía a modo de advertencia y despedida a sus clientes, sin sacarse el palillo de la boca.

También estaba Verónica, la empleada de una heladería artesanal que le surtía a sus visitantes otro tipo de postres. Eso sí, sólo a quien recitaba alguna de las listas enrevesadas de sabores que servían como códigos para referirse a la marihuana o a la cocaína. En ocasiones, ya fuera por sospecha o por franca diversión, Verónica surtía la orden de helado de forma rigurosa ante la mirada desconcertada del cliente, que partía con un par de litros de postre que no había ido a buscar.

Flor, don Epi y Verónica representaban en un par de cuadras a tres de los grupos delictivos más poderosos del país. Los Zetas, la Familia Michoacana y el Cártel del Golfo se peleaban a través de ellos a los clientes de la zona. Aunque las autoridades de la Ciudad de México se empeñaban en referirse al problema del narcotráfico como un asunto de brotes aislados y violencia entre pandillas, bastaba con subir un par de peldaños de la pirámide para darse cuenta de que, cuando de drogas se trata, no hay hechos aislados: todos los involucrados trabajan para uno de los grandes capos, por muy lejano que sea su lugar en el organigrama.

LUCI

El amor es lo que mantiene a una pareja unida cuando la inercia se agota, pero ese mismo amor, malentendido, puede volverse el motor para sabotear las relaciones: cuando el que lo siente se cree con derecho a exigir un desglose de cuentas de los sentimientos para valorar quién ama más y quién ama menos, cuando alguno traduce de forma imprecisa y parcial cualquier acto insignificante, no puede sino conducir a la decepción. Lo que comienza como certeza se transforma en expectativa, y más tarde en exigencia.

Desde que Gallo regresó de Nueva York, Luci se empeñó en olvidar sus inquietudes. Lástima que la causa de su desasosiego no quisiera permanecer enterrada. Un viernes por la tarde, cuando su novio se levantó al baño, la pantalla del celular que dejó sobre la mesa se encendió para revelar un mensaje que le retorció el estómago a Luci:

> Acabo de aterrizar. Muero por verte. Hasta mañana.

Por si fuera poco, el texto iba acompañado de una cantidad ridícula de corazones y besos. Una tal Sophie era la remitente.

Su novio regresó a la mesa. Antes de sentarse, recargó las manos en los hombros de Luci y la besó en la sien. Ella sintió cómo su cuerpo se contrajo por el rechazo; su impulso no pasó desapercibido.

—¿Qué tienes?

—Nada.

La pantalla del celular había vuelto a oscurecer. Pasaron apenas unos minutos para que Gallo lo revisara y, con el rostro impávido, guardara el teléfono en la bolsa interior de la chamarra.

Dentro de Luci ardía Troya. La carcomían las ganas de enfrentarlo, de preguntar quién era esa tal Sophie y por qué se iban a ver el sábado. Pero tenían que ir al cumpleaños de Max en la noche y no quería empezar una discusión. Estuvo callada y seria por un rato. Camino a la fiesta, después de escuchar el sonido que indicaba la entrada de un mensaje, Gallo revisó el celular con una mano, mientras con la otra sostenía el volante. Ahí no se pudo contener más y por fin le preguntó: ¿qué vamos a hacer mañana?

La respuesta hubiera sido perfectamente verosímil si Luci no hubiera tenido la mala fortuna de ver aquel mensaje: tenía que investigar un caso para el despacho, urgente para el lunes. Lo más probable es que tuviera que quedarse hasta la madrugada en la oficina. Ella sintió una patada brutal en el abdomen. Esa sensación se repitió el resto de la noche cada vez que el recuerdo de Sophie y sus emoticones ridículos volvía.

—¿Otra? —le preguntó Regina.

Luci regresó a la realidad. La copa de vino que le habían servido minutos antes estaba vacía. Su amiga la veía con incredulidad y preocupación. Aprovechó un momento de distracción de Max y Gallo para jalarla a un rincón.

—¿Qué traes?

—Nada…

—Ajá. ¿Qué traes?

Luci no tenía intención de contarle a Regina lo del mensaje, pero sabía que su amiga era implacable. Si no le respondía, sus ojos inquisitivos la taladrarían el resto de la noche.

En menos de un minuto le explicó lo que pasó en la tarde. Le recitó el mensaje al pie de la letra, con puntos y emoticones. El gesto de Regina le confirmó que no estaba exagerando. No sonaba nada bien.

En ese momento sintió cómo la mano de Gallo se posó en su cintura. Aquella energía seductora que permeaba cualquier caricia de su novio había desaparecido, para dar lugar a una sensación de fastidiosa incomodidad. Su sola presencia la irritaba. Luci contuvo el reflejo de alejarse.

Mientras los demás platicaban y reían, Regina le regalaba

miradas furtivas de empatía. Si algo odiaba Luci —sobre todo a raíz de la muerte de su mamá— era la compasión. Se acercó a la oreja de Gallo y le preguntó si se podían ir. Él intentó negociar unos minutos más, pero ante la insistencia accedió de mala gana.

El regreso a casa no fue agradable. Él le recriminó la salida intempestiva de la fiesta de cumpleaños de su mejor amigo. Ella intentó contener su indignación apretando los dientes y mirando por la ventana. Pero el tono agresivo de Gallo la llevó al límite. Cuando se estacionaron frente a su edificio, Luci no pudo más.

—¿Por qué la próxima vez no llevas al cumpleaños de Max a Sophie?

Abrió la puerta y se bajó.

Nunca imaginó que tardaría tanto en llegar del coche a su recámara. En el momento en que azotó la puerta, Gallo salió tras ella. La llamó con su tono característico de ira recatada. La siguiente vez que dijo su nombre no logró matizar la exasperación, y la tercera ocasión que lo hizo —justo cuando Luci estaba por meter la llave en la cerradura— la agarró del brazo con la fuerza con que se empuña el mango de una raqueta.

Luci se congeló. Por un instante no sintió ni pensó nada. Su cuerpo entró en un estado similar al que se vive al llegar a lo más alto de una montaña rusa. Luego vino la caída libre.

La sangre saturó su corazón, que palpitaba de prisa. Un sudor helado le empapó la nuca. Aunque estaba oscuro pudo ver con una claridad perturbadora las facciones endurecidas de Gallo, el enrojecimiento de su piel, las pupilas dilatadas y el movimiento de las aletas nasales con cada inspiración.

—Suéltame.

Sus dedos la liberaron de inmediato. Luci sintió cómo las piernas le flaquearon y buscó apoyo en la barda.

—Estás peda.

Si había estado ebria en algún momento de la noche —tal vez después de esa copa de vino que se tomó en tres tragos— el efecto del alcohol ya había desaparecido.

—¿Quién es Sophie?

—La hija de uno de los socios del bufete en Nueva York.

La arrogancia en su tono de voz desquició a Luci.

—Sabes perfectamente que eso no es lo que pregunté. ¿Por qué muere por verte, por qué se van a ver mañana, por qué atasca su mensaje de pinches besos y corazones?

—No hables así.

Desde que comenzaron su relación, Gallo le dejó en claro lo desagradables que le parecían las mujeres malhabladas.

—Te vale madres cómo hablo. ¡Contéstame! ¿Estabas con ella en Nueva York cuando no me respondías los mensajes, cuando no me llamaste en una pinche semana?

Luci se dio cuenta de que su voz alcanzó un tono agudo al que nunca había llegado. Parecía que esas palabras azuzadas por la rabia provenían de las cuerdas vocales de una extraña.

Su celular sonó y en la pantalla apareció el nombre de su papá. Por su línea de trabajo, Miguel insistía en que ningún contacto del teléfono revelara una relación familiar. Nada de «Papá» ni «Casa». Y nada de apellidos. Luci tomó aire antes de contestar y se esforzó en que su voz volviera a sonar normal. La llamada duró menos de cinco segundos. Su padre ponía pocas reglas, pero era especialmente estricto con las que giraban en torno a la seguridad. Nada de quedarse en el coche o frente a la puerta despidiéndose en plena madrugada. Era como pedir a gritos que los asaltaran.

—Tengo que… —dijo Luci mientras señalaba hacia el departamento.

—Hablamos mañana.

Sophie. El nombre retumbaba como una maldición en su cabeza. Por más que trataba de olvidarla, cada vez que cerraba los ojos para intentar dormir, su imagen se le presentaba con una sonrisa altiva. La imaginó de mil formas, pero siempre era la misma.

La costumbre la llevó a revisar su celular. Gallo siempre le avisaba cuando llegaba a casa. El acto reflejo incrementó su ira. Y luego lo sintió. Al recargarse sobre su brazo izquierdo percibió un rastro de los dedos que minutos antes la habían aprisionado. Levantó la manga de su pijama y alcanzó a ver una impresión púrpura justo a la mitad de su antebrazo.

La noche pasó entre despertares abruptos. Cada vez que emergía de un sueño profundo, la inconsciencia le profería unos segundos de paz, pero su mente la bombardeaba de inmediato con el recuerdo de lo que había pasado unas horas antes. Sophie. Gallo. El moretón en su brazo.

Por la mañana se metió a bañar y bajo el chorro de agua caliente rozó con los dedos aquella marca morada. La miró con recelo, con curiosidad. Luego hundió el índice sobre ella y una punzada sutil le recorrió el cuerpo.

Era sábado y comería con su papá. Mientras se secaba hizo un rápido inventario de su ropa para ver qué blusa le podría cubrir el

brazo sin matarla de calor. Por su mente pasó lo que su padre le haría a Gallo si se enteraba de que la lastimó. Miguel era un hombre apacible y de buen trato. Pero cuando se trataba de defender a su hija, la fuerza de carácter que solía guardar para los episodios más tensos y peligrosos del trabajo, salía a flote.

Por un par de horas, hizo un esfuerzo sobrehumano por actuar normal, por alterar en su narración los eventos de la noche anterior, para darle a su padre una reseña aceptable, pero verosímil. Miguel poseía una intuición perturbadora: su entrenamiento le confería la pericia de interpretar el lenguaje no verbal en cualquier ademán, incluso los que para otros pasaban inadvertidos.

Luci le dijo que no la había pasado bien en el cumpleaños de Max. Que Gallo había estado insoportable, agobiado por el trabajo en el despacho y que por eso mismo, no lo vería por la noche.

Miguel satisfizo su curiosidad, y el panorama de pasar el sábado entero con su hija, incluso con la posibilidad de llevarla al cine como cuando era más pequeña, lo hizo dejar el tema por la paz.

Luci posó su mano derecha sobre la manga del suéter y presionó suavemente el moretón. El nombre de Sophie seguía retumbando en su cabeza.

Esa fue la primera vez que le mintió a su papá. Las consecuencias de no hacerlo habrían sido nefastas. Al odio, la tristeza y la decepción se les sumó la culpa. El tumulto de sentimientos con los que Luci lidiaba esa tarde la obligaron a decir una segunda mentira. Le dijo a Miguel que no podría ir al cine, porque tenía cólicos. Sabía que su padre, como casi cualquier hombre, se ofuscaba ante la referencia más sutil al ciclo femenino.

El tono del mensaje la rescató del laberinto de sus pensamientos.

Me apuré con el caso para verte. ¿Cenamos?

El alivio que sintió la llenó de vergüenza. A pesar de que estaba

furiosa con Gallo, no concebía la idea de terminar con él. Tenía la esperanza de que hubiera una explicación razonable al mensaje de Sophie, a Sophie, a su arrebato de anoche.

—¿Ya te sientes mejor? —le preguntó su papá cuando la vio entrar a la sala con la bolsa en la mano.

—Sí, me tomé unas pastillas y se me pasó.

Tercera mentira.

El timbre la libró de dar más detalles. Apresuró el paso hacia la puerta.

—Voy a cenar. No me tardo.

El primer encuentro después de una discusión de pareja está cargado de tensión. Luci traía preparado un guion mental de lo que le diría a Gallo, pero sus preparativos se desmoronaron en cuanto él recargó la mano en su muslo y le pidió perdón.

Ella miró el techo del coche en un intento por retener las lágrimas. Gallo detuvo el auto y se bajó. Abrió la puerta del lado del copiloto y le dijo: ven acá.

Nunca la había visto llorar. En esos dos años no hubo motivo para que sucediera. Cuando estuvo más tranquila, Gallo soltó el abrazo con que la envolvía y retomaron su camino al restaurante.

—Sophie es la hija de Francisco, el socio de mi papá. La conozco desde chiquita. Regresó de Francia hoy, estudió la carrera allá. De regreso del aeropuerto, su papá iba a pasar al despacho por unos documentos. Ahí la iba a ver. Pero me salí antes para platicar contigo.

Ese era el tipo de respuesta que su corazón dolido ansiaba.

Luci decidió no mencionar el moretón en su brazo. Prefería refugiarse en la sensación de que las cosas habían retomado su curso normal: Gallo estaba tranquilo, era cariñoso. Se amaban, de eso estaba segura.

SARA

Su vida había cambiado por completo. Estaba tranquila. Fernando se acercaba más a ella: la abrazaba por la espalda mientras dormía. Incluso volvió a jugar tenis, ahora sólo concentrada en el juego. Se dio cuenta de que la atracción hacia su entrenador era un invento más de su mente, ansiosa por darle un sentido, aunque fuera ilícito, a su monótona vida. Sus movimientos eran hábiles de nuevo, no quedaba rastro alguno del dolor de espalda. El problema era que esos cambios eran resultado del incremento en su consumo de Tramadol.

Intentó dejarlo otra vez. Ahora sabía que en ella existía toda esa calma. ¿Acaso no podría alcanzarla por cuenta propia? Qué equivocada estaba. Cuando por costumbre, después de la comida, sacó la caja de Tramadol que siempre llevaba en su bolsa, la soltó de inmediato. A partir de ese momento, la ansiedad se apoderó de ella. Luego vino la taquicardia, el dolor en todo el cuerpo y por la noche, el insomnio. Quiso creer que algo de la cena le había caído mal. Se levantó al baño y vomitó una y otra vez.

La supresión la convirtió en un alma en pena. Entendió su nivel de dependencia cuando, sin otra idea para sosegar el sufrimiento, colocó una de las pastillas bajo su lengua. El pequeño comprimido se disolvió y empapó su boca de un sabor que no era particularmente agradable, pero al que se había acostumbrado y ahora incluso disfrutaba. Sabía que ese gusto amargo era el preludio de la sensación de absoluto bienestar que le había devuelto el sentido a su vida.

—¿Te sigue doliendo la espalda?

Fernando entró a la recámara en el momento justo en que ella colocó en su boca la pastilla.

—A ratos, sobre todo en las noches.

No era verdad.

Sentada al borde de la cama cerró el pastillero en que guardaba más de una decena de los comprimidos que a últimas fechas le

duraban menos de una semana. Metió la caja metálica en el cajón del buró y lo cerró.

Fernando se quitó el saco y la corbata y enrolló las mangas de su camisa. En un acto de ternura que hacía mucho Sara echaba en falta, se sentó junto a ella y colocó las manos sobre su espalda baja para darle un masaje. Ella sintió cómo los ojos se le llenaron de lágrimas. El efecto del Tramadol y los cariños de su marido la llevaron al borde de las sensaciones. Fernando notó el sollozo de su esposa y acercó los labios a su cuello. La rodeó con los brazos y permanecieron inmóviles, en silencio, por lo que pareció una eternidad.

Sara despertó por la mañana sintiendo una dicha que sabía ajena al Tramadol. Eso le dio la determinación necesaria para hacer una cita con su médico en un tercer intento —que esperaba fuera el definitivo — de dar por terminada su relación con el medicamento. La secretaria del doctor Garfias le consiguió un espacio para ese mismo día y ella se dirigió al hospital con la ilusión de quien emprende el camino hacia la libertad.

—No me digas que te sigue dando lata esa espalda.

Garfias la invitó a sentarse y abrió el expediente que tenía listo sobre el escritorio.

—No, la espalda ya no es el problema.

Entonces compartió con el médico una versión diluida de sus hábitos de consumo. Le habló —sin mucho detalle— del malestar y la ansiedad que sintió al intentar suspender el medicamento. Cuando el doctor le preguntó cuántas pastillas ingería al día, redujo el número real por la mitad. Aun con la cifra reducida, Garfias le dedicó una mirada severa y siguió con las anotaciones en su expediente.

—¿Desde hace cuánto?

Sara tragó saliva y dijo semanas en vez de meses. En su mente había visualizado aquella cita como un trámite para saber la solución a su problema, una receta mágica, pero muy a su pesar, el diálogo se convirtió en inquisición. La expresión y el tono de voz del doctor Garfias la hacían sentir incómoda y juzgada. El médico afable que le trató la lesión lumbar desapareció para dar lugar a un hombre frío y poco condescendiente, que sin lugar a dudas parecía decepcionado de ella.

Las manos le sudaban. Mucho. Tomó un pañuelo desechable de su bolsa y fingió limpiar su nariz, pero en realidad lo usó para secarlas discretamente. El papel se empapó en segundos. Las paredes y los

muebles del consultorio se tornaron borrosos y luego desaparecieron; lo único que podía ver eran los labios del doctor moviéndose en cámara lenta, aunque no escuchaba nada. Nada más que el maldito reloj de muñeca de Garfias.

Tic, tac. Tic, tac. Tic, tac. Tic, tac, tic, tac, tic tac tic tac tic tac.

Notó que el ruido de las manecillas no era acorde al tamaño de la maquinaria.

Respirar. Respirar.

Sus pulmones agonizaban.

Quien sufre un ataque de pánico se siente atrapado en una pesadilla. Lo peor es que sabe perfectamente que no está dormido, que lo que experimenta es real. Es como uno de esos sueños en los que uno siente que cae, pero en este caso, la caída no tiene fin. La reacción normal es gritar, pedir ayuda. Pero los gritos, por más violentos que sean, no emiten sonido alguno.

—¿Sarita?

De repente el aire alcanzó sus pulmones y su visión volvió a la normalidad. El único vestigio de lo que acababa de pasar era un hormigueo en manos y pies.

—Entonces en eso quedamos. Vamos a reducir la dosis de forma gradual y la meta es que en dos meses suspendas definitivamente el medicamento. Te recomiendo que sigas ejercitándote y que te mantengas ocupada. Evita situaciones de estrés, tomar alcohol y desvelarte. Una rutina agradable hace mucho más fácil el proceso. Si tienes dolor, toma un gramo de paracetamol por la noche.

Garfias escribió la receta.

—En algunos casos, los síntomas de abstinencia son tan agudos que es necesario recetar ansiolíticos. Te voy a anotar el número de un colega psiquiatra. Me gustaría que platicaras con él para que valore la situación y determine si algún trastorno de ansiedad o depresión fue lo que desencadenó esto.

Psiquiatra.

El doctor se levantó y Sara hizo lo propio. Antes de despedirse secó sus manos con el saco, al tiempo que pretendía acomodarse las solapas.

Lo primero que hizo en la camioneta fue sacar el pastillero de su bolsa. El doctor dijo que de forma gradual. Al día siguiente, sin lugar a dudas, comenzaría a disminuir su consumo. En ese momento llevaba casi 24 horas sin tomarlo. Colocó una pastilla bajo su lengua y cerró la tapa de la caja. Su mente estaba desbocada. Sin pensarlo mucho, tomó otra pastilla. Usó la punta de la lengua para disolverla dentro de su boca. Cuando tragó la pasta blanca alcanzó a sentir las úlceras estomacales que ya le había provocado aquella sustancia.

Mantuvo en secreto su visita al doctor. Esa noche era de cartas con sus amigas. No entendía cómo aquellas mujeres, apenas se sentaban a la mesa, vociferaban los asuntos más íntimos de su vida. Sara, más que participar en esa terapia de grupo improvisada, comparaba mentalmente sus problemas con los de ellas. Eso siempre la hacía sentir bien.

Esa noche se sirvió más tequilas de lo normal. Las palabras del doctor hacían eco en su cabeza. Abstinencia. Psiquiatra. Ansiedad. Depresión. El alcohol parecía tener un efecto similar al de sus pastillas, aunque mucho más gradual y sutil. Por la mañana le quedó claro que sus secuelas lo convertían en un sustituto perverso.

Fernando se despidió de ella con un beso y una sonrisa. Volvería en una semana. Apenas salió de la recámara, Sara metió una de las pastillas en su boca. Minutos después se sentía relajada, pero alerta. Feliz, pero no eufórica. En control, sin estresarse. El Tramadol era el ecualizador de su existencia.

FLOR

Mandaba a Tere a casa en cuanto oscurecía. Vendiera lo que vendiera, la chica emprendía el viaje a la Magdalena Contreras justo cuando se escondía el sol. Así podía hacer la tarea y encargarse de la limpieza del cuarto. Con los dulces y los cigarros apenas sacaban para el gasto; Tito les pasaba un dinero extra cada mes, un pequeño porcentaje de la venta de droga.

Ese jueves, sólo una hora después de que su nieta subió al Metrobús, Flor escuchó una ola de chiflidos que se replicaba cuadra a cuadra desde Insurgentes. Los encargados del valet parking de los locales a ambos lados de la avenida Álvaro Obregón retiraron de inmediato los módulos de recepción colocados en la calle y comenzaron un caótico reacomodo de autos. Minutos después, una caravana de patrullas, motocicletas y grúas de la Secretaría de Seguridad Pública iluminó el lugar con destellos azules y rojos.

Desorientada por las luces, las sirenas y las voces robóticas que salían de los altoparlantes, Flor alcanzó a ver cómo dos oficiales rodearon a Beto, un vendedor de encendedores, para revisar su mercancía. El instinto la llevó a sacar la caja de chicles donde escondía la droga y a tirarla en el bote de basura que usaban de cenicero los clientes de una mezcalería.

Tenía otras grapas escondidas en el sostén, como Tito le había dicho. Te pueden revisar la canasta, pero nunca ahí. Aquella tarde, Flor se había avergonzado con la conversación y hoy, después de ver con qué meticulosidad revisaban los policías a Beto, dudaba de su certeza.

Minutos después, dos uniformadas llegaron donde ella estaba.

—Buenas noches, señora. Una inspección aleatoria como parte del operativo.

Flor no entendió las palabras, pero sí la intención. Ofreció su canasta a una de las policías y la otra señaló el bolso que colgaba de

su hombro, el mismo en el que, minutos antes, había guardado una grapa de cocaína.

Varios automóviles fueron enganchados por las grúas. Después del susto, Flor notó que las ventas de cigarros aumentaron: clientes que intentaban contener sus ánimos para negociar con los oficiales, con el fin de evitar que sus coches terminaran en el corralón. La intransigencia o mejor dicho, la moralidad obligada de los agentes —las grúas traían montada una cámara de seguridad—, potenciaba la necesidad de nicotina de los jóvenes agraviados.

—Señora.

Una voz la hizo volverse. Un joven alto, de semblante amable, estaba de pie junto a ella, con las manos en los bolsillos. Le sonrió.

Flor estaba acostumbrada al trato déspota de los clientes ebrios. Esa sonrisa no era cosa de todos los días.

—Buenas noches, me da unos Marlboro rojos y dos Tutsis, por favor.

La anciana sacó de la canasta una cajetilla y dos paletas y se las entregó.

—¿Cuánto le debo?

—Son setentaicinco, joven.

El chico, que rondaría los treinta, sacó su cartera y le dio un billete de doscientos. Comenzó a buscar el cambio en la bolsa, pero él agitó la mano y le dijo: así está bien.

Un par de horas después de medianoche, Flor volvió a pasar por la mezcalería. Con su letanía de «chicles, cigarros», llamó la atención del mismo joven, que abandonó la mesa y la siguió un par de pasos.

—Hola otra vez —le dijo con esa sonrisa encantadora—, ¿me da unos chicles de menta polar?

Ella sintió cómo su corazón se aceleraba. Los eventos de la noche la habían hecho olvidar el momento en que se deshizo de la coca. ¿Qué le iba a decir a Tito? ¿Cómo le iba a pagar?

El joven notó su nerviosismo. Caminó unos metros más con ella hacia un sitio más apartado.

—Perdón si me equivoco, pero vi cómo tiró unos chicles al basurero cuando llegó el operativo. Creo que usted es la señora de la que me habló un amigo. Si trae más, le compro todo. Así puede compensar lo que perdió.

Flor le dijo que regresaba en unos minutos, que se acercara a ella cuando volviera a pasar. Aprovechó el resguardo de un zaguán de

la colonia Roma y la oscuridad de la noche para tomar los sobres de plástico que llevaba en el sostén y los colocó, lo mejor que pudo, dentro de una caja de chicles de menta.

Esa fue la primera vez que le vendió. Y vaya venta. Lo que le daba Tito el lunes le duraba casi siempre la semana entera. El chico se lo compró todo esa noche y además, le dejó de propina lo de la grapa que tuvo que tirar al basurero.

Sintió una simpatía inmediata por el joven, siempre atento y educado. Cada vez que le compraba, le dejaba propina. Lo veía una vez por semana, los jueves, por lo regular. Siempre se llevaba toda la cocaína, además de unos cigarros y dos Tutsi Pops. Por él le tuvo que pedir a Tito que le mandara más mercancía los viernes por la mañana.

El porcentaje de las ventas de droga se multiplicó, lo cual le permitía descansar mejor: los jueves apenas vendía un par de cajetillas y volvía a casa. No obstante, por algún motivo, cada vez que le entregaba la caja de chicles al joven se sentía mal. No entendía cómo alguien que se veía tan pleno, tan alegre, necesitaba de eso.

En su recorrido, Flor pasaba más de cinco veces frente a los mismos locales. Era evidente que quienes le habían comprado se comportaban de forma estridente y ridícula; en algunos casos la acosaban para que les vendiera más cocaína. Cuando les explicaba que se había terminado, los jóvenes armaban un alboroto. Para ellos, la única razón de que esa vieja indígena recorriera las calles era proveerlos de droga. Uno de ellos la sacudió del hombro una noche.

—A ver, pinche india, te pago lo que sea, pero véndeme.

Después de eso, dejó de pasar por la Condesa. Era donde casi siempre agotaba la mercancía el sábado, pero los chicos eran tan indiscretos que le preocupaba que alguna de las patrullas que circulaban sin cesar por las calles de la colonia se percatara de su presencia.

Humberto le marcó un miércoles a su celular. Llevaba un par de meses en el penal, pero todavía no le dictaban sentencia. Cada vez que escuchaba su voz, Flor sentía primero alivio y luego una cólera incontrolable.

—Mamá, ahora le va a llegar más dinero. Necesito que se vea con Tito y con Chuy para que platiquen —le dijo en hñähñu.

El lunes llegaron los dos socios de su hijo al cuarto de la Magdalena Contreras. Tere estaba en la secundaria. Se sentaron cada uno en un banco, en el rincón que hacía las veces de cocina. Flor

permaneció de pie.

—Nos está yendo muy bien con la venta de dulces.

Chuy hizo una innecesaria inflexión en «dulces»: era obvio de qué estaba hablando.

—Pero desde hace un par de semanas estamos trabajando en otro proyectito que funciona mucho mejor.

Los dos rieron. Flor no entendía de qué hablaban.

—No le vamos a dar más detalles del negocio, por su seguridad, pero lo bueno es que está funcionando. Así que cada quince días va a tener que ir a una sucursal de Elektra, en la Picacho Ajusco, a cobrar un dinero por Western Union. El efectivo se lo trae para acá y hacemos cuentas. Todos los lunes a las tres de la tarde tiene que estar aquí. Mande esos días a la niña a vender dulces.

Flor sólo usaba su identificación para visitar a Humberto en el penal, pero ahora la necesitaba también para cobrar en Western Union. La cajera contó los billetes frente a sus ojos. Eran puros morados, de los de a mil.

Ese día se convirtió, sin saberlo, en prestanombres de una organización criminal encargada del secuestro de migrantes centroamericanos. El dinero que recibía cada lunes provenía del rescate que familiares de las víctimas pagaban por su liberación.

Humberto supo desde el primer día el riesgo que conllevaba involucrarse en el narcotráfico. Veía las noticias, sabía que la guerra que libraban el gobierno y el crimen organizado estaba a punto de ebullición. Cada parte defendía sus intereses, económicos y de poder, sin importar a quién se chingaran en el camino. Había querido confiar en su suerte, cegado por la ambición.

—Nos cortaron del mismo tronco —le dijo el Tunas, una mañana hacía ya varios meses, en la casa del Ajusco.

Sí. Humberto lo supo desde que aceptó mover la mercancía en sus camiones. Sabía que jugaban con fuego, pero la adrenalina y la promesa de un futuro colmado de lujos lo habían dirigido hasta donde se encontraba en ese momento.

La vida en la cárcel no era más básica que la que tuvo en el pueblo. Las celdas no distaban mucho en tamaño y apariencia del rincón donde durmió hasta la adolescencia. Lo que lo mataba era el aburrimiento. Entre el pase de lista de la mañana y el de la noche, las horas se encargaban de hacerlo pagar por sus delitos. El tiempo se volvió su verdugo.

Las mentes se trastornan con la inactividad. Por eso dicen que no hay peor consejero que el ocio. Los largos días le permitieron a Humberto observar cada detalle de la operación del penal. Estudió las relaciones entre reos, entre reos y custodios, y en pocos días determinó quiénes serían los adecuados para formar parte de su equipo. Si la justicia le impidió hacer dinero afuera lo haría desde dentro.

En menos de un mes estuvo todo listo. Bastó la promesa de una vida de lujos dentro del centro penitenciario para que tanto presos como guardias se sumaran al plan. Humberto tenía además una ventaja: todos sabían que era Zeta, y a Los Zetas se les respeta, por miedo o por admiración.

Con la memoria excepcional que lo caracterizaba, en pocos días elaboró una lista con nombres, teléfonos y detalles familiares de siete comerciantes de la Central de Abasto. Ellos serían sus primeras víctimas.

Justino, un custodio, se encargó de meter los celulares. Humberto y Rosas, su compañero de celda, se hacían pasar por empleados de despachos de cobranza, representantes de sorteos y hasta locutores de radio. Esta última identidad la usaban cuando contestaban niños. Le aseguraban al pequeño que había ganado boletos para ir a ver algún concierto —Justin Bieber y One Direction no fallaban—. A continuación, se encargaban de recabar su nombre completo, edad, la colonia en que vivía, sus pasatiempos y el celular de alguno de los padres. El niño, extasiado, respondía sin reserva y los colmaba de información esencial para llevar a cabo la extorsión. Minutos después hacían el segundo contacto, ahora con la mamá o el papá. Era ridículamente sencillo lograr que cooperaran.

Chuy y Tito se encargaban de recolectar los pagos. Además, otra célula de Los Zetas secuestraba migrantes centroamericanos en el sur del país. El dinero corría, otra vez, a raudales. Diversificación, como dicen los grandes empresarios.

LUCI

Las cosas habían mejorado en su relación, pero no habían vuelto al punto en que se encontraban antes del episodio del mensaje. La duda de uno ante los actos del otro se había vuelto constante.

Un viernes por la noche, Max le pidió a Gallo que Luci y él acompañaran a Regina y a sus amigas de antro. Él no podía ir porque se iba de viaje. En su eterno estado de espíritu libre, había armado un grupo para visitar Colombia y probar la ayahuasca. Más valía mantener a Regina distraída los días que estaría fuera.

Antes de salir del despacho, pasadas las diez, Gallo respiró profundo y se imaginó la noche que lo esperaba. Agobiado, abrió el cajón del escritorio y sacó una caja de madera en la que, debajo de las grapas metálicas, guardaba las de coca. Sobre un fólder depositó el polvo blanco. Tomó una tarjeta de presentación y perfiló dos líneas delgadas y largas. No había nadie en la oficina —el resto de los abogados hacía hasta lo imposible por comenzar el fin de semana antes de las ocho—, así que no cerró la puerta. Acercó la nariz a la línea más cercana e inhaló. Luego se agachó sobre la otra. Cerró los cajones con llave y guardó su cartera y su celular en el saco. Sacudió el fólder sobre el basurero, lo aventó al escritorio y salió por Luci. Por Max hacía lo que fuera, pero no había forma de que aguantara esa noche sin un poco de ayuda… llevaba casi un año sin tomar. La cocaína se había vuelto su discreta compañera en las fiestas.

Luci salió de su casa con una falda negra muy corta. Tal vez, si no se hubiera metido unos pases antes de ir por ella, la escasez de tela hubiera sido un problema, pero ahora lo único que pensaba era cómo, después del antro, iba a subir esa falda hasta su cintura.

Llegaron al lugar en Polanco justo cuando Regina bajaba de un taxi con sus cuatro amigas. A pesar de que la entrada estaba abarrotada, el grupo ingresó de inmediato a su mesa de siempre. Gallo pidió dos botellas de champán y las chicas fueron a la pista de

inmediato. Luci regresaba de vez en vez para estar con él y en cuanto se iba a bailar, él aprovechaba para inhalar una pizca de coca. No le preocupaba que los meseros lo vieran; el servicio era ciego cuando se trataba de clientes conocidos.

Una de las amigas de Regina tomó de más. Al tercer viaje al baño para que vomitara decidieron terminar la noche. Gallo se organizó con un chofer para que llevara a Regina y a las chicas a sus casas. Él tenía otros planes para esa madrugada.

Luci sentía el cosquilleo del alcohol bajo su piel. Los ritmos de bachata y reggateón la encendieron; estaba impaciente por derrochar esa sensualidad entre los brazos de su novio. Por eso, cuando Gallo sugirió ir a un hotel, aceptó de inmediato. Todavía era temprano.

Llegaron al lobby del W y él se encargó de todo. Minutos después estaban en el elevador, envueltos en tenues luces lilas. Luci se lo comió a besos. Caminaron entrelazados hasta la puerta del cuarto y, sin separar su boca de la de ella, Gallo abrió la puerta. De la puerta a la cama perdieron casi toda la ropa. La música programada en la televisión del cuarto ahogaba sus respiraciones agitadas.

Gallo la tumbó sobre las sábanas. Luci temblaba de anticipación.

Pero lo que sucedió después no era lo que esperaba.

Su torso estaba recargado sobre la cama, mientras él sostenía bruscamente su cadera con las manos. Ella tenía el cuello doblado en un ángulo incómodo. Sin mayor preámbulo, la penetró con violencia. Sus embestidas se volvieron más intensas, incluso mientras Luci intentaba, con ambas manos, quitarse su cuerpo de encima. Está muy caliente, pensó.

La mano de Gallo presionó con fuerza el costado de su cara contra el colchón. El placer se convirtió en dolor.

—Gallo…

Al pronunciar su nombre, el talón de la mano empujó la parte interior de su mejilla contra los molares.

El sabor metálico de la sangre empapó su boca.

—¡Gallo!

Luci no se podía zafar de la opresión. Él parecía no escuchar. Liberó su cara sólo para tomar fuerza: le estrelló una cachetada en la mejilla. Al instante, ella aflojó la tensión de su cuerpo y sintió cómo las lágrimas se desbordaban por sus ojos. El placer era un recuerdo lejano, anterior a la humillación y el olor a sexo.

—Perdón…

Era la segunda vez que Gallo lo decía y ya estaba harta de escucharlo.

De camino a casa, ella no dijo nada. Su lengua estaba entretenida jugando con los bultos que dejaron las mordidas involuntarias al interior de su cachete. Eso sí, su mente estaba a mil. Buscaba explicaciones a lo que pasó en el cuarto del hotel: tal vez se inspiró en algún video que vio en internet. Tal vez, esa falda que llevaba lo puso al límite.

Gallo acarició su muslo. Sin dejar de mirar al frente, Luci podía ver de reojo una sonrisa satisfecha en su perfil. Como si todo lo ocurrido hubiera sido tan sólo un juego, él le dijo: «perdón por hace rato, pero me vuelves loco». En ese momento, sus pensamientos la dejaron en paz. Gallo siempre sabía qué decir para hacerla sentir bien.

Casi media hora después de que llegó a casa recibió un mensaje:

Ya llegué! Te amo con todo.

Los eventos excepcionales se graban en la memoria con martillo y cincel. Basta sacudir un poco el polvo de lo cotidiano para que regresen con todo detalle: con olores, sonidos y sensaciones. El problema de los recuerdos es que, mientras más los reproducimos en la mente, más probable es que se contaminen con interpretaciones que adulteran lo que en verdad sucedió. Nuestro archivo personal aloja híbridos de realidad y ficción.

Tal vez fue por eso que Luci, después de darle muchas vueltas, se convenció de que lo que pasó en el hotel era normal. Un exabrupto de pasión, un impulso incontenible, un arrebato carnal de Gallo, que buscaba demostrarle sus emociones más turbulentas. La conclusión acalló la incipiente señal de alarma que irritaba su tranquilidad.

Pero la verdad era que, hacía unas semanas, su novio no era el mismo. Las pláticas espontáneas que tenían cuando se conocieron se transformaron en diálogos estudiados. Ella medía lo que decía, diseñaba un plan para que él no se enojara.

Unos días antes tuvo problemas con su papá por llegar después de la hora prevista. Por más que le insistió a Gallo en que se despidieran, él respondía exasperado: ahorita, ahorita. La siguiente noche que salieron, Luci le dijo de ida a la fiesta que tenían que

regresar antes de las dos. Bien le pudo haber dicho que era un retrasado mental. Después de una discusión estéril, él se disculpó. Le explicó que estaba agobiado con las cuentas del despacho: su papá quería jubilarse pronto y el estrés lo tenía enajenado.

Siempre le compensaba los momentos desagradables. Después de un mal rato se desvivía por atenderla, la colmaba de detalles. Para Luci, esos gestos eran una clara muestra de arrepentimiento. Y a ella, como su pareja, le tocaba estar ahí en las buenas y en las malas.

Entre el trabajo de Gallo y sus proyectos de diseño para graduarse, se veían cada vez menos. Regina le dijo que era normal. Son etapas. Eso sí, casi cada jueves iban a una mezcalería que el hijo de un socio del bufete abrió en la Roma. El FF —Friends Forever— se convirtió en el plan de cada semana. Ahí se sentían en casa. Pero una noche, un mesero tuvo a mal derramar agua mineral sobre el vestido de Luci.

—Gallo, no pasa nada, es agua.

Ella sintió cómo las mejillas se le encendieron: todos la miraban. El mesero se disculpó una y otra vez, pero Gallo no le daba tregua. El diablo lo poseyó.

—Te voy a correr, cabrón. Yo me encargo de que mañana no tengas trabajo.

El grupo se quedó en completo silencio. Ni siquiera Max le dijo algo.

Gallo empujó la silla y abandonó la mesa. Luci intentó ir tras él, pero Regina la tomó del brazo.

—Déjalo.

Regresó unos minutos después, con una paleta en la boca y otra en la mano para su novia. Cualquier rastro de enojo en su semblante había desaparecido. Apenas se sentó, empezó a platicar como si nada. Todos le siguieron la corriente.

SARA

Desde que la vio supo que la noche sería un suplicio.

Unos días atrás, Fernando le pidió que organizara una cena para una pareja de clientes potenciales. Los Palacios eran dueños de una prestigiosa casa de subastas; ganar esa cuenta podría ser uno de los aciertos más importantes en la carrera de su esposo antes de jubilarse. La señora Palacios tenía fama de ser *especial*. Los rumores apuntaban a que después de una vida de excesos y luego de un evento crucial —nadie sabía los detalles específicos—, la pareja se había vuelto cristiana. Uno de los puntos en los que Fernando hizo hincapié fue el asunto de las bebidas. Los Palacios no se sentaban en una mesa donde se sirviera alcohol. Sara se desbarató la cabeza pensando qué serviría para acompañar la cena. Se decidió por algunas infusiones de frutas y hierbas exóticas que dispuso en jarras de cristal de Baccarat que compró especialmente para la ocasión.

Lo primero que notó esa noche fue el peinado que desafiaba la ley de la gravedad. Betina Palacios apenas rebasaba el metro y medio de altura y parecía querer ganar una decena de centímetros con ese crepé de revista de los setenta. Lo segundo que percibió fue la nube aromática que envolvía a la mujer. Supo de inmediato que ese olor empalagoso la acecharía toda la noche.

—Sarita, ¿eso es sangría?

Betina fraseó la pregunta como si las jarras contuvieran desechos fisiológicos.

Sara desglosó los ingredientes de cada infusión. Con orgullo compartió que las creaciones se habían diseñado especialmente para la cena, con frutas orgánicas y sin azúcares refinados. En el momento en que estaba por verter un poco de ambrosía de moras con naranja sanguina en la copa de su invitada, la mujer agitó las manos y casi gritó: no, no, no, sólo agua simple.

Había perdido la guerra antes de empezar la primera batalla. Los

preparativos para la reunión la mantuvieron distraída casi una semana. Eso le permitió reducir la dosis de Tramadol a media pastilla al día sin sentir ansiedad. Pero conforme pasaban los minutos —con una lentitud endemoniada— su dependencia tomó fuerza y encontró el camino a ese rincón de su cerebro desde donde la podía convencer de que se disculpara y fuera por el pastillero al buró. Si tan sólo pudiera tomarse un tequila…

Fernando hablaba animado con Ricardo. El señor Palacios parecía ser un espécimen más agradable que su mujer. Pero Sara conocía bien la logística de las cenas de negocios: a ella le tocaba ganarse a la esposa. Intentó de todo, pero la interacción con Betina se redujo a monosílabos.

Sólo una pastilla…

Se arrepintió de ofrecer una cena de cinco tiempos. La mujer hacía de cada platillo una odisea. Mucho después de que todos terminaran el cuarto servicio, la señora Palacios seguía cortando su filete en pedazos minúsculos. El roce del cuchillo sobre la porcelana, una y otra vez, le ponía los nervios de punta a Sara. En un afán por calmarse intentó respirar profundo, pero el maldito perfume impregnó su nariz.

—Voy a ver cómo va el postre.

La sonrisa le duró hasta el umbral de la puerta de la cocina. Apenas lo cruzó aceleró el paso y se dirigió sin escalas al congelador. Fernando guardaba ahí una botella de vodka, un brebaje dulce con notas de almendra y vainilla, con la imagen de un bisonte en la etiqueta. Sara aborrecía el sabor, pero la cava estaba frente al comedor y tomar una copa de algo más estaba fuera de sus posibilidades. Sacó un caballito, lo llenó hasta el borde y lo vació de un trago. Antes de guardar la botella volvió a servirse otro y también se lo tomó de golpe.

El alcohol hizo lo suyo. Al volver a la mesa le fue más fácil atender la soporífera anécdota que Betina compartía en ese momento. Hizo un par de preguntas predecibles al respecto y la señora respondió con algo más que monosílabos. Mientras asentía con la cabeza, Sara se regocijaba con el recuerdo de su transgresión alcohólica, clandestina.

El postre transcurrió sin contratiempos, pero cuando llegó el café, supo de inmediato que el efecto del vodka había pasado. Betina vació una cantidad inmensa de azúcar en su taza. Y luego vino la cuchara. Cada vuelta al café terminaba con el tintineo del metal contra la porcelana, un ting, ting, ting repetitivo, con la frecuencia exacta para sacarla de sus casillas.

Sus tímpanos se convirtieron en un metrónomo que emuló el compás de la cuchara de Betina. El latido de su corazón superó la

velocidad del golpeteo. Entonces se percató del dolor que le provocaban sus uñas clavadas en la palma de su mano, pero también se dio cuenta de que esa sensación la ayudaba a ausentarse. Apretó el puño aún más, pero mantuvo el rostro relajado, sonriente.

Betina apenas probó el café, pero pidió taza tras taza, dejando que cada una se enfriara. La cena se prolongó hasta la madrugada. Fernando y Ricardo se retiraron al despacho —Fernando le confesaría después que el señor Palacios había dejado el alcohol, pero no el coñac— y Sara y la señora quedaron, por una hora, obligadas a tolerarse.

El tono de voz de Betina le perforaba el oído. Su perfume la mareaba. Los ademanes desmesurados de esas manos cadavéricas la desquiciaban. Hizo un esfuerzo por tolerar el claqueteo de sus tacones sobre el parquet. Rogó porque Fernando bajara pronto del despacho, porque esa noche de tortura se acabara. Y como si un ser superior respondiera a sus plegarias, los dos hombres entraron —la mano de Ricardo sobre el hombro de su anfitrión— a la sala. La negociación había sido un éxito. Lo vio en los ojos de su marido: Casa Álamo era oficialmente cliente de Gallardo, Cepeda y Trepaud.

Se despidieron de los invitados y Fernando subió al cuarto. Tenía un vuelo en pocas horas y no había empacado. Ella no se sentía bien. Una bomba estaba a punto de estallar en su interior. Sola en el comedor tomó una de las jarras por el asa y la lanzó contra la pared. El estrépito fue catártico. Fernando preguntó a gritos, desde la recámara, qué había pasado y Sara, mucho más tranquila, le explicó que había tirado una de las jarras sin querer. Él no bajó. Ella se quedó mirando los añicos de cristal. Hincada frente a ellos tomó uno de los pedazos, lo sostuvo entre sus dedos y acercó el borde filoso al límite entre su muñeca y su mano.

Clavó la punta en su piel y jaló. Sintió una punzada que despareció el retumbar acelerado de su corazón. Y luego entró en trance. Pudo ver cómo su piel se abría en cámara lenta, cómo esa línea se empezaba a encender con pequeños puntos color rojo y cómo, después de unos segundos, comenzaba a correr un riachuelo de sangre. Lo que sentía ahora era parecido al efecto del Tramadol: un sopor calmante que la liberaba de todos sus demonios.

Los muertos no sangran. Ese hilo rojo era una prueba irrefutable de que seguía viva. La única forma de deshacerse del malestar emocional sin las pastillas era verlo salir de su cuerpo, así, en forma de sangre.

—Hola, má.

La voz de su hijo la regresó a la realidad. Mauricio se acercó a la esquina del comedor y se hincó junto a ella.

—Yo creo que mejor traemos una escoba. Te cortaste.

Si no hubiera estado absorta en sus pensamientos —en la sensación que le provocó la automutilación— habría notado los ojos desorbitados de su hijo, su mandíbula inquieta. Si lo hubiera mirado cuando la saludó, habría visto la costra blanca en su nariz.

Mauricio regresó del bar casi a las dos de la mañana, pero no tenía sueño. Después de ayudar a su mamá a recoger los pedazos de la jarra se metió a su cuarto. No era buena idea hacer escala en la recámara de su papá. Él sí lo notaría. La cocaína no es tan escandalosa como el alcohol, pero su padre conocía bien los efectos de la droga por su socio, Nicholas Trepaud. El papá de Sophie.

Sintió el reflujo de la culpa. Amaba a Luci, pero Sophie era todo lo que ella no: femenina, frágil, dependiente. De verdad amaba a su novia, pero lo ponía mal su forma de ser tan libre, tan fuerte. Odiaba que pudiera vivir sin él. El día que le contó sus planes de irse a Nueva York a estudiar, perdió la cabeza. Él tenía planes. Le iba a dar el anillo en agosto, se quería casar en primavera.

Recordó esas noches con Sophie en Nueva York. No se le despegó un momento, lo celaba hasta de la *hostess* del restaurante. Lo hacía sentir indispensable.

Se metió a la cama, pero sabía que no iba a dormir. La sustancia que corría por sus venas lo dejaba alerta por horas. Por él, mejor. Las noches eran un suplicio: los terrores nocturnos se hacían presentes en cuanto cerraba los ojos.

Cuando Sara despertó, Fernando ya se había ido. La parte superior de las sábanas estaba manchada de sangre. Los eventos de la noche anterior regresaron a su mente como un torbellino: Betina, el ruido de los cubiertos contra la porcelana, su olor, su voz, la jarra hecha pedazos. La raya en su muñeca había cicatrizado y la calma que sintió después de cortarse regresaba —aunque cada vez en menor medida— cada vez que miraba esa línea.

A partir de aquella cena, hizo de cortarse una costumbre que la aliviaba. Al principio inventaba una historia para cada corte, pero en muchas ocasiones no la necesitaba: las heridas sanaban antes de que su esposo regresara de viaje.

Ahora guardaba un cúter junto a su pastillero en el buró.

FLOR

Cada jueves, Flor se encontraba con el joven en la Roma. Él le compraba casi todo lo que Chuy y Tito le surtían cada semana. En principio eso estaba muy bien. Pero cada vez que le vendía, el fantasma de Pedro la atormentaba. La sentencia de su hijo llegó cuando conoció el vicio. El pulque y la cerveza lo transformaron en un monstruo intratable, violento.

La anciana mataba la monotonía de cada noche intentando descifrar la historia de cada uno de sus clientes. La mortificaban las chicas, casi de la edad de Tere que, alcoholizadas, apenas podían caminar hasta donde ella estaba. La aterraban los jóvenes que la despreciaban por su color de piel, por su trenza, por su acento.

Por eso aquel chico llamó su atención. Aunque parecía afortunado, tenía tantos demonios como su Pedro. La única diferencia era que él, en vez de buscar alivio en los tragos, lo encontraba en la cocaína. Después de que le vendía su dosis semanal, Flor se daba un par de vueltas más por el local donde estaba y lo miraba a lo lejos. Él ya no era él.

Cada jueves, de camino a casa, Flor se arrepentía de no haberle puesto un alto a Pedro. Era su madre. Le pudo haber dicho algo.

Recordaba un día que despertó con el canto de los gallos. Una uña de luna se alcanzaba a vislumbrar sobre los cerros que enmarcaban el Valle del Mezquital. Se levantó y de inmediato comenzó a barrer la entrada. Entonces su hijo, de apenas diecisiete años, llegó arrastrándose hacia la puerta. Los pantalones llenos de tierra, el pelo pegado a la frente por el sudor, una mancha de vómito sobre su camisa. La camisa que ella tendría que lavar.

Estuvo a punto de reprenderlo, pero escuchó detrás de ella una carcajada. Toño, su esposo, estaba parado en el umbral de la puerta, desternillándose de la risa. La escena le resultaba, al parecer, increíblemente hilarante. Flor corrió hasta su hijo para levantarlo, pero vio cómo el pie de su esposo se posó sobre el hombro del adolescente y lo empujó al suelo polvoso.

Pedro sucumbió a la fuerza de esa pierna y se derrumbó sobre el piso. Entonces su hijo acompañó a su esposo en la risa, que se convirtió en tos y luego en llanto. Apenas la noche anterior, Toño había llegado en las mismas condiciones. Ella lo toleraba en su marido, pero ver los estragos del pulque en su hijo le revolvía el estómago. De todas formas, se quedó callada.

Ahora se daba cuenta: ese día perdió a su hijo.

Después de aquella madrugada, las borracheras de Pedro se volvieron menos escandalosas, pero más intensas. Se sentía en sus cabales cuando no lo estaba. Eso le confería una soberbia esquiva con la que neutralizaba cualquier reclamo de su madre. Los dos borrachos de la casa se alimentaban el ego, vaso tras vaso.

Con la agresión física de su esposo era suficiente. No quería vivir el día en que Pedro, en ese estado, le pegara. Por eso nunca le reclamó.

Y en medio de ese silencio, su hijo murió.

Lo último que vio Pedro antes de morir fue su vómito. Se ahogó con el contenido de sus entrañas. Humberto nunca se lo dijo, pero ella se enteró cuando una señora del pueblo llegó a vivir a la ciudad.

Ella le contó cómo lo vio esa mañana, tirado frente a una tienda de abarrotes a la que iba a comprar. Era cosa común ver a Pedro desmayado en cualquier rincón del pueblo. Por eso la mujer se arrodilló junto a él para despertarlo. Pero al acercarse se encontró con su rostro púrpura y sus ojos inflados. Y debajo, un charco de vómito condensado.

La imagen destrozó a Flor. El indígena hñähñu es explícito, sincero. No disfraza la verdad como el hombre de la ciudad. Y la mujer que encontró a Pedro no se ahorró los detalles.

Un miércoles por la mañana, antes de que Tere se fuera a la escuela, Flor le preguntó cómo decir en español lo que bullía en su lengua. Tere se rio. No entendía por qué su abuela le preguntaba tal cosa.

Esa risa.

Desde que llegaron a la ciudad hasta ese momento, las facciones

de Tere replicaban cada vez más la cara de Toño. Su risa y sus ademanes eran una copia al carbón de los de su esposo. Ni siquiera Pedro había heredado con tanto detalle los rasgos y la personalidad de su papá.

Y en un huracán de recuerdos que no podía detener, Flor pensó en la forma en que su marido miraba a Martina cuando estaba borracho. El hedor a pulque, los ojos rojos fijados en el camisón de su hija.

No. No podía ser.

El embarazo de Martina la tomó por sorpresa. La joven dedicaba casi todo su tiempo libre a ayudar a Flor con las tareas del hogar o a tejer junto a ella en el zaguán. No era como otras chicas del pueblo que se perdían por horas, quién sabe con quién, para hacer quién sabe qué cosas. Desde que se le empezó a notar, Toño se ausentó aún más de la casa. Las piezas de ese rompecabezas repugnante empezaron a encajar.

Su hija pasó un embarazo retraído, sigiloso. Siempre tenía la cara roja y los ojos hinchados. Flor lo atribuyó a los malestares característicos de la gestación. Ella también la pasó muy mal, sobre todo la primera vez.

Luego Martina le dijo que se iba a Estados Unidos. Así, embarazada. Y cuando al fin regresó al pueblo fue sólo para dejarle a la niña, para deshacerse de ella para siempre. Como si su presencia no sólo le estorbara: también parecía lastimarla.

No podía ser.

Por más que trataba de convencerse de lo contrario, todo parecía encajar en esa hipótesis de pesadilla. Cada vez que lo imaginaba, la hostigaba el olor acre de la verdad.

Ese jueves le fue particularmente difícil ir a vender. No quería ser la intermediaria del colapso de otra vida. Pero si no vendía destruiría el futuro de su nieta. Pasaron un par de horas y el chico no aparecía. Flor sintió una oleada de consuelo. Tal vez nunca más le tendría que vender. Tal vez no sería ella quien lo ayudaría a echar a perder su existencia. Pero el universo no le concedió ese regalo. El joven bajó de una camioneta con la chica que siempre lo acompañaba y una pareja más. Flor vio cómo los ojos de él repararon en ella y la atravesaron, como si fuera invisible. Como la traspasaban las miradas de todos los demás.

Fue a la segunda vuelta que dio frente al bar cuando el chico se levantó de la mesa y se dirigió hacia ella. La sonrisa y la amabilidad habían vuelto, aunque Flor se sintió dolida por un instante. Él le pidió lo de siempre y ella puso en sus manos las dos paletas y la caja de chicles.

—Ya no le haga, joven. Ese polvo es del diablo —le dijo en un español atropellado. Era la frase que le había preguntado a Tere.

Vio el efecto de las palabras en su rostro, un espasmo fugaz de culpa en sus facciones. La tensión desapareció casi de inmediato y la transacción continuó como si ella no hubiera dicho nada.

Cuando volvió a casa dedicó unos minutos a mirar con recelo el cuerpo de Tere tendido sobre el colchón. Se veía tan serena, los hombros moviéndose casi de forma imperceptible al ritmo de su respiración. Cuando dormía parecía aún más chica, con los cachetes abultados por la presión contra la almohada y las mejillas rosas por el calor. Cualquier otro día, la imagen le hubiera provocado una ternura desbocada, pero en esa ocasión, la amargura y el dolor se apoderaron de ella.

Esa noche, prefirió dormir en un petate sobre el piso, lejos de su nieta.

LUCI

Sabía que en algún momento se volvería a encontrar con la muerte. Y en una coincidencia o un mal chiste del destino, eso que tanto temía sucedió un lunes.

Ese día salió a correr temprano. Tenía clase de siete. La presión de las entregas finales y los problemas con Gallo la tenían de pésimo humor. Así que dejó el teléfono en casa: el efecto terapéutico de la carrera era aún más potente si en vez de acompañarse con música se enfocaba únicamente en su respiración.

En cuanto volvió, se metió a bañar. Se quedó inmóvil bajo el agua cálida de la regadera y sintió cómo el líquido escurría por su piel, arrancándole las preocupaciones. Se vistió y guardó sus cosas en la bolsa que prefería usar antes que la mochila: en la carrera de diseño de modas, los compañeros se fijan en cada detalle.

El corazón le dio un vuelco cuando miró su celular. Tenía diecisiete llamadas perdidas. Cinco mensajes, dos de voz. Todos de Gallo.

Era tarde. Se subió al coche, conectó el manos libres y le marcó.

—¿Por qué no contestabas?

Había molestia en su voz, pero la inflexión apenas alcanzaba a disfrazar el tono nasal de quien ha estado llorando.

—¿Qué pasó?

El abuelo Domingo había muerto en la madrugada, mientras dormía. Una muerte tranquila, sin dolor. Las palabras hicieron corto circuito en Luci. No hay tal cosa como una muerte sin dolor, por lo menos no para los que se quedan. Y no hay tranquilidad. Los recuerdos de su madre comenzaron a agolparse en su mente. Intentó ahuyentarlos poniendo atención al camino. Tomó el volante con fuerza. No podía hundirse en el desasosiego que volvía cada vez que la evocaba. No ahora que su novio la necesitaba tanto. Después de unos segundos de silencio, que le parecieron horas, pronunció aquellas tres

palabras que tanto aborrecía: lo siento mucho. Gallo no le dio las gracias, sólo le dijo que la velación sería esa misma tarde. Le dio los detalles y se despidió resentido.

Luci asistió a sus clases, pero no estuvo presente. La atormentaba la idea de convivir con la muerte. Peor aún: con el luto. Odiaba pensar en aquel ritual donde se mezclaba la más infinita tristeza con la mayor hipocresía, cuando los familiares cercanos recibían el pésame de perfectos desconocidos. Su mente se empeñaba en inventar excusas para no ir a la funeraria, pero Gallo nunca se lo perdonaría.

Lo imaginó terrible y fue peor.

Estacionó el coche y caminó hacia la puerta de la funeraria. La recibió una pizarra de velcro negro con letras plásticas blancas: Domingo Gallardo Zarrabieta. El segundo apellido del abuelo de Gallo estaba mal escrito. Luci se acercó al pizarrón y redistribuyó las letras. Tomó la «i» faltante de otra palabra. Zarrabeitia.

Salón 3.

Se encontró a la familia de su novio en la antesala. Gallo no estaba con ellos. Lo siento mucho. Lo siento mucho. Lo siento mucho. Sarita y Fernando estaban de pie. Marta, la viuda, sentada en un sillón café. Bajo unos lentes oscuros de pasta, demasiado grandes para su complexión, la abuela de Gallo trataba de esconder el dolor de la pérdida.

La asepsia del lugar contrastaba con los rostros desencajados de los presentes. Al interior del velatorio alcanzó a ver el ataúd camuflado entre enormes coronas de flores. Flores muertas. Luci recordó la primera y única vez que Gallo le regaló un ramo de flores. Le agradeció el detalle, pero le confesó que le gustaba más la idea de una planta, tal vez una orquídea, en una maceta. Algo vivo, que no tuviera como destino casi inmediato el basurero.

La señora Sarita le preguntó por su inminente graduación. Luci sintió que sus respuestas profanaban el duelo. Las banalidades se apropian de las charlas de funeral. Pero, ¿de qué más pueden hablar los familiares, después de repetir una y otra vez el mismo discurso sobre el difunto?

Gallo regresó del baño. Tenía el cabello mojado. Se había echado agua en la cara en un intento estéril de disimular lo rojo de sus ojos, el cansancio en su cara, la amargura de su corazón. Nunca lo había visto así: frágil, destrozado. Sin palabras. Ella le tomó la mano y lo abrazó. No hubo besos. Ninguno dijo nada. Luci lo agradeció. Se le habían terminado las frases de consuelo: todas le sonaban falsas. Reconocía en Gallo su propia pérdida y sabía que en esos momentos no hay consuelo posible. Se sentía incómoda, incapaz de actuar según

los protocolos sociales. Sintió náuseas.

La antesala del velatorio se comenzó a llenar. Los asistentes lograban mantener el silencio entre saludos, pero de vez en vez se escuchaba una risa ahogada. Quien asiste a un funeral mantiene la solemnidad por respeto a los deudos, pero muy en el fondo se siente afortunado por no ser él —por ahora— quien tiene que despedirse para siempre de un ser querido.

La hipocresía era evidente. Luci vio a quienes derramaron más lágrimas que la viuda, fumando en un rincón entre carcajadas. Vio los rostros sombríos que entraban a la funeraria y los semblantes sosegados que salían, aliviados de terminar aquel compromiso, para poder seguir con sus vidas.

Llegó el momento de acercarse al ataúd. La tapa estaba abierta. Sintió cómo se le terminaba el aire: apenas podía respirar. Un lago de sudor se formó entre su mano y la de Gallo. Quería salir corriendo, huir de ahí lo más rápido posible. Él sintió su resistencia y le apretó la mano. Ella miró a su novio: se enfocó en su rostro hinchado, en sus ojos húmedos, para no mirar el resto del lugar y así obligarse a caminar. A un lado del féretro no pudo evitar ver la muerte a la cara. La muerte maquillada. El cadáver tenía las mejillas ridículamente encendidas por el rubor. Los labios humectados, el peinado fijo con demasiada laca.

Soltó la mano de Gallo con violencia. Todo lo que veía, todo lo que olía, todo lo que sentía, la hizo sentirse enferma. Corrió al baño y se hincó para vomitar dentro de uno de los cubículos, sin cerrar la puerta.

Si el funeral fue una pesadilla, convivir con Gallo los días posteriores fue un infierno. Cuando su mamá murió, ella se refugió en su padre y en sus dibujos. Su novio buscaba en ella un ancla, sin saber que Luci llevaba años a la deriva. Si alguien se asía de ella, la iba a hundir.

SARA

Mauricio le compraba a esa señora porque pasaba desapercibida. Una indígena más vendiendo dulces en la ciudad. Pocos sabían de su verdadera ocupación. En cambio, a los *dealers* que surtían a su círculo de amigos sólo les faltaba un letrero de neón sobre la frente con el anuncio: se venden drogas. Todos parecían —o eran— instructores de gimnasio con músculos hipertrofiados, ojos saltones y desorbitados, que usaban ropa fosforescente y una inconfundible cangurera. No parecían tener el menor interés en disimular.

Además, el producto que ella le surtía era siempre de calidad. *Sabrá Dios dónde consigue semejante coca la viejita*, pensaba mientras el polvo blanco emprendía su camino nariz arriba. Cuando llegaba el bajón, y con él esa mezcla insoportable de vacío y culpa, le venía a la mente la extraña frase de la anciana, que mientras le cobraba parecía querer convencerlo de no comprarle más: «Ya no le haga, joven. Ese polvo es del diablo».

La mujer soltaba esas palabras sentenciosas y lo miraba con reproche, pero bajaba la vista apenas Mauricio dejaba caer en la mano arrugada y temblorosa un billete de 500 pesos. Quédese con el cambio, le decía, con ese amable desdén que sólo los ricos dominan.

Se apresuraba entonces a perderla de vista. Esa señora le recordaba a Isabel, su nana, más aún cuando lo encaraba de aquel modo. O tenía muy mala memoria o no recordaba ningún regaño, ningún juego, ningún cuento antes de dormir donde su mamá fuera la protagonista. Bel siempre estuvo ahí, cuidándolo, advirtiéndole con autoridad y cariño acerca de las imprudencias que cometía de niño; pero también mimándolo, permitiéndole todos sus caprichos. Además, aparecía siempre al pie de su cama cuando él se lo pedía, para reconfortarlo tras alguna pesadilla.

Después de tanto tiempo, los malos sueños continuaban. Y las drogas no mejoraban las cosas. Cada vez era más frecuente sentir el

trastornado latido de su corazón y un peculiar zumbido en los tímpanos después de una noche de fiesta o de arduo trabajo en el despacho. Con la certeza de que otra vez se había excedido con aquellas rayas obesas de coca, Mauricio estiraba la mano izquierda para sacar del buró el Tafil, el único antídoto para la ansiedad que en ese momento corría por sus venas. Pocos minutos después, su ritmo cardíaco se hacía más lento y su respiración más relajada, hasta que ya no pensaba en nada.

Apenas entraba en un sueño profundo, esos minutos de total calma se veían interrumpidos por una caravana de personajes siniestros que lo perseguían sin tregua hasta que sonaba el despertador.

Una de sus pesadillas se destacaba por atormentarlo con más frecuencia: se encontraba caminando, él solo, en un monasterio antiguo, una noche sin luna y sin estrellas. El viento se colaba por el laberinto de pasillos estrechos de la construcción. Sus ojos tardaban en acostumbrarse a la oscuridad, pero unos momentos después alcanzaba a ver un resplandor intermitente color ámbar. Caminaba hacia él con cautela hasta encontrar una escalera. A cada escalón que bajaba, la luz se hacía más intensa. Al final de los escalones había una catacumba enorme, iluminada con antorchas. Las llamas se movían de forma caprichosa proyectando la sombra de su cuerpo sobre la pared. Al centro de ese sótano había un ataúd con la tapa abierta.

Mauricio se acercaba: dentro del cajón estaba Sarita, muerta, las manos cruzadas sobre el pecho. Él, atónito, se persignaba y se quedaba mirando su rostro, tan arreglado como siempre, sólo que desprovisto de color, de vida. En ese momento, ella abría los ojos de par en par y se incorporaba. Sentada en el ataúd estiraba los brazos, intentando alcanzarlo y darle un abrazo.

Aturdido por el gesto, Mauricio se aproximaba un poco más, pero entonces distinguía marcas de cortes en sus muñecas: su madre estaba repleta de llagas. Él se dejaba abrazar, con asco. Entonces ella comenzaba a reír estruendosamente con una voz que no era la suya. Al mirarla de reojo, él se daba cuenta de que el rostro de la mujer que lo tenía en sus brazos no era el de su madre. Entonces sentía un dolor intenso en el pecho, como si algo lo estuviera desgarrando por dentro. Aquella cosa —lo sabía— le estaba arrancando el alma.

Mauricio intuía que la única forma de escapar de ese lugar infernal era despertando. La idea, sencilla en principio, era un martirio. Por más que se esforzaba en recuperar la conciencia, lo único que lograba era una serie de despertares falsos. Soñar dentro de un sueño, sobre todo cuando se trata de pesadillas, es aterrador: el realismo del despertar brinda una serenidad apócrifa que se disuelve

de inmediato.

Ya pasó, ya pasó, se repetía mientras encendía la luz, que le revelaba su recámara en absoluta calma. Pero al tomar el vaso con agua del buró una risotada lo paralizaba. De pie junto a la cama estaba esa criatura diabólica, que lo había seguido de un nivel de conciencia al otro.

Después de esa —otra— noche sin descanso, su desayuno incluía obligatoriamente una guarnición de cocaína.

Mauricio hacía hasta lo imposible por mantener en secreto su consumo cada vez más frecuente. Sabía que si Luci se enteraba la iba a perder. En una plática que tuvieron casi medio año después de empezar, ella le había confesado que cuando iba en la prepa, en una fiesta, había probado la mota. Su primera —y última— experiencia con las drogas no había sido para nada grata. Mientras sus amigos platicaban animados y reían a carcajadas, ella se había transformado en un espectador pasivo, ausente y lejano, y por más que intentaba seguir el hilo de la conversación, no entendía cómo era posible que el grupo cambiara de tema de forma tan incoherente.

Eso fue lo de menos. Unos minutos después, decidió que la solución era fondearse la cuba que sostenía en un vaso rojo, para así agarrar ambiente. Le dio una pálida mortal: terminó hincada frente al escusado, vomitando sin parar, con una de sus drogadas amigas intentando colocarle hielos en el lugar más privado de su cuerpo para que —según ella— se le pasara el efecto.

Su papá llegó a recogerla en el momento menos oportuno. La encontró tirada sobre un sillón, en condiciones deleznables. Entró directo a la casa donde era la fiesta, luego de que Luci dejó sin responder las cinco llamadas que le hizo para avisar que ya había llegado por ella. Las conversaciones a gritos entre los jóvenes pararon en seco cuando entró por la puerta de la cocina: todos sabían que trabajaba en la policía. Alguien apagó la música. Un chico con sólo dos botones de la camisa abrochados y un bronceado exagerado, sacó las manos de la blusa de una rubia al borde de la congestión alcohólica. La fiesta se acabó, pero la noche apenas comenzaba para Luci.

Una vez en casa —durante el trayecto ella miraba por la ventana del coche y él no le dirigió la palabra—, su padre la sentó en el antecomedor y esperó a que hablara.

—Perdón —dijo Luci.

—¿Perdón por qué?

—Por todo.

—¿Qué es todo?

Las tácticas de su padre no se quedaban en la estación. Miguel era un policía experimentado: no necesitaba lámparas ni interrogatorio para que su hija dijera toda la verdad. El silencio era su mejor tortura.

Si dos personas en tensión pasan el tiempo suficiente sin hablar, la verdad empieza a salir con prisa para acabar con el silencio incómodo. Luci le contó todo. Él sólo escuchó. Al terminar el relato de la noche, le preguntó si tenía hambre.

—No...

—Vete a dormir, mañana hablamos.

Miguel sabía perfectamente que, en eso último, su hija le había mentido para escapar con prisa a su habitación. Su cuerpo, seguramente, le estaría exigiendo a gritos comida, en específico algo dulce. El monchis no perdona, mucho menos a los principiantes.

Desde entonces, Luci era abiertamente opositora de las drogas. Incluso el consumo de alucinógenos espirituales, como se refería Max al peyote y a la ayahuasca, le parecía absurdo. Para ella, era un riesgo innecesario y estúpido.

Mauricio no calificaba su consumo como una adicción, más bien lo consideraba un potenciador de rendimiento. La falta de sueño, el luto por su abuelo, las ideas desbocadas de Luci de irse a Nueva York cuando él planeaba ya su boda, no eran compatibles con la responsabilidad y la carga de trabajo que tenía en el despacho.

Él tenía el control. Sabía cuándo y cuánto inhalar para que su blanca compañera siguiera siendo invisible. En su relación con Luci no había lugar para una más. Eso le quedó claro después de la indiscreción de Sophie. Ella sabía todo sobre Luci; seguramente cuando envió el mensaje tenía la certeza de que Mauricio y ella estarían juntos.

Sophie y Mauricio se conocieron antes de aprender a hablar. Compartieron juegos en el arenero y tiempo después su primer beso, un experimento que resultó repulsivo a su corta edad. La vida universitaria los separó años y kilómetros, pero siempre estuvieron en contacto. Mauricio podía decir que ella era su confidente, pero cuando coincidieron en Nueva York, el espíritu extravagante de la ciudad los intoxicó, y entre bromas y recuerdos decidieron repetir aquel beso de

años atrás. Ese nuevo intento no resultó desagradable y el caos sensual de Manhattan se convirtió en el escenario perfecto para un encuentro apasionado. Él entendió esa noche como una aventura entre amigos, pero Sophie infirió que se trataba del principio de algo más.

Los mensajes que ella le enviaba se volvieron una rutina obsesiva. Mauricio intentó ubicarla en la realidad, le explicó que no iba a dejar a Luci y que de hecho planeaba ya casarse con ella. Pero Sophie parecía no comprender el significado de sus palabras. Seguía insistiendo, como si estuviera segura de que él cedería tarde o temprano.

FLOR

Desde el día en que comprendió que el padre de Tere era el mismo marido que la dejó, no volvió a ver a su nieta con los mismos ojos. Estaba claro que la chica no tenía ninguna responsabilidad en el asunto, pero su abuela no podía evitar mirarla como la representación de la maldad de Toño, de los golpes y los malos tratos, de la violación a su hija Martina.

Tere notó el cambio en su abuela. Estaba ausente, irritable. Atribuyó el descontento a la presión de tener a un hijo en la cárcel, a otro muerto y a su única hija en Estados Unidos. La vida de Flor no era fácil. Tal vez no estaban ganando el dinero suficiente para vivir con tranquilidad. Decidió hacer algo al respecto. Pese a su corta edad, sabía que era su obligación ayudar a esa mujer que lo dejó todo por ella.

Apenas durmió las tres noches siguientes, buscando una solución. Sabía que si sacrificaba las horas que pasaba en la escuela podía encontrar un trabajo para ayudar con los gastos, pero estaba segura de que su abuela y su tío pondrían el grito en el cielo si abandonaba los estudios.

Un día, de regreso a casa, vio una secundaria que ofrecía turno nocturno. Los horarios encajaban a la perfección. Tendría las mañanas libres para conseguir un trabajo. Después vendería dulces, iría a la escuela y llegaría con la anticipación necesaria para limpiar el cuarto y hacer la tarea, mucho antes de que su abuela pusiera un pie en casa.

Su maestra se encargó de los trámites para el cambio de turno. No puso ninguna objeción: sabía que la chica tenía la determinación y el talento para hacer que el plan funcionara.

Un par de semanas después, con ayuda de sus amigas de la secundaria, Tere encontró trabajo en una residencia del Pedregal. La contrataron de inmediato. No era común que una muchacha de servicio hablara inglés. A la señora de la casa le pareció fantástico que

leyera y jugara con sus hijos pequeños en ese idioma.

La señora Conde era madre de Iker y Pau, de cinco años, y de Andrés, de veintiséis. Este último era producto de su primer matrimonio. El papá de los pequeños casi nunca estaba, pero un ejército de servicio se encargaba de tener la casa en las condiciones que el señor exigía: pulcritud y eficiencia militar.

Un mes después, Tere se dio cuenta de su ingenuidad: había subestimado sus actividades y extralimitado sus energías. A esas alturas, cuidar a los mellizos por la mañana, vender dulces en la tarde y asistir a la secundaria por la noche, la tenían exhausta. Una tarde llegó a casa y se colapsó sobre el colchón. Recuperó la conciencia cuando escuchó el tintineo de los trastes en el fregadero: su abuela estaba lavando los platos que ella no lavó.

Flor no la reprendió. Sabía que su nieta estaba creciendo, que el cansancio a esa edad es más que natural. Además, la chica no solía desatender a propósito sus obligaciones. Quizá debería platicar con ella, preguntarle si le ocurría algo en particular. Pero desde hacía unos meses no se atrevía a tener charlas con Tere por mucho tiempo: no podía dejar de ver en su mirada los ojos de su esposo.

Un sábado, Tito y Chuy tocaron a la puerta del cuarto. Flor los hizo pasar, pero al ver a su nieta sentada en el rincón que hacía las veces de cocina decidió llevar la plática a la calle. Ahí, en la banqueta, le entregaron una bolsa de mandado que, entre frutas y verduras, escondía un sobre con miles de pesos.

—Es lo que le toca, más un poquito de agradecimiento de la organización.

Flor notó cómo los amigos de su hijo habían cambiado. Ahora usaban camisas de colores estridentes y collares de oro, pero eso no fue lo que la perturbó. Era su forma de hablar, su presencia, la que había desbancado a la humildad característica de la gente de su pueblo, para dar paso a la soberbia y vanidad de los primerizos en el dinero y el poder.

Se despidieron y ella cerró la puerta. Cuando cruzó el umbral, su nieta intentó tomar la bolsa del mandado para ayudarla, pero no se lo permitió.

En hñähñu le dijo: «yo me encargo».

Tere se miraba en el espejo de cuerpo completo que adornaba el vestíbulo de la casa de los Conde. Estaba más delgada, la ropa le quedaba floja. Se tocó la cara. Tenía ojeras y los ojos se le veían hundidos por la pérdida de peso. Hizo un gesto de desaprobación y comenzó a hacerse una trenza.

—Déjatelo suelto, se te ve mejor.

Andrés apareció en el reflejo. Tere le regaló una sonrisa cortés y siguió trenzando su cabello.

—Con permiso, joven.

Abandonó el vestíbulo y entró a la cocina. Lupe, la señora que trabajaba para la patrona desde hacía más de veinte años, levantó la vista de su tabla de picar.

—¿Y esa sonrisita?

Lupe era una mujer sensible, tan empática que podía notar cualquier emoción en las otras personas, por sutil que fuera. Su piel tersa la hacía ver mucho más joven de lo que era, pero la experiencia la delataba.

Desde que llegó a casa de los Conde, Tere se sintió cobijada por esa mujer que la hacía pensar en una versión alegre y desenfadada de su abuela: estaba segura de que Flor sería como ella de haber tenido una vida apacible. Jugueteó con su trenza y clavó los ojos en el piso para rehuir a la mirada inquisitiva de la cocinera. Lupe siguió picando jitomate y le advirtió: abusada, chamaca.

A Tere la invadió de inmediato la vergüenza de quien fue descubierto cometiendo un acto censurable. Pero también sentía algo más, algo desconocido a lo que no supo poner nombre. El resto de la mañana la pasó con los mellizos, aunque su mente se fugaba, sin que pudiera evitarlo, para recrear la breve escena frente al espejo.

Ese jueves por la noche, el joven le pidió que la siguiente semana le trajera el doble. Flor sintió cómo se le retorció el estómago. Sin pensarlo repitió la frase que le enseñó su nieta: «Ya no le haga, joven. Ese polvo es del diablo».

Esta vez se esforzó por pronunciar cada palabra con claridad. Cuando el chico le pagó, ella le sostuvo la mano unos segundos con ternura y preocupación.

Mauricio se estremeció con el tacto de la anciana. Y no por aversión, sino por culpa.

—Es para una fiesta —le dijo a modo de excusa, con una sonrisa nerviosa.

Ella soltó la mano del joven como reflejo a su mentira. Estaba harta de que todos le ocultaran cosas. La verdad duele, pero la mentira, que tarde o temprano termina siendo descubierta, es un veneno que mata lentamente la confianza.

Lo peor es cuando uno mismo disfraza la realidad. Al principio puede resultar un alivio, pero el autoengaño es una puerta de emergencia que da a un callejón sin salida. Cuando vivió con Toño, Flor desestimó las señales más obvias, se convenció de que todo estaba bien. Creó una fantasía que le permitía vivir sin confrontación, sumida en una inconsciencia deliberada. Y al menor indicio de duda, calló.

La vida se le había ido guardando silencio.

LUCI

La muerte es inoportuna. Siempre llega antes o después de lo que debe de llegar. La gente dice «murió muy joven» o «estuvo demasiado tiempo sufriendo». Jamás se piensa que una persona haya fallecido en el momento ideal.

Esos días, Luci tenía que entregar un sinnúmero de bocetos, además de varios trabajos finales. La ausencia repentina del abuelo de Gallo no sólo afectó la vida de sus allegados, también descompuso la suya. La muerte tiene ese poder de ola expansiva, de provocar daños colaterales. La muerte se queda cuando el muerto se va.

El papá de Luci también lo resintió. Veía en su hija ese malestar inequívoco de la pérdida. Sabía que la empatía con su novio no era la única culpable de sus ojos hinchados. Sabía que el recuerdo de su madre —de su ausencia— estaba más presente que nunca. Y él se sentía tan impotente como siempre.

Luci fingió una actitud estoica por un par de semanas. La factura llegaba en las noches, en soledad. El estrés de los finales y la falta que le hacía su madre la orillaban al insomnio, un insomnio lacrimoso que sucumbía al agotamiento. Pero las horas dormidas no le concedían el descanso necesario.

Su relación con Gallo también sufrió las consecuencias. Él se volvió irascible. La muerte de su abuelo lo llenó de una tremenda rabia que brotaba a la menor provocación. Cualquier pequeño incidente detonaba una explosión: el tráfico, los meseros, el trabajo, lo que fuera era motivo suficiente para enredarse en una discusión. Luci estaba harta, desgastada hasta la médula de la forma en la que su novio la trataba, pero intentaba entender sus demonios. La pérdida enajena.

Fue un martes en la noche, a eso de las diez, cuando consideró la idea de que la inestabilidad de su novio no tuviera que ver solamente con la muerte de su abuelo. Se reunieron en casa de Regina, con Max, para una cena improvisada. En la sobremesa, Gallo propuso ir al bar de la Roma y los demás, disuadidos por la obligación de madrugar —ellas tenían clase de siete, y tanto Max como Gallo debían ir a trabajar— se opusieron.

Él insistió hasta que resultó incómodo, y cuando no se salió con la suya hizo un berrinche de proporciones épicas.

—Pues si no vienen conmigo, me voy solo.

Tomó su chamarra del perchero y abandonó la casa azotando la puerta. Al estrépito le siguió un silencio sepulcral. Los tres se miraron desconcertados. Luci se despidió con las mejillas encendidas de vergüenza.

Bajó al estacionamiento cuando él ya tenía el motor encendido. Se acercó al coche, pero Gallo emprendió la marcha.

—¡Gallo!

El grito retumbó en el sótano, pero él siguió avanzando. Luci se acercó aún más y recargó la mano sobre el cofre. Entonces frenó. Pero cuando ella intentó abrir la puerta del pasajero se dio cuenta de que los seguros estaban puestos. Enfurecida, rodeó el coche y se plantó frente a la ventana del conductor. Gallo bajó el cristal apenas unos centímetros.

—¿Qué quieres?

Sus palabras estaban empapadas de una arrogancia sin precedentes.

—¿Me puedes abrir?

—Para qué, si no quieres acompañarme.

—¿Podemos *hablar*?

La inflexión en el verbo delató su exasperación.

—Súbete si quieres, pero yo voy al bar.

Luci escuchó el chasquido de los seguros al abrirse. Apenas cerró la puerta, Gallo pisó el acelerador.

El trayecto fue tortuoso. Cada vez que decía algo, él subía el volumen de la música. Como si se tratara de una contienda —la más estúpida desde el principio de los tiempos—, el camino hasta el bar transcurrió con Gallo girando la perilla hacia la derecha, y Luci regresándola a su posición original. Él miraba hacia el frente y ella miraba su perfil, ese que la había conquistado un par de años antes. Ahora sólo la desquiciaba.

La tensión en la mandíbula de Gallo se disipó cuando el gerente lo recibió en la puerta. Se sentaron en la mesa de siempre y pidió un mezcal. Hacía más de un año que no tomaba nada más que una copa

de vino o un whisky ocasional. Ni por equivocación la miraba.

—¿Me avisas cuando pase la señora de los chicles, por fa?— le dijo al mesero en un tono exageradamente amable.

Luci nunca se había sentido tan humillada. Repasó los eventos de la noche para descubrir si había hecho algo mal, algo que hubiera provocado en su novio esa actitud altanera. Nada.

—Gallo, ¿podemos hablar?

—Habla.

Después de tomarse el mezcal de un trago, la retó con la mirada.

Ella hizo acopio de toda su serenidad para preguntarle, sin sonar alterada, qué lo había molestado tanto.

—¿Que qué me molestó? Que tú eres mi novia, pero hiciste equipo con ellos.

Lo absurdo de la respuesta casi la tira de la silla.

—¿Es en serio?

Ahora sí, su cara y su tono de voz evidenciaban su exasperación.

—Cuando quites esa jeta, con mucho gusto hablamos. Voy por chicles.

La mujer de trenza cruzaba frente al bar.

Gallo volvió a la mesa sin Tutsi Pops, pero con unos chicles y una cajetilla de cigarros. Luci nunca lo había visto fumar. Le dio tres golpecillos a la parte superior de la cajetilla y le preguntó altanero: ¿ya te calmaste?

En el mundo debe haber pocas frases que enciendan más la ira de una persona. Ella cerró los ojos y su rostro se enrojeció. Respiró profundamente, intentando contenerse.

—Voy al baño, si quieres hablar, cálmate.

Empinó su segundo caballito de mezcal y se levantó de la silla. En cuanto Luci se quedó sola, consideró seriamente largarse de ahí. Pero algo la mantenía pegada a la silla, incapaz de hacer el menor movimiento. No estaba segura de si era el amor que sentía por Gallo, o una inercia malsana.

Su novio salió del baño y se quedó platicando animadamente con el barman. Al llegar a la mesa, con una mano le puso un caballito de mezcal enfrente, y con la otra le dio un suave masaje a Luci en el hombro. Se sentó y la miró a los ojos, mostrando interés y disposición para desenmarañar el contratiempo.

El cambio en su actitud la confundió, pero también hizo más fácil plantearle que había exagerado, que era martes y todos, incluido él, se tenían que levantar temprano el día siguiente.

—Tú sabes mejor que nadie que yo casi no duermo…

Se lo dijo con delicadeza, acariciándole el pelo. Ella captó de inmediato el egoísmo que implicaba aquella respuesta. Por primera

vez, notó un rasgo del carácter de su novio que la hacía sentir incómoda: era un caprichoso, dispuesto a arruinar la noche de todos con tal de cumplir su voluntad. Primero pensó que debía decírselo, continuar la confrontación, pero se arrepintió de inmediato. Lo único que quería, en el fondo de su corazón, era estar bien con él.

Se quedaron platicando un rato más, sin tocar el tema de la discusión. Pretendían que no había pasado nada, pero la tensión seguía latente. Incluso Luci se sobresaltó cuando sonó el teléfono. Era su papá. En medio del altercado olvidó avisarle que llegaría más tarde. Apenas colgó, Gallo, olvidando su momentánea tregua, puso sobre la mesa otro de sus temas favoritos para discutir: el curso de diseño en Nueva York.

—La neta no entiendo a tu papá. Aquí en México te checa los minutos y va a dejar que te vayas a estudiar fuera.

Todo el coraje que Luci había estado conteniendo volvió, incitado por la persistente necedad de su novio.

—¿Por qué te molesta tanto que me vaya? ¿Qué hiciste *tú* en Nueva York? Sophie…

La discusión resultó un poco menos incómoda porque ya no había nadie en el bar. Sólo el mesero que se acercó primero para retirar los vasos, después para llevarles la cuenta. Gallo pagó y se levantó al baño otra vez. Cuando salió no fue hacia la mesa, se dirigió directo al coche. Luci lo vio de reojo y lo persiguió a medio trote.

Los dos entraron al auto sin dirigirse la palabra. Gallo emprendió el camino a la Del Valle castigando el acelerador. Se pasó dos semáforos en rojo. Ella apretó los puños para asirse del asiento.

—Gallo… Vas muy rápido... ¡Gallo!

Estaban a cuatro calles del edificio donde vivía Luci. Él se orilló y detuvo el coche bruscamente. Se bajó hecho un energúmeno. Abrió la puerta del copiloto y bramó.

—¡Bájate! Si no te gusta cómo manejo, ¡bájate!

Luci se quedó inmóvil.

—¡Bájate!

Gallo se abalanzó hacia ella para liberar el cinturón de seguridad. Luci sólo se asió del asiento con más fuerza. Se concentró en evitar que los jalones de Gallo la arrancaran de su lugar, pero la lucha fue inútil: sus movimientos eran exageradamente bruscos. Tras un par de segundos logró jalarla con la fuerza suficiente para que se desplomara sobre la banqueta.

Cuando sintió el impacto, Luci se hundió en un estado de inconsciencia temporal. Tenía los ojos abiertos, pero no sentía su cuerpo ni percibía nada de lo que ocurría a su alrededor. Estaba encerrada en su mente. No sintió cuando los brazos de Gallo la

rodearon. Reaccionó hasta que escuchó que alguien lloraba. Pero no era ella.

El gimoteo de Gallo la llenó de angustia. Se incorporó para sentarse en la banqueta y su novio se aferró a sus piernas, sollozando como un niño muerto de miedo. Así permanecieron varios minutos, con el motor del coche encendido, las puertas abiertas y ella y él sin moverse, en un silencio que sólo interrumpían los sorbos de una nariz congestionada. Poco después, Luci tomó conciencia del peligro que implicaba que se quedaran ahí. Un poco en contra de su voluntad, tocó la cabeza de Gallo, que descansaba en su regazo. Dijo su nombre en voz baja, acariciando el cabello de su nuca.

Cuando sonó el despertador a las 5:30 de la mañana, Luci abandonó la cama sólo para decirle a su papá que no iría a clases, que se sentía mal. Miguel aceptó condescendiente, pero suspicaz. Parecía seguro de que ese malestar tenía que ver con los efectos de la desvelada y el alcohol.

Pero no fue la resaca lo que la mantuvo en cama. Luci había iniciado la noche anterior el recorrido por los nueve círculos del infierno. Su regalo de bienvenida a ese paseo maligno llegó en forma de un enorme arreglo de flores —muertas— a las nueve de la mañana.

Perdón…
Atte. Mauricio Gallardo.

SARA

Las madrugadas la encontraban en estado de vigilia, con su fuerza de voluntad librando una batalla contra la necesidad de sentir el efecto del Tramadol en sus venas.

Sólo media pastilla. No, llevo una semana sin consumir. ¡Por eso mismo, media pastilla por semana no es nada! ¡Pero es mejor ninguna en toda la semana! Esta conversación —con un par de variantes— tenía lugar por horas en su cabeza cuando trataba de dormir. Con tanto ruido mental no había manera de conciliar el sueño.

Se levantó de la cama con cuidado para no despertar a Fernando. Se enfundó en la bata de seda y salió del cuarto de puntitas. En uno de esos esfuerzos torpes del adicto por mantener la sustancia que lo afecta lejos, pero a la vez cerca, había dejado en la alacena, detrás de los cartones de leche, una cajita con diez comprimidos de Tramadol. Sólo para casos de emergencia.

Eran casi las tres de la mañana. Agazapada y a oscuras comenzó a tantear la alacena. Justo cuando alcanzó las pastillas, las luces de la cocina se encendieron. Por instinto, Sara las soltó y tomó en su lugar un litro de leche. De inmediato se puso de pie. Era su hijo.

Mauricio la saludó evadiendo su mirada. Luego se escondió tras la puerta abierta del refrigerador.

—¿Cómo te fue?

—Bien…

—¿Dónde andabas? Es martes…

—Es miércoles ya. Buenas noches.

El chico reparó en el envase que sostenía su madre.

—¿Leche? Tú nunca tomas leche.

—No podía dormir… Tu abuelo siempre dice, bueno, decía, que un vaso de leche tibia ayuda a conciliar el sueño.

—No sirve. Créeme, ya lo intenté.

Apenas entonces Mauricio levantó la mirada. Sara notó en el

rostro de su hijo esas manchas rojizas que aparecen sólo después de llorar.

—¿Qué tienes? —dijo sin pensar.

—Sueño, má. Buenas noches.

Los dos habían mentido.

Mauricio entró a su cuarto y vació en la mesa de noche el contenido de sus bolsillos. La caja de chicles llamó su atención. Aún conservaba casi toda la cocaína que le vendió la señora. Sintió el impulso de consumir un poco más. *Ya no le haga joven, ese polvo es del diablo.* Si lo hacía, la dosis de Tafil para dormir tendría que multiplicarse, además de que tendría que consumir el doble de coca por la mañana para salir del sopor en que lo sumergiría el tranquilizante.

En ese momento, su madre estaba nuevamente en cuclillas frente a la alacena. Había vaciado por el drenaje la taza que se sirvió. Era verdad: odiaba la leche. Tomó la caja y sacó con manos temblorosas las pastillas. Colocó dos en su boca. Al mismo tiempo, pero en el piso de arriba, Mauricio inhaló dos rayas de cocaína. Algo los unía, después de todo.

Tras la segunda línea llegaron una tercera y otra cuarta. A esas alturas Mauricio tenía la certeza de que dormir sería imposible, incluso con la ayuda del Tafil. Cuando salió el sol, con el corazón precipitado, se sentó frente al escritorio. Tomó una pluma y una hoja, y comenzó a escribir.

Amor,

Siento mucho lo de esta noche. Lo de estos días. Sé que no he sido el mismo que se ganó tu corazón. La culpa no es de mi abuelo, ni del trabajo. La culpa es de Ella.

No, no se trata de Sophie. Sophie nada tiene que ver con nuestros problemas. Yo sé que eso piensas, pero es Ella quien te quiere engañar. Estas palabras las escribo en un escape, mientras puedo controlarla. Pero no durará mucho tiempo. Ella no quiere delatarse. En cualquier momento volverá a tomar el control, para que no te diga la verdad.

Viene a veces, pero hoy está aquí, y tardará mucho en irse. Perdón por

confundirte, pero Ella no es alguien. Es algo. Algo muy poderoso, capaz de doblar mis puños en este momento para que no siga escribiendo. No quiere que sepas, pero yo quiero decirte todo. Quiero contarte lo que me pasa, porque te lo mereces.

Luci, eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Pero también lo peor. Porque sé que te voy a destruir, porque no soy digno de ti, porque mi vida es un infierno, y no quiero que termines habitándolo tú también.

No quiero perderte. Eres mi vida, eres quien me mantiene con vida. Pero creo que con estas palabras estoy condenándote, y eso es peor.

Déjame, Luci. Aunque tu ausencia me mate. Prefiero dejar de existir a hacerte daño, a que Ella te haga daño a través de mí.

Ésta es mi despedida. Si yo me quedo con Ella, voy a vivir. No importa cómo, pero viviré. Pero si nos quedamos juntos sólo te hará daño. Déjame, por favor. Recuerda lo que fui antes de que Ella llegara. Pero por favor, no te me acerques.

Cuando Gallo, empapado en lágrimas, terminó de escribir la carta, la volvió a leer. Al llegar al punto final, la hizo trizas. El efecto de la cocaína había bajado y la idea de perder a Luci adquirió una profundidad real.

Eran las nueve de la mañana, una hora más tarde de lo que se presentaba cada día al despacho. Intentó retomar la compostura: le habló a su secretaria para decirle que estaba en un desayuno, le pidió que enviara flores a Luci y le dictó un escueto mensaje. Preguntó por la agenda del día, y dijo que llegaría más tarde.

Sara estaba despertando. Fernando ya se había ido. Una punzada de culpa le recordó lo que había hecho en la madrugada: su incursión a la alacena, la mentira que le dijo a Mauricio. Y después, los dos comprimidos para deshacerse del insomnio. El efecto ya no duraba lo suficiente. Estaba ansiosa y avergonzada por su comportamiento, por su incapacidad de recuperar el control. Toda su vida había estado obsesionada por tener el dominio de la situación. Y ahora, ni siquiera el Tramadol la ayudaba a conseguirlo.

Abrió el cajón del buró y tomó el cúter que ahí guardaba. Miró con ansia el filo de la navaja que asomaba del plástico amarillo. Se sentó y subió la bata hasta llegar a su muslo, inmaculado. En la zona

más tersa clavó la punta del metal. Por un instante se detuvo por el dolor, pero después jaló la hoja hacia ella, trazando una línea de casi cinco centímetros, atestados de sensaciones.

El bajón después del corte era mucho más vertiginoso que el del Tramadol. La cabeza le punzaba, mientras la sangre, fluyendo por la herida, constataba lo que acababa de ocurrir, como un testigo silencioso.

FLOR

Llegó pasada la medianoche al cuarto de la Magdalena Contreras. Su mente era un pantano: densa, oscura, estancada. No encontraba la forma de abandonar esos pensamientos, de deshacerse de la tristeza que la invadía por dentro. Se sumió en un sueño oscuro, sin imágenes. Fue a la mañana siguiente, mientras algunos rayos de sol se filtraban por la ventana, cuando tuvo una idea que quizá solucionaría su desconsuelo.

Los hñähñu veneran a Zithu, el Señor del Inframundo, un equivalente al diablo en la cultura otomí. Su poder es ambivalente: se encarga del cabildeo entre la fortuna y la desgracia. Adorarlo es una forma de contrarrestar el mal y encontrar equilibrio en el Universo. La única forma de poner su mente en orden, de salir de aquella ciénaga era, sin duda, comunicarse con él.

Cuando le marcó a Tito para pedir más mercancía —el joven la había comprado toda el martes y seguramente volvería a pedir el jueves—, Flor le preguntó si sería posible que la llevaran el fin de semana al pueblo. Tito, sorprendido, preguntó para qué. No era que importara: la llevaría y aprovecharía el viaje para supervisar los plantíos de chile, un pendiente más en la lista que Humberto dictaba desde el penal.

—Quiero visitar la tumba de Pedro.

Su hijo había muerto tres años antes. Nunca sintió la necesidad de ver dónde descansaba, pero sabía que desde la tumba podría hacer algo útil, por primera vez.

Tere declinó la oferta de su abuela de visitar el pueblo.

—Tengo que estudiar.

Seguía mostrándose cansada y distraída la mayor parte del tiempo. Flor prefirió no insistir.

Partió en la madrugada a bordo de la camioneta de Tito. Chuy los acompañaba. Los dos hombres rieron desconcertados cuando les

pidió surtir en el camino una peculiar lista de compras: una caguama, un poco de copal, una vasija de barro negro, tres mazorcas, un becerro —vivo—, flores, un par de velas, cerillos, una navaja. Tito desabrochó el estuche de la navaja plegable que llevaba siempre en su cinturón y se la entregó a Flor.

—Nomás me la limpia después, *nänä*.

El mote de cariño, *mamá* en hñähñu, reavivó en su mente una de las pocas memorias entrañables que tenía del pueblo. Recordó a los amigos de Humberto, unos chiquillos entonces, corriendo por la casa locos de la risa, para luego colapsarse sobre el suelo de la cocina agotados, felices y muertos de sed.

—*'Ba, nänä, 'ba*.

Flor le servía entonces un vaso de leche fresca a cada uno. Lo mejor sucedía al final, cuando los niños, tras vaciar el líquido con premura en sus bocas, dejaban un bigote blanco sobre el labio superior. Ella los acompañaba entonces en ese concierto de carcajadas infantiles, llenas de vida. Los tres niños, aún inquietos, dejaban que la señora, en cuclillas, limpiara el residuo de sus caras, para luego reanudar el juego.

Las memorias se disolvieron al tiempo que aparecían en la ventana de la camioneta esos paisajes que le resultaban tan familiares y ajenos a la vez. Ixmiquilpan, la puerta de entrada al sinuoso camino que daba al pueblo, había cambiado. Moteles, comercios y supermercados flanqueaban la carretera que cruzaba el Valle del Mezquital.

Tras un par de curvas en subida se encontró con el cañón que alojaba en su cuenca al río Tula, el mismo que fue testigo de sus indiscreciones con Toño, el mismo que detuvo la caída de Humberto el día en que él, Tito y Chuy, intentaban escalar la pared de roca. Sintió un alivio progresivo. Con cada metro que avanzaban hacia el valle, la calma se apoderaba de su cuerpo, tenso y nervioso. Cuando pasaron frente a la casa que fue suya, un llanto silencioso y liberador brotó de sus ojos.

Toño. Toño y Pedro. Toño y Martina. Martina y Tere. Humberto…

Su vida y la de su familia se reducía a un cúmulo de encuentros desafortunados con el vicio, la lujuria y la codicia. Seguramente Zithu estaba enfurecido con ella. Intentando que la voz no se le quebrara, le pidió a Tito que siguiera hasta lo más alto del cerro. Una vez ahí, ellos la ayudaron a descargar la cajuela y prometieron volver en una hora por ella para ir al panteón.

Una vez sola, se hincó y cavó con las manos un pequeño agujero en la tierra. Ahí es donde vive Zithu. Desató su chal y recostó al

becerro sobre él. Con la navaja de Tito, entre cantos en hñähñu, cortó el cuello del animal. Guardó la sangre que le brotaba en la vasija de barro. Tomó un trago de la cerveza y dejó caer un chorro de la bebida en el hoyo. Después vertió un poco de sangre, y así sucesivamente hasta que vació la caguama y la vasija. La sangre que quedó impregnada al barro la usó para pintar las mazorcas. Enterró dos. Tomó cinco piedras pequeñas y las metió en el envase de cerveza. Usó la botella como sonaja para terminar su ofrenda.

El ritual duró casi cuarenta minutos. El tiempo libre que tuvo antes de que Tito y Chuy llegaran lo usó para llenar sus pulmones del aire puro y el silencio del valle. Cuando vio que la camioneta se acercaba, tapó al becerro muerto con su chal y tomó la mazorca restante entre sus manos. Luego se despidió, ahora sí para siempre, del pueblo.

Tardaron poco más de media hora en llegar a las afueras de Pachuca. Tito se detuvo frente al panteón ejidal San Francisco y Flor bajó de la camioneta con la mazorca todavía en la mano.

Lo primero que pensó fue que su hijo no merecía aquel lugar tan elegante. El portón era imponente. Una reja blanca le impidió entrar de inmediato al camposanto. De la caseta de vigilancia salió —quién lo hubiera imaginado— el único amigo que tuvo Pedro en la secundaria. Flor supo de inmediato que Zithu estaba detrás de la coincidencia. Ramiro la reconoció y le abrió la puerta.

—Por fin vino, señora —le dijo en hñähñu.

Ella le confesó avergonzada, que no sabía dónde estaba la tumba de su hijo y él, presto, se ofreció a llevarla.

De camino al lugar reservado para el descanso eterno de Pedro se encontraron un mausoleo que parecía casa, con el techo rojo y tres grandes ventanales en el costado. Una enorme cruz metálica guardaba la entrada a la cripta. La misma cruz, le dijo Ramiro respondiendo a la evidente curiosidad de Flor, adornaba la iglesia de Nuestra Señora de los Lagos ubicada a sólo un kilómetro del panteón ejidal.

—Dicen que la iglesia y el mausoleo los construyó un narco, el mero mero de Los Zetas, antes de morir. Se lo echó la Marina. Pero apenas ocurrió, los integrantes del grupo se robaron el cadáver para que no quedara en manos de las autoridades. No hay una versión oficial, pero dicen que al muy cabrón lo metieron aquí. Fue su deseo en vida.

Ramiro no sabía que ella nunca veía las noticias. Flor, por cortesía, asintió. Tampoco sabía que el hermano de Pedro, Humberto, estaba en la cárcel por haber colaborado, precisamente, con el grupo criminal que dirigía el inquilino del mausoleo.

Cuando por fin llegaron a la tumba de Pedro, le pidió a Ramiro

un poco de espacio. Él emprendió el camino de regreso a la entrada del panteón.

Flor se hincó sobre el suelo que fungía como techo de la tumba de su hijo. Ahí desgranó, con las uñas, la mazorca empapada en sangre de becerro y esparció los granos sobre la tierra.

Los muertos tienen línea directa con Zithu.

LUCI

Mauricio Gallardo. Él nunca firmaba así. Sus amigos, y ella misma, lo llamaban siempre Gallo. Luci lo había notado, contrastando varias situaciones: usaba su sobrenombre en situaciones de confianza, con sus amigos más cercanos. Mauricio Gallardo era otra persona: un hijo de familia, hombre de negocios, siempre estresado por algún asunto del bufete.

El detalle de las flores la molestó doblemente. Primero, porque no lo había enviado él, sino su secretaria. Gallo ni siquiera había tenido la delicadeza de firmar la tarjeta. Segundo, porque había ignorado por completo el comentario que ella le había hecho años antes. Luci odiaba que le regalaran flores.

Tomó la tarjeta y la apretó dentro del puño, hasta formar una bola de cartón con la que jugueteaba en la mesa de la cocina. Su humor en ese momento era casi tan amargo como el café que se había preparado, con el único frasco que había en la alacena. *Mamá nunca hubiera comprado café instantáneo…*

Movía la bolita de papel al ritmo de sus pensamientos, en los que rondaba la idea de cortar con Gallo. Era lo más lógico. Primero fue Sophie, luego la discusión que la dejó con un moretón en el brazo. Ahora tenía una raspadura en la rodilla, provocada por el pavimento de la banqueta. Faltaban sólo tres semanas para su graduación. Los planes con Gallo para ese día —la fiesta, el hotel, su primera noche para dormir y amanecer junto a él— se reventaban como frágiles burbujas.

Meses atrás, Luci se armó de valor y le preguntó a su papá si podía quedarse en el hotel donde se llevaría a cabo la graduación. Lo más probable era que el festejo se alargara hasta la madrugada. No era prudente tomar un taxi a esa hora. Además, le darían una tarifa especial a quienes asistieran al evento.

Miguel agradeció que Luci retirara con delicadeza a Gallo de la

conversación. Sabía que pasaría la noche con él, que compartirían la cama, y mucho más. Seguramente ya lo habían hecho antes, pero nunca de manera tan explícita.

Después de los sucesos de las últimas semanas, lo más lógico hubiera sido que Luci considerara un panorama diferente, uno en el que Gallo no figurara. Pero había razones más allá de la lógica: para ella era imposible imaginar esa noche sin él. Lo amaba, pese a las discusiones y los malos tratos. Se esforzaba en recordar los dos años que pasaron juntos, en tranquilidad, sin discutir. Trataba de convencerse de que Gallo sólo estaba pasando por una mala racha. Y ser su pareja significaba estar ahí, en las buenas y en las malas.

La pantalla del teléfono mostraba una multitud de mensajes. Todos eran de él, pero Luci no sentía el impulso de contestar. La había llamado un par de veces, pero ella puso en silencio el aparato, lo miró mientras la pantalla se encendía anunciando las llamadas, y dejó que entraran al buzón. Dio un trago al café. Estaba helado. Con el descaro propio de quien se encuentra a solas, regresó el líquido de su boca a la taza. Tomó el celular y comenzó a redactar un mensaje sin leer lo que Gallo había escrito. No importaba lo que él tuviera que decir, por lo menos en ese momento. Lo sabía muy bien: la decisión dependía de ella.

Escribió y borró. Escribió de nuevo, y borró otra vez. Era imposible moderar esa discusión en que participaban su razón, sus sentimientos y su inconsciente. Estaba inmersa en ese dilema cuando sonó el interfón.

Era él.

Gallo tenía el don de cumplir los deseos de Luci, incluso antes de que ella misma supiera lo que quería. Eso era lo que más la maravillaba de su novio, lo que consolidó su relación. Su habilidad la sorprendía, pero sobre todo constataba la complicidad y la conexión mágica que había entre los dos. *Esto vale la pena. Esto no le pasa a cualquiera. Por esto vale la pena luchar.*

Luci abrió la puerta.

—Te busqué en la universidad, pero Regina me dijo que faltaste hoy.

Silencio.

Gallo se veía peor que en el funeral de su abuelo. Luci notó cómo su manzana de Adán subía y bajaba con pesadez al tragar saliva, cómo las manos le temblaban. Tenía los ojos hinchados todavía y cubiertos por una sombra de culpa y arrepentimiento.

Se sentaron en el sillón a una distancia exagerada. Los dos miraban el piso, callados. Cuando por fin —después de lo que pareció una eternidad— decidieron hablar, lo hicieron al mismo tiempo.

La situación les arrancó una risa involuntaria.

Gallo aprovechó el momento para colocar su mano sobre la de Luci. Ella no la quitó, pero adoptó un gesto grave, borrando cualquier rastro de sonrisa. *Que no diga perdón, que no diga perdón, que no diga perdón…*

—¿Te acuerdas de cuando mi abuelo nos contó su historia de amor con mi abuela?

Cómo podía olvidarlo. Domingo era un trovador. Ese día los tuvo más de una hora cautivos con su narración. Los hizo reír al principio y llorar al final. Sus peripecias por quedarse con el corazón de Marta iban de lo extraordinario a lo absurdo, de lo trivial a lo titánico.

Luci asintió, pero no concedió ni un monosílabo.

—Mírame, Luci.

Ella subió la mirada con cautela.

—¿Te acuerdas cómo estuvo a punto de perderla, justo por su intento de no perderla?

Luci fingió no comprender el sentido de lo que Gallo acababa de decir. Sabía a lo que se refería, pero no se lo haría fácil.

—La empezó a celar, de todos, hasta de su primo, ¿te acuerdas?

Ella movió la cabeza de forma casi imperceptible. Su silencio era un permiso tácito para que Gallo continuara.

—A Marta la desquiciaba eso…

Luci asintió otra vez, ahora de forma teatral.

—*A cualquiera…*—murmuró, pero Gallo no la alcanzó a escuchar.

—El punto es que, creo, me está pasando lo mismo que a mi abuelo… Anoche no dormí…

—*Yo tampoco…*

—Me imagino que tú tampoco.

Lo hizo otra vez. Le leyó la mente.

—Lo que te quiero decir es que… mi único problema con que te vayas a Nueva York es que… es que no te quiero perder.

—Me vas a perder aquí si sigues así.

—Yo sé, yo sé. Ayer, bueno, en la madrugada, me di cuenta de eso. Me di cuenta de que he sido un pendejo, que te estoy ahuyentando de la misma forma en que mi abuelo estaba ahuyentando a mi abuela. Pero ellos lo superaron y son, eran, la pareja más enamorada, más feliz que he conocido en mi vida. Y yo quiero eso para nosotros. Quiero estar contigo hasta el último momento…

Las emociones de Luci se condensaron en forma de lágrimas en sus ojos, dispuestas a fluir sin detenerse.

—Lo que pasó ayer… no sabes la vergüenza que siento.

Ella le mostró el raspón de la rodilla. Él se hincó y le besó la pierna. Pasó los dedos con cuidado sobre la costra fresca mientras movía la cabeza de un lado al otro.

—Soy un imbécil, perdóname…

Luci sentía cómo las lágrimas resbalaban por su cara.

Gallo se quedó hincado frente a ella, abrazado de sus muslos, viéndola hacia arriba. Adorándola.

Por primera vez en la corta historia del periodo enfermizo de su relación, se sintió aliviada. La franqueza de Gallo, su evidente pesar, el terror manifiesto de perderla conectó con ella en un nivel primitivo. La emoción le ganó a la razón.

Él se percató del cambio en Luci. Su mirada se transformó.

—Te amo, Luci. Quiero vivir mil vidas contigo.

Hacía días que ella no sentía el efecto cálido de un «te amo» saliendo de su boca. Lo había dicho por costumbre, o cargado de rencor. En ese momento, lo sintió como si lo dijera por primera vez.

Se quedaron un rato abrazados a desnivel, él desde el piso, y ella acariciándole el pelo desde el sillón. Cuando volvieron de ese otro sitio, ese lugar protegido por su amor, Gallo volvió a hablar, con un tono de juego cargado de emoción.

—No quiero que te espantes, pero…

Luci se puso en alerta. Era su reacción natural, como cuando Regina le decía «no voltees» y ella volvía la mirada de golpe.

—Te dije que no te espantaras.

Los dos rieron. Esa magia que se generaba cuando estaban juntos, la misma que se había disipado en las últimas semanas, hizo su regreso triunfal.

—¿Qué? Ya dime, por favor.

Las sonrisas de ambos contrastaban con los indicios del dolor en su rostro.

Gallo sumergió su mano en el bolsillo de la chamarra. Ahí la dejó unos segundos.

—Pues pensé que, ya que estoy de rodillas, podía aprovechar para darte esto.

Abrió una pequeña caja de terciopelo. Un anillo plateado destelló frente a los ojos de Luci.

—No es el de compromiso. Es simbólico. El tiempo no es relevante. Por eso escogí el símbolo del infinito. Es una promesa, un deseo, lo que queramos, cuando queramos. Es el reflejo de nuestra historia y el comienzo de lo que viene. Somos tú y yo, Luci.

SARA

El teléfono sonó pasado el mediodía. Era el doctor Garfias. Sara se aclaró la garganta y respondió con un tono relajado, cordial. Sabía cuál era la intención de la llamada. De todos los días que le pudo marcar —las dos semanas en que sin mentir le hubiera dicho que no había tomado ni una pastilla— decidió llamarle justo cuando los residuos de la recaída corrían todavía por sus venas.

Le mintió. Tenía que mentir. El médico era amigo y cliente de Fernando, y la idea de que transgrediera el secreto profesional —ya fuera por error o preocupación— dibujaba en su mente una serie de conflictos con su marido, ahora que todo estaba bien entre los dos.

Terminó la llamada y sintió ese cosquilleo nervioso que, cada vez con más frecuencia, precedía al impulso de poner en su boca un comprimido.

No sabía de nadie que librara la misma batalla que ella. Sus amigas, incapaces de mantener la boca cerrada, le contaban experiencias propias y ajenas que abordaban de forma directa o tangencial el tema de la adicción. En su círculo social había adictas al juego y a las compras. A la comida y al ejercicio. Al cigarro y al alcohol. Por alguna razón, ninguno de los comportamientos anteriores se consideraba reprobable. Las mujeres los entendían, más bien, como una fuente infinita de chismes para aderezar las reuniones.

No obstante, Sara sabía que hablar de sus problemas sería cometer un suicidio social. No quería que su sufrimiento se convirtiera en la carroña de esas hienas. Le daba terror que sus asuntos privados se desmenuzaran a sus espaldas, entre extraños. La enloquecía la idea de profanar su inmaculada reputación.

Por primera vez en veinte años se preguntó qué sería de ella si no hubiera elegido esa vida. Si no hubiera asistido a esa boda, si Fernando no se hubiera cruzado en su camino.

El día que conoció a la novia de Mauricio se vio reflejada en

ella. No como Sarita, sino lo que era antes: una chica con grandes sueños atrapada en una realidad de clase media. Luci no estaba a la altura de su hijo. Pero claro, ella tampoco había estado a la altura de Fernando. Las similitudes entre ambas, en vez de incitarla a acercarse, la alejaban. Su trato hacia Luci era seco y reservado. No sabía si su rechazo se debía a que quería a alguien mejor para su hijo o a la posibilidad de que la empatía que sentía por ella terminara convenciéndola de susurrarle al oído que lo pensara dos veces: esa vida de lujos y poder, de aparentes comodidades, venía acompañada de una maldición.

La soledad.

Por fin le puso nombre a esa sombra que nunca la abandonaba y que la había hundido en la depresión y la ansiedad. El fantasma que le susurraba al oído que tomara un comprimido o dos, que la convencía de cortarse.

Esa era la realidad: se sentía completamente vacía.

Tuvo que pasar la etapa compulsiva de la limpieza, el placer y tormento del Tramadol, la ansiedad por hacerse daño, para darse cuenta de que se había equivocado. Fernando era el hombre perfecto, pero todo lo que implicaba ser su esposa no era para ella. Apostó su familia, sus amigos, su carrera y su cordura por el sueño de ser la señora de Gallardo. Lo perdió todo.

Notó que estaba llorando cuando una lágrima cayó en la superficie de su té. El impacto provocó una serie de ondas en el líquido. Se incorporó y caminó con prisa a su recámara.

Se alzó el vestido y colocó la punta de la navaja a menos de un centímetro de la marca anterior. La piel del muslo enrojeció al contacto. Jaló el cúter. Un poco más. No sentía dolor, sólo la adrenalina invadiendo su sangre. Su nueva cortada duplicó en longitud a la primera. Soltó la navaja y se quedó mirando, embelesada, su sangre.

Estaba atrapada en la vida que eligió. No había a dónde correr, nadie la esperaba al otro lado si decidía escapar. Su padre había muerto. Su madre se volvió a casar y se mudó. No sabía qué era de la vida de sus amigos de preparatoria, y aunque lo supiera, ellos no la recordarían. Sus amigas actuales lo eran por conveniencia. No tenía otra opción, más que llorar sus penas en silencio. Ni una palabra acerca de su sufrimiento saldría de su boca.

Mauricio usaba la casa como hotel y tintorería. Se iba muy temprano

por la mañana y regresaba pasada la medianoche, todos los días. Fernando salía de viaje casi cada semana. Sara saltaba de un evento a otro, y a veces llevaba la agenda social a casa, lo que resultaba aún más incómodo. A su abuela la veían dos sábados al mes. Esos días, cuando todos se reunían, la conversación tomaba un ritmo errático y nadie hablaba de nada relevante. Lo único que daba cohesión a su vida familiar era Domingo, y ahora ya no estaba.

Las nuevas pesadillas de Mauricio las protagonizaba su abuelo. No el hombre ameno y cariñoso, sino un Domingo taciturno e indiferente.

Dos días antes de que falleciera, cenó con él. Algo notó el anciano que, con sus habilidades inquisitivas, entre anécdota y pregunta, le tendió una red para sacarle la verdad. Mauricio se percató de lo que había confesado en cuanto su abuelo adoptó una expresión taciturna.

Decepción. De eso estaba llena su mirada.

Le pudo haber dicho lo que fuera: que dejaba el despacho, que era homosexual, que había robado o matado, y Domingo lo habría apoyado. Pero cuando la nombró a Ella, casi escuchó cómo sus palabras le partieron el corazón en dos. El anciano dejó su digestivo a la mitad, se levantó de la mesa, y lo volvió a castigar con la mirada.

—Hay algo que debo contarte.

Fernando no era hijo único. Tuvo un hermano, tío de Mauricio. Su nombre era Domingo, como el abuelo. Era el mayor, por apenas un par de años. ¿Para qué mentir? Siempre fue el favorito de la familia. El más vivo, el más intrépido. Fernando, por el contrario, era un niño taciturno. Los dos eran igual de brillantes, pero Domingo desde niño mostró habilidades sociales superiores a las del hermano menor. Cuando crecieron, no cabía duda de que él se encargaría de las mayores responsabilidades del despacho. Y lo hizo, todavía sin salir de la preparatoria. Era el orgullo de toda la familia.

—Te pareces a él —le dijo su abuelo con un dejo de tristeza.

Habían confiado demasiado en el talento de su hijo. Le habían dado demasiada libertad a los dieciséis años. Apenas unos meses después de empezar a ganar su propio dinero, comenzó a frecuentar bares y discotecas acompañado de Nicholas Trepaud, hijo de otro socio del despacho.

—Nos dimos cuenta demasiado tarde. Ya estaba enganchado. Lo metimos a rehabilitación, en uno de los centros más costosos del país. No sé cómo se las ingenió para robar esa cantidad de tranquilizantes…

El abuelo temblaba, con los ojos húmedos.

—Mauricio, no quiero que te pase lo mismo. Pero tampoco te voy a presionar, ya sé que no sirve de nada. Resuelve tú solo ese

asunto. Y después hablamos.

Nunca más lo hicieron. Murió el lunes en la madrugada y Mauricio se quedó con la culpa y el remordimiento. El recuerdo de su tío, de quien jamás había oído hablar antes de aquella noche, lo perseguía entre sueños, confundiéndose con el abuelo, decepcionado y triste.

Se requiere una energía descomunal para mantener secretos ante la gente cercana. Peor cuando se trata de una adicción: el veneno del silencio se suma a los efectos nocivos de la sustancia y permite que la dependencia tome más fuerza. Guardar para sí mismo lo que ocurre, aleja al adicto de los únicos que lo pueden salvar. Así, termina enfrentándose solo contra sus obsesiones y ansiedades. El silencio lo condena. Lo mata lentamente.

Bajo el mismo techo, Sara y Mauricio peleaban contra los mismos demonios. No había noche que no se juraran, cada uno en su cama, que ese había sido el último comprimido, el último pase. La mañana llegaba como un lienzo en blanco que siempre terminaba manchado con las promesas no cumplidas. La vida sin la sustancia era imposible, pero la vida con la sustancia no era vida. Era apenas un remedo, un espejismo turbulento sin espacio para la tranquilidad.

FLOR

En la misma ciudad, pero en un mundo completamente diferente, Tere no podía dormir. El colchón tenía las marcas de los años: una colección de bultos y concavidades que hacían imposible encontrar un descanso profundo. Pero eso no era lo que le robaba el sueño. Al día siguiente le entregaría a su abuela lo que había ganado hasta entonces por trabajar. Cuando elaboró su plan nunca pensó cómo explicaría aquel dinero extra. Ahora tendría que develar el secreto que había guardado con tanto recelo.

La anciana dormía junto a ella. Su respiración pausada y profunda contrastaba con la de su nieta, superficial y entrecortada. Tere evaluó cuál sería el mejor momento para decirle todo. Tenía dos opciones: esa mañana antes de que salieran o en un par de días, el fin de semana. La segunda posibilidad sería una tortura. Estaba emocionada por contribuir con los gastos de la casa, por regalarle a Flor, con algunos billetes, un poco de tranquilidad. ¿Pero qué pasaría si ella no estaba de acuerdo con su trabajo? Desde que comenzaron a vender dulces, su abuela hizo hincapié en que no descuidara los estudios. Por eso la enviaba a casa temprano. Quizá vería su decisión como una deslealtad. Nada en el mundo le dolería más que perder la confianza de su abuela. Para quitarse las dudas, decidió contarle de inmediato.

Faltaba poco menos de una hora para que el sol entrara por la ventana. Acercó su cuerpo al de Flor y en un susurro casi inaudible le dijo: *zyuzyu*.

La respiración de la anciana no se alteró.

—*Zyuzyu, zyuzyu*.

El sonido *zy* es raro en la lengua hñähñu. Se usa como un diminutivo que al mismo tiempo expresa respeto. *Zyuzyu* significa abuelita.

Tere acompañó su voz dulce con una ligera caricia en el hombro.

Esa delicadeza permitió que la transición entre el sueño y la vigilia de su abuela sucediera sin sobresalto.

Flor volteó y abrió los ojos a escasos centímetros de la cara de su nieta. En su mirada fue surgiendo una mezcla de emoción y nerviosismo. Hacía varias semanas que las dos no estaban tan cerca.

—*¿Xibye, te bi ja*? ¿Ahora, qué pasó?

La mirada curiosa de su abuela le dio a Tere la pauta para desahogarse.

Quien sabe escuchar no interrumpe con preguntas. Ya habrá tiempo después para despejar las dudas. En muchos casos, las interrogantes se disipan en el proceso, sin necesidad de intervenir. La chica habló sin parar. Las pláticas que suceden en horizontal tienen una magia particular. La gravedad no las afecta.

Le contó todo. Le dijo cómo, hace un par de semanas, la percibió distinta, distante. Que entonces pensó que había problemas de dinero. Que cada día le agradecía en silencio haberse hecho cargo de ella, pero ahora quería decírselo. Demostrárselo. Por eso, sin descuidar sus estudios, decidió buscar un empleo que le permitiera seguir con sus obligaciones. Ahora trabajaba las mañanas en casa de los Conde, y le pagaban muy bien porque hablaba inglés. Tenía a su cargo a dos chiquillos maravillosos. Y estaba Lupe, que la cuidaba y la aconsejaba. Además, después de vender dulces asistía a la secundaria nocturna. Terminó explicándole que se sentía muy mal por no haber lavado los platos aquella noche, pero no volvería a pasar. Todo se lo dijo en hñähñu.

Una lágrima cayó hacia la almohada donde Flor estaba recostada. Tere acercó su pulgar con cuidado y la enjuagó.

—No llores, *zyuzyu*.

Su abuela no se pudo controlar. Le partía el alma haberle hecho creer a su nieta que su cambio de actitud se debía a la falta dinero. Se dio cuenta de que la niña no tenía ninguna culpa de todo lo ocurrido. En realidad, el recelo de aquellos días se lo debía a sus demonios más íntimos, producto del infierno que ella permitió.

El acto generoso de Tere removió en ella los sentimientos de amor y agradecimiento que había guardado bajo llave. Además, la confesión de su nieta arrojaba una nueva opción de subsistencia, alejada de los negocios turbios de su hijo, de Tito y Chuy.

El sábado que fueron al pueblo, Flor se había enterado de que el dinero que recibía era dinero de sangre. Las horas que pasaron en la carretera aflojaron las bocas de los socios de su hijo. La verdad salió en medio de una disculpa.

—*Nänä,* este mes no le vamos a dar completo el gasto. Humberto lo necesita para no pasar tan mal su tiempo encerrado.

Tito y Chuy le contaron lo cara que era la vida en la cárcel. La buena vida, pues. Humberto había logrado pagarse televisión en la celda, varios teléfonos celulares, una máquina de pesas para ejercitarse en privado y comida especial. No toleraba la basura que servían allí.

Ella preguntó de dónde venía ese dinero. No tuvo que insistir. El orgullo arrogante de quien se siente por encima de la ley se encargó de escupir los pormenores del negocio. Narcotráfico, secuestro de migrantes, extorsión. Ese dinero estaba maldito.

Flor le agradeció a Tere su bondad y su sacrificio. En silencio le agradeció también haberle mostrado una salida a su vida como cómplice del crimen. Todavía tenía dulces y cocaína, pero una vez que vendieran toda la mercancía, las dos se encargarían de encontrar una nueva forma de subsistir.

Se abrazaron sobre el viejo colchón. Tere se veía aliviada, radiante de optimismo. Se levantó y buscó en su mochila el dinero que había ganado trabajando en casa de los Conde.

—*Jamädi, t'ixu*. Gracias, hija —respondió Flor entre lágrimas.

Una vez en casa de los Conde, Tere se acercó a Lupe para contarle lo que había pasado esa mañana. La señora le dio un abrazo y le aseguró que la ayudaría en esa nueva etapa. La chica le contó que su abuela estaba harta de vender dulces. La mujer le preguntó si Flor sabía cocinar.

—¡Uy! Cocina delicioso.

Lupe le comentó que la señora Conde estaba buscando cocinera. Tere se entusiasmó: todo se iba adaptando a sus nuevos planes.

—¿Cuándo podría empezar?

—Lo más pronto posible. Ahora ponte a trabajar, chamaca.

LUCI

No era raro que descubriera a su pulgar jugando con el nuevo anillo. En casa, en la universidad, incluso cuando estaba con Gallo. Era un recuerdo tangible de la promesa de un futuro juntos.

Cuando Regina le preguntó dónde lo había comprado, sólo atinó a balbucear que se lo había regalado Gallo. Por supuesto, no le dijo lo que pasó horas antes de que se lo diera.

—Ay, ay, ay, ¡un anillo!

Luci rio.

—No es *ese* anillo, Rex.

—Cualquier anillo es *ese* anillo, Luci. Tal vez no el definitivo, pero dice mucho de los planes que tiene en su cabeza.

Agradeció que Regina dirigiera su atención a Max.

—¿Ya viste Max? Gallo le dio un anillo a Luci. Y llevan la mitad que nosotros.

Max buscó la mirada de su amigo para escapar de la trampa.

—Ni modo, hermano. Ya te toca —le respondió Gallo con una sonrisa.

Los cuatro rieron.

Esa noche, nadie habló de lo ocurrido la última vez que se vieron. No quisieron romper la magia del momento con el recuerdo de lo sucedido en casa de Regina semana y media atrás.

Aquel jueves fue el último día de clases de toda la carrera de Luci y Regina. El lunes siguiente irían por calificaciones y el viernes celebrarían, por fin, su graduación. La ocasión ameritaba champán. Hasta Gallo bebía, con tal de adaptarse al ambiente festivo de la mesa.

Estaban en el mismo bar que fue testigo de la pelea la semana anterior. Las cosas habían cambiado; aun así, Luci sabía que había temas que era preferible no tocar. No ese día. Deliberadamente evitó hablar de su curso en Nueva York. El día anterior le había llegado el correo electrónico donde le anunciaban que aceptaban su candidatura

al instituto, con beca. Esa mañana pasó las horas libres enviando los documentos necesarios para completar la inscripción.

El único que sabía era su papá. Nunca lo había visto tan feliz. Para Miguel, ese curso representaba la recompensa que Luci merecía después de dedicar tanto esfuerzo a la carrera. Claro que le dolía que se fuera varios meses, pero no había nada que él antepusiera a la felicidad de su hija, mucho menos si esa felicidad contribuía también a su formación.

Después de enviar al Tunas y a sus secuaces tras las rejas, su salario le permitía pagar, sin problema, la estancia y los estudios de Luci en el extranjero. Cuando ella le informó que la habían becado, le prometió destinar ese dinero a la cuenta de ahorros que pagaría la boda.

Gallo se levantó y regresó a la mesa con un arsenal de dulces, chicles y cigarros. En un arrebato le compró a la indígena toda la canasta. Lo que no sabían los demás era que también acabó con el inventario de narcóticos de la mujer. Guardó las bolsitas con cuidado en el interior de la chamarra. No pensaba consumir esa noche. Una semana atrás confirmó que el alcohol y la cocaína no se llevaban bien. Así que a Ella la guardaría para la graduación. Animado ante la sensación de estar recuperando el control de las cosas, se puso a conversar con Max, ya que era inútil intentar intervenir en la plática de Luci y Regina.

Como cualquier estudiante de diseño de modas que se respete, las dos decidieron trazar y confeccionar sus vestidos. No se arriesgarían a portar esa noche la misma prenda que alguien más. El fin de semana lo pasarían juntas para ajustar y ultimar los detalles de cada una de sus creaciones. Regina se decidió por un vestido con escote en la espalda y Luci por uno corte imperio, *strapless*, con un largo cierre en la parte posterior.

No recordaba con precisión cuándo fue la primera vez que imaginó la escena en que Gallo la ayudaba a subir el cierre de su vestido, pero la fantasía se había vuelto una constante cada vez que trabajaba en el diseño. Esa simple acción le parecía la consumación de la intimidad, el erotismo en bruto.

Cuando un hombre sube el cierre del vestido de una mujer comienza un intrincado juego de seducción. Si lo hace con delicadeza, se da tiempo para contemplar la piel expuesta de la pareja, y después rozarla con suavidad. El acto, en apariencia trivial, es el comienzo de una serie de tácticas que tienen como meta justamente lo contrario: terminar la noche bajando ese cierre con urgencia.

El sábado, cuando Regina le preguntó por qué había hecho el cierre tan largo, Luci confesó sus pretensiones. Hablaron también de

que la noche de graduación sería la primera que pasaría junto a Gallo, que dormiría y amanecería en sus brazos.

—Con ese plan tan macabro que tienes, hasta crees que te va a dejar dormir.

Luci volteó los ojos.

—Además, eso de dormir juntos está sobrevalorado. Sí, yo sé, las películas lo hacen ver muy romántico, pero *it's not*. Max siempre me abraza, lo que es muy lindo por diez minutos, hasta que empieza a roncar como rinoceronte indigesto a tres centímetros de mi oído. Después de media hora sin que pueda cerrar los ojos con ese concierto, me empiezo a morir de calor. Max es un calentador humano. Claro que me quiero mover, pero el señor me tiene aprisionada con el brazo y la pierna. Cuando por fin me logro zafar, él se expande por toda la cama.

A los hombres el sueño les arrebata cualquier vestigio de caballerosidad. Reclaman su territorio y te dejan un pedacito de colchón, se roban las sábanas y entonces te mueres de frío. Cuando por fin logras conciliar el sueño —para esto ya pasaron horas y está a punto de amanecer— lo más probable es que te vuelva a abrazar pero ahora con otra intención. Hasta parece que voy a coger con el humor que me cargo a esas alturas de la madrugada.

Luci se carcajeó ante la imagen grotesca que Regina dibujaba en su mente.

—Sí, ríete ahorita. Porque a las ocho de la mañana que no hayas pegado el ojo y el güey te quiera dar un beso con aliento a ayuno, no te vas a reír. Lo vas a querer matar.

Estaba segura de que con Gallo sería diferente. Ellos eran distintos. El relato de su amiga, seguramente exagerado, no se parecería a lo que iban a experimentar la noche de la graduación.

SARA

Fernando tomó un sorbo más de whisky. Miró el escritorio lleno de papeles y sintió el impulso de arrojarlos todos al suelo en un solo movimiento del brazo. Pero se quedó inmóvil. Soltó el vaso con demasiada fuerza: el recipiente se quebró. El resto de la bebida empezó a esparcirse por la mesa, acercándose lentamente a los documentos. Ignoró el desastre y se dio un masaje en las sienes. Su cabeza estaba a punto de explotar. Los ojos se le humedecían conforme presionaba más los dedos, en movimientos circulares.

Hacía unos minutos, su secretaria le había entregado un sobre con su nombre escrito en elegante pluma fuente. Según le contó, había aparecido entre la correspondencia hacía una semana, pero se había traspapelado con otros documentos a partir de la muerte del señor Domingo.

Aunque su padre había dejado el testamento en orden, Fernando hizo el traspaso de propiedades con la lentitud de un principiante. Dejó sus actividades en pausa. Perder a Domingo, quien por mucho tiempo fue el eje de su mundo, lo dejó anonadado por varios días.

Ahora era peor: el trabajo se le había acumulado por aquellos descuidos sentimentales. Y encima, esa nota. Era de él, la envió unos días antes de morir. Tenía esa costumbre, a la antigua, de comunicarle los asuntos más graves y urgentes por escrito, a mano. Le parecía mucho más certero y confiable que hacerlo por correo electrónico, o por teléfono.

Fernando la leyó, y sintió que una corriente helada le traspasó el cuerpo. Era apenas una línea. La letra elegante de su padre estaba trazada con demasiada fuerza, de forma irregular. Era evidente que la había escrito conteniendo el enojo.

Acuérdate de tu hermano. Tu hijo está siguiendo sus pasos.

Esa noche regresó temprano a casa. Entró directo a su habitación y encontró a su esposa sentada en la cama, de espaldas. La saludó y no respondió. Se acercó despacio hasta quedar de frente a ella. Un horror. Sara miraba hacia abajo, embelesada por la sangre que le corría por el muslo. Tenía, en la mano derecha, una pequeña navaja cubierta del líquido rojo.

Una pesadilla.

Ella se percató de su presencia y se apresuró a ocultar bajo una almohada el instrumento, y a bajarse el vestido. Como si nada, se levantó a saludarlo con un beso. El hilo de sangre recorrió su pierna, hasta manchar con una gota la alfombra. Fernando no le dijo nada. Había entendido demasiadas cosas al mismo tiempo. Sólo la abrazó, cerrando los ojos.

A Sara la consumía la vergüenza. Si ya se sentía ridícula siguiendo sus obsesiones al pie de la letra, que Fernando supiera lo de la navaja, era demasiado. Su reacción fue de lo más extraña. En vez de disgustarse, de gritar, de hacer un drama, la tomó con delicadeza de la cintura, y la empujó con el hombro, hasta que los dos quedaron recostados sobre la cama. Ella no podía dejar de pensar cómo la sangre estaría ensuciando la colcha debajo de ellos. «Necesitas ayuda de inmediato», le dijo él. Y luego le contó lo de Mauricio. «Los dos necesitan ayuda. Y yo he sido un estúpido por no darme cuenta antes». Estuvieron un buen rato así: ella mirando hacia el techo, aún con la adrenalina recorriendo su cuerpo, él abrazándola de costado. Se quedaron dormidos con la ropa puesta, como no les pasaba en mucho tiempo.

Mauricio entró a la cocina y se encontró una escena desconocida. Su padre, con la camisa arrugada y el pelo revuelto, como si no se hubiera cambiado la noche anterior, preparaba una tortilla española, al tiempo que cortaba naranjas para hacer un jugo. La cocina estaba

repleta del olor a café recién hecho.

Sara entró después de él, con la misma pinta que Fernando. Él se le acercó y la besó en la boca. Parecían un par de novios que después de una noche a solas, aprovechan el desayuno para recuperar energías, y prolongar la intimidad.

—Le di el día a las muchachas de servicio —le dijo su padre mientras le servía la tortilla ligeramente quemada en el plato.

Comieron en silencio, pero una energía extraordinaria se apoderaba de la casa. Era todo más ligero, más amable que en la cotidianidad.

—Quiero hacerles un anuncio. —Fernando se veía solemne, animado, como si hubiera encontrado la resolución a todos sus problemas—. Después de cerrar el trato con los Palacios, voy a jubilarme. Viajaré por el mundo con mi esposa —tomó a Sara de la mano— y tú Mauricio, estarás a cargo de mi parte de la compañía.

Mauricio sonrió, fingiendo emocionarse. Sabía que a más carga de trabajo, más necesitaría recurrir a Ella.

Después de la experiencia con su hermano, Fernando sabía que tratar a un adicto era una operación delicada, y que tendría mejores resultados si actuaba sutilmente. Encarar a Mauricio, o increpar a Sara, sólo les causaría más desgaste emocional, lo cual los llevaría a recurrir al vicio para tranquilizar su conciencia. Recordó a su hermano, tan joven y lleno de vida, recluido en el sanatorio, expulsado del mundo. El agresivo tratamiento psiquiátrico sólo empeoró las cosas. Si quería ayudar a su esposa y a su hijo, tendría que ser poco a poco. El primer paso sería pasar más tiempo con ella, y darle a él más responsabilidades para mantenerlo ocupado, aprovechar el tiempo que pasarían juntos durante el traspaso para ir recuperando su confianza.

Estaba apostando todo a ese plan, la única alternativa para recuperar a su familia.

FLOR

La libertad era lo único que Humberto no podía comprar. Sólo tenía contacto real con el exterior a través de su madre, que sin falta lo visitaba en el penal cada fin de semana. Del suplicio que padecía Flor todos los domingos sabía poco. La fila para visitar a un interno en el Centro Federal de Readaptación Social Número 1, conocido popularmente como *Almoloya*, era sólo el principio de un viacrucis.

La anciana se despertaba a las cuatro de la mañana para arreglarse y tomar el camión que la llevaría a la estación Observatorio. De ahí tomaba otro que la conduciría hasta Toluca y un tercer colectivo, con destino final al reclusorio. Para cuando llegaba ya había una larga fila de familiares que habían pernoctado en la banqueta para evitar pasar horas bajo el sol del altiplano. A partir de entonces, pasaban unas tres horas. Era común que otras personas se colaran en la fila bajo el pretexto de que les habían apartado el lugar. Ahí, tan cerca de un inmueble que busca hacer justicia, no había nadie que pusiera en orden a la gente.

Las cosas no mejoraban al llegar a la entrada. Del primer umbral a la sala donde se encontraría con Humberto había casi una decena de filtros de seguridad, conocidos como aduanas. La humillación que Flor sufría en esos sitios opacaba lo anterior. El cacheo era lo de menos. A veces se tenía que levantar el sostén y la falda. La tocaban en lugares que nadie, ni ella, exploraba con tanto ahínco. Padecía cada segundo de ese proceso, pero cuando veía a su hijo olvidaba todo.

Esta vez no sería así.

Humberto se había convertido en un muñeco arrogante. La sonrisa que adornaba su rostro contrastaba con la realidad de su existencia. Estaba en la cárcel. Purgaba una condena. Si le iba bien, pasaría de los cincuenta cuando pusiera un pie fuera del reclusorio. Y sin embargo, tenía el semblante de quien regresa de unas largas vacaciones. Se veía relajado, alegre, en forma.

Algo explotó dentro de ella. La plática que tuvo con Tito y Chuy en la carretera resonó en su cabeza. El coraje hizo mancuerna con la culpa por haber callado tantas veces las preguntas que resultaban tan obvias. Y cuando por fin se decidió a hablar, no pudo detenerse.

Su hijo la miró sorprendido. Nunca la había escuchado con esa cadencia, con tanta determinación. Flor omitía las pausas entre preguntas, esas pausas destinadas a que el interlocutor responda. En realidad no le interesaban los porqués, ni los dóndes, ni los cuándos. Lo único que le resultaba crucial en ese momento era liberar las palabras que aprisionó por tantos años.

Se liberó del yugo del silencio. El efecto fue inmediato. El bombardeo verbal redujo a su hijo —un hombre de carácter inexorable— a las lágrimas. Le juró que rectificaría su vida. Ella sabía que le estaba mintiendo. Lo sabía bien. Pero lo que su hijo hiciera a partir de ese momento no sería más su problema. Para Flor sería suficiente con enderezar su camino y el de Tere. Lo que en verdad la llenó de paz fue enunciar todo lo que guardaba dentro, desahogarse.

Humberto se despidió y le dijo que se pondría en contacto con Tito y Chuy para que recogieran la cocaína que le faltaba vender. Quería que Flor comenzara su nueva vida de inmediato. Él, por el contrario, estaba sentenciado a seguir siendo parte del engranaje del crimen organizado. No sólo por el dinero. Era muy tarde para echarse atrás: su poder y su seguridad dentro de la cárcel dependían del escudo protector que le confería ser Zeta.

Flor sintió su salida del reclusorio como la de un preso que recupera la libertad tras una larga condena. Cuando llegó a casa, Tere le abrió la puerta y la abrazó. La alegría y la paz en el rostro de la anciana se contagiaban. Las dos rieron con alivio y esperanza.

—*Zyuzyu*, me dijo Lupe que en casa de los Conde están buscando cocinera.

—¡*Te ra entho*!

Tere la miró con un reproche simulado. Su abuela holgazaneaba en la práctica del idioma de la capital. Flor se tomó unos segundos para recordar cómo decir aquello en español.

—¡Qué bien!

La niña soltó una risita.

—Ven mañana conmigo.

Flor no concebía un escenario más idóneo que trabajar de cocinera. Las indígenas hñähñu son nutriólogas por naturaleza. La tradición las enseña a cocinar con alimentos de temporada y a mezclarlos para potenciar su valor. Su estrategia doméstica les permite encontrar la riqueza en lo más humilde. Los bajos índices de desnutrición infantil entre los niños de comunidades hñähñu confirman la naturaleza alquimista de sus recetas.

Esa noche marcó el final de una vida de sufrimiento. El futuro que Flor creía perdido para siempre llegó al amanecer.

LUCI

Despertó ese viernes llena de ilusiones. No había nada que pudiera deteriorar su buen humor. Se sentía invencible. Mientras se preparaba para salir, iba imaginando cada detalle del evento. Cuando sonó el timbre, dejó la invitación de su papá en la mesa del comedor.

Regina llegó a las doce en punto. El itinerario marcaba como primera parada una visita al *spa* para hacerse un tratamiento de exfoliación, seguido de un masaje. Después comerían algo ligero —las dos sabían que sus vestidos no perdonarían ni siquiera un centímetro de inflamación— y se prepararían para la gran noche. Su noche.

Sumergida a medias en el flotario, dentro del circuito de hidroterapia, Luci le contó a su amiga de la beca que le ofreció el Instituto Tecnológico de la Moda en Nueva York. También le dijo que la semana anterior cumplió con todos los requisitos y justo esa mañana recibió el correo con su fecha de ingreso. ¡Se iba en una semana! El curso en sí comenzaba en un mes, pero tenía que asistir a un propedéutico para alumnos extranjeros.

Después de felicitarla con entusiasmo por la noticia, Regina le hizo la pregunta incómoda.

—¿Y qué te dijo Gallo?

Gallo no sabía. No todavía. Luci estaba segura de que no iba a estar muy contento con que se fuera tan pronto. La última vez que hablaron del tema, era una simple hipótesis. Se había convencido de que lo mejor era platicar después de la fiesta. No quería que las emociones de su novio se interpusieran con la graduación. Tampoco quería que su amiga la sermoneara por no ser sincera con él, así que mintió.

—Pues se sacó un poco de onda de que fuera tan rápido, pero sabe que es mi sueño.

En ese momento llegaron las terapeutas para pasarlas, a cada una, a su sala de masaje. La mentira incomodó a Luci un par de

minutos, hasta que esas manos extrañas se hundieron en los músculos de su cuello.

Gallo estaba sumergido en trabajo. Había imaginado que la transición por la jubilación de su padre sería un proceso complicado y agotador, pero la realidad superó sus conjeturas. Cualquier otra noche le hubiera cancelado a Luci, excepto esa.

Estaba exhausto. Le costaba distinguir las diminutas letras de aquellos documentos sin fin. La tinta se aglomeraba en manchones borrosos y por más atención que ponía tenía que releer párrafos enteros. Si quería terminar con una parte sustancial del trabajo antes de ir a la fiesta, necesitaría un poco de ayuda. Cerró la puerta de su oficina y delineó sobre un fólder dos rayas delgadas. No había consumido en más de una semana y la potencia de la droga lo sorprendió. Era la forma que tenía Ella de decirle que lo había extrañado, de reclamar los latidos de su corazón.

Las letras afinaron de inmediato sus contornos, y su mente recuperó la agilidad. Inmerso en el trabajo, con Ella nadando por sus venas, Mauricio tardó unos segundos en escuchar el timbre del teléfono del escritorio. Era su secretaria.

—Señor, el chofer lo espera.

Colgó la bocina y guardó los documentos en el cajón. Se cambió el traje por un esmoquin y bajó al estacionamiento. José, el chofer del despacho, lo esperaba con el motor encendido. Esa mañana le pidió que antes de pasar por él comprara una botella de champán y la pusiera en una hielera dentro de la camioneta.Quería sorprender a Luci, a Regina y a Max con un brindis en el camino. Un corte de listón digno para esa noche.

Miguel se enfrentó a un raudal de sentimientos encontrados cuando vio la invitación sobre la mesa del comedor. Su niña ya no era una niña. En realidad dejó de serlo cuando murió su madre, pero las implicaciones inherentes a ese papel satinado volvieron tangible el futuro que apenas unos meses atrás parecía tan lejano. Luci se iría en unos días a Nueva York y él se enfrentaría por primera vez a la casa vacía. Por otro lado, no podía estar más orgulloso de ella.

Se dejó aplacar por el agua de la regadera. Se puso el esmoquin

rentado y guardó su cartera y la invitación en el bolsillo interior de la chaqueta. En el trayecto hacia el lugar se sumergió en un diálogo imaginario con Ana.

Gallo pasó por ellos a casa de Regina. Luci nunca lo había visto de esmoquin y tuvo que ahogar un suspiro cuando lo saludó. Subieron a la camioneta y su novio sacó una botella de champán y algunas copas de la cajuela. El corcho salió disparado e impactó el techo, dejando a su paso una estela de espuma.

Cuando llegaron al hotel, el corazón de Luci retumbaba con tal potencia que sentía los latidos hasta las yemas de los dedos. Gallo y Max se encargaron del registro y los cuatro subieron al elevador. Regina y su novio bajaron un piso antes que ellos y en cuanto se cerraron las puertas, Gallo se lanzó a sus labios. Caminaron sin despegarse hasta el cuarto y se colapsaron sobre la cama. Luci se armó de fuerza para ponerle freno, por el momento, a su pasión.

—Me tengo que cambiar.

Su novio la miró con ojos de desconsuelo, pero ella ganó el *round* con la promesa de compensarlo en la noche. En ese momento, la única fantasía que se cumpliría sería aquella que habitaba su cabeza de forma permanente.

Con delicadeza, se quitó los jeans. Nadie lo tenía que saber, pero había practicado aquel momento. No hay nada menos sensual que brincar sobre un pie mientras se trata de liberar el otro talón de la mezclilla. Aunque estaba a espaldas de Gallo, podía sentir su mirada. Se quitó la blusa y el sostén. Él no se pudo resistir y se abalanzó sobre su piel desnuda, pero Luci se zafó de esas manos con una pirueta digna de una bailarina. Su novio se desplomó sobre el colchón, derrotado.

Ella se tomó su tiempo para descolgar el vestido del gancho. Quería grabar cada instante de esa escena en su mente para replicarla luego, como una película, una y otra vez. Deslizó la tela sobre su cuerpo hasta que el propio peso del vestido alcanzó sus tobillos con un movimiento pendular. Entonces sí se acercó a Gallo y le dio la espalda, mirándolo de reojo.

La petición tácita se atendió de inmediato. Él se incorporó y colocó las manos sobre la cadera de Luci. Recorrió con la mirada su columna vertebral. Le encantaba la perfección de esa espalda, lo volvía loco. Ella disfrutó la espera. Y entonces sintió cómo, después de una fugaz caricia, los dedos de su novio se posaron sobre el cierre del

vestido. Lo subió con calma y, con cada centímetro que avanzaba, una descarga eléctrica recorría la espina dorsal de Luci y llegaba al centro de sus piernas. Al final sintió cómo los labios de Gallo se colocaron suavemente entre sus hombros y su cuello.

Estaba extasiada. Dio la vuelta y lo tomó entre brazos.

—Gracias…

Bajaron al salón de la mano y se encontraron en la puerta con su papá. Miguel la besó suavemente en la mejilla y saludó a Gallo con ese gesto típico de los suegros: una combinación de autoridad, recelo y cariño.

Las luces se apagaron para dar inicio al video de graduación.

La cena transcurrió con prisa, con el deseo de dejar cualquier formalidad atrás. Apenas se recogió el último plato de postre, la música invitó a los presentes a la pista. Max y Gallo se quedaron en la mesa y Luci y Regina fueron a bailar. Esa noche la disfrutarían hasta que no pudieran más.

Miguel no le podía quitar los ojos de encima a Luci. Se veía tan feliz, tan satisfecha. Era la viva imagen de su madre, salvo por los pasos de baile. Esos sí que los había heredado de él. Verla así, tan libre y tan alegre, le brindó una tranquilidad respecto a Ana que hacía mucho no sentía. Se dio cuenta de que ella nunca se había ido: seguía viva a través de su hija.

Luci estaba segura de que sus zapatos tenían la intención de arruinarle la fiesta. La dolorosa fricción con su talón era una declaración de guerra. Dejó a su trío favorito en la pista para ir a la mesa y sacar de su minúscula bolsa un poco de cinta Micropore: venía preparada para todo. Mientras la colocaba en los puntos necesarios para ganar aquella batalla contra sus tacones, pudo ver a Regina tramando algo con Max y Gallo. El efecto de su intriga alcanzaba los confines del salón.

Cuando regresó con el grupo, algo había cambiado. Se notaba a leguas que Gallo estaba incómodo. Su instinto le confirmó con un vuelco estomacal que algo andaba mal. No. No esta noche. Hoy no.

Se acercó a la oreja de su novio.

—¿Qué tienes?

—Nada. Ahorita vengo, voy al baño.

Los minutos pasaron en inquietud, pero ella guardó su consternación bajo una sonrisa forzada. Cuando volvió, Luci se preguntó si todo lo habría imaginado, si su intuición la había engañado. Odiaba que su paz y su bienestar estuvieran ligados a la

paz y el bienestar de él. Esa noche no quería lidiar con sus desplantes, ni tratar de comprenderlo y consolarlo. Esa noche quería que su novio la apoyara, en vez de quitarle el ánimo y la serenidad. No lo permitiría de nuevo. Esa noche era suya.

A la una de la mañana, Miguel se obligó a abandonar la fiesta. La verdad era que la estaba pasando muy bien con los papás de Max, de Regina, y la mamá de Mauricio. La conexión entre todos eran sus hijos. Intercambiaban anécdotas que ellos les habían contado, a veces a medias, para revelar las verdaderas aventuras de los jóvenes. Miguel no recordaba, en mucho tiempo, haber reído y tomado tanto como aquella noche. A Ana le hubiera encantado estar ahí.

Los jóvenes se despidieron de sus papás con impaciencia. La fiesta empezaría una vez que ellos se fueran. Y así fue. En cuanto abandonaron el salón, Max pidió *shots* para los cuatro.

Luego de despedirse de su madre, Mauricio se tomó el *shot* y fue al baño a encontrarse con Ella. Estaba devastado. Hacía unas horas, cuando su novia abandonó la mesa, Regina se acercó a él para planearle a Luci una fiesta sorpresa de despedida. La sorpresa se la llevó él: se iba en una semana y no le había dicho nada. Tomó entre la punta del pulgar y la del dedo índice un pellizco de cocaína. Lo inhaló. Repitió la operación en la otra fosa nasal. Golpeó con la mano abierta la puerta del cubículo. No estaba listo, no quería que se fuera. Una pérdida era suficiente. Su abuelo ya no estaba y ahora no estaría Luci. Sumergió los dedos en el pequeño sobre de plástico otra vez. Era difícil contener tanta furia en su cuerpo y Ella no estaba ayudando. Inhaló un poco más. Se había guardado el reproche porque Miguel estaba en la fiesta, pero ya se había ido. Se limpió la nariz frente al espejo y montó uno de los caballos del apocalipsis hasta la pista.

Luci sentía los efectos del alcohol. Sus zapatos ya no la lastimaban, y si la lastimaban no lo sentía. De reojo vio cómo su novio regresó a la

mesa y se sentó. Ella siguió bailando, decidida a no darle importancia a lo que pasara en ese otro frente. Minutos después, agotada y sudorosa, se desplomó sobre una silla junto a él. Intentó tomar su mano, pero Gallo la quitó. En ese instante no hubo lugar a dudas. Algo estaba mal. Pero si en efecto estaba enojado con ella, tendría que lidiar con sus problemas solo. Se levantó de la mesa sin hacerle ningún comentario.

—Está muerto, ¿verdad? —le preguntó Regina cuando llegó a la pista.

—Pues no sé si muerto, pero inmamable sí.

—¿Ya van a empezar?

¿Van? Si ella no había hecho nada. Estaba harta de los berrinches de Gallo y se lo hizo saber con su actitud indiferente, como si no hubiera notado el desaire sobreactuado en la mesa. Él estaba acostumbrado a que ella reaccionara de inmediato a sus arrebatos. Esa noche no.

—Que le aproveche.

Pasó una hora sin que se acercaran. Max se sentó con Gallo para conciliar. Se había salido a fumar un churro y en ese momento todo era amor y paz.

—Qué pasó, güey.

—Pues nada, que Luci le dijo a tu vieja que se va en una semana y a mí no. Se va a la verga, güey.

—Ya cabrón, no te dijo nada para que no te pusieras así hoy.

Le salía humo. Al esfuerzo de su amigo por apagar ese incendio interno le faltaba agua. O el whisky que Max le puso en la mano.

—Ya güey, chíngate esto y habla después con ella. Deja que se la pase bien. Es su pinche graduación.

Cuando acabaron el trago, Max lo convenció de regresar a la pista. Mauricio bailó un rato más con Luci, pero sintió el rechazo a cada paso. La molestia de ambos se interponía físicamente entre sus cuerpos. Alguien tenía que romper el silencio antes de que esa fuerza los alejara por completo.

Esta vez fue Gallo el que habló primero.

—Me preguntaste hace rato que qué tenía, ¿no?

—Sí.

—Pues Regina me dijo que te vas en una semana. Me caga quedar como un pendejo. Me caga que no me hayas dicho.

—Pues precisamente por esto no te dije, no quería que te

pusieras así hoy. Y no voy a dejar que me cagues la noche.

Luci lo dejó hablando solo. El orgullo de Gallo se alió con Ella. Nadie lo dejaba con la palabra en la boca. Nadie. Su vanidad no toleraba esos arranques. Encima, su novia se empeñaba en hacerlo explotar: se puso a bailar con un amigo de la universidad. No, no, no.

Mauricio se acercó con paso certero a la pareja. Tomó a Luci de la muñeca con fuerza y la arrancó de ese baile obsceno.

—¿Qué te pasa? Suéltame.

Apenas unos cuantos se dieron cuenta del violento intercambio. Nadie le dio importancia: una discusión más inducida por el exceso de alcohol.

—No le huyas a la confrontación.

Luci respondió a gritos.

—No le huyo a nada, Gallo. Sólo quiero pasármela bien. Estoy cansada de tu pinche ego desbordado. ¿Qué tal que por una vez en tu vida te alegras por mí? Voy a cumplir mi sueño, y si no eres un completo imbécil, entenderás que quiero regresar para cumplir el significado del anillo que me diste.

—¿Pero por qué no me dijiste? ¿Te valgo madres o qué?

—¿Neta? Gracias Gallo, me acabas de chingar la noche.

Luci corrió a los elevadores, sin controlar las lágrimas. Presionó el botón cinco veces seguidas y se coló entre las puertas apenas se abrieron. No había manera de que pasara esa noche con él. Entró al cuarto y lanzó la maleta vacía sobre la cama.

El silencio después del ruido excesivo tiene un sonido muy particular. Más que un sonido es una sensación, una especie de eco, como el que produce una concha de mar que se acerca a la oreja. Es una sombra melancólica de lo que hubo y ya no hay.

Estaba empacando su ropa cuando se abrió la puerta.

—¿Qué chingados haces?

Ignoró el grito de Gallo y siguió guardando las cosas.

—¿A dónde crees que vas?

—¡Lejos de ti! Lejos de tanto pedo. ¡Ya no aguanto!

Las lágrimas llegaron hasta su boca y se colaron entre los labios, dejándole un gusto salado en la garganta.

Gallo aventó la maleta al piso. Su contenido se esparció sobre la alfombra.

—No te vas a ninguna parte hasta que arreglemos esto.

Luci se hincó para recoger sus jeans, su blusa, su suéter, los

artículos de maquillaje regados en el piso. Él seguía gritando, pero decidió no escucharlo. Nada de lo que dijera la iba a hacer cambiar de opinión.

Cerró la maleta y se puso de pie.

Con el rímel corrido y los ojos hinchados enfrentó la mirada exaltada de su novio. Parecía un demonio. Dio un paso hacia la puerta y sintió cómo las manos de Gallo se aferraron a sus hombros. La agitó con tanta fuerza que le hizo perder el equilibrio.

La caída fue lentísima. En su lucha contra la gravedad registró cada detalle de la expresión desfigurada de Gallo. Encontró furia, dolor, vergüenza y arrepentimiento en las líneas de su cara. Y entonces oyó cómo algo se quebraba. El sonido venía de dentro. Su nuca hizo contacto con el borde del buró.

Mauricio tardó unos segundos en comprender el efecto de su agresión. Vio cómo el cuello de Luci se dobló en un ángulo imposible y después no vino un grito, ni un quejido, apenas un suspiro ahogado.

—Luci, Luci, amor. ¡Luci!

Esta vez agitó los hombros de su novia sobre el piso. Ella no opuso resistencia.

—Amor, Luci, amor. Abre los ojos. ¡Mírame! Mírame, por favor.

Mauricio se arrodilló junto al cuerpo de Luci. Le acarició el rostro e intentó abrir sus ojos con las yemas de los dedos. Su piel seguía tibia, pero ya no respiraba.

—Luci, por favor. Por favor.

El llanto se tragó sus súplicas. Sintió un impulso incontenible de vomitar.

Tenía que recuperar el control. Buscó en su bolsillo el sobre restante de cocaína. Sin pensarlo, se dio un pase sobre el cuerpo inerte de su novia. Acto seguido, le marcó a su papá.

Fernando estaba en Perú, en el último viaje que haría a nombre del bufete.

—Quédate ahí. Fue un accidente. Si te vas, todo se va a complicar.

La frialdad de su padre lo obligó a ultimar el polvo blanco.

No supo cuántas horas después llamaron a la puerta. El tiempo pierde su forma habitual bajo el efecto de la cocaína. Le abrió a los forenses y se quedó de pie, mirándolos cruzar el umbral. Los observó en su quehacer como si fueran los protagonistas de una serie de televisión. Le hicieron un par de preguntas que respondió sin

remordimiento alguno, ajeno a la gravedad catastrófica de la situación.

Los agentes desplegaron sobre el suelo una bolsa negra donde guardaron el cuerpo de Luci. Uno de ellos subió el cierre de forma brusca, sin el menor miramiento. Las similitudes entre lo que vivieron unas horas antes y ese remedo macabro que tenía lugar sobre la alfombra del cuarto llevaron al límite a Mauricio.

Los forenses se abalanzaron sobre él cuando intentó aferrarse a la bolsa que contenía el cuerpo de su novia. Su único deseo era dejar intacto ese recuerdo sublime del que fue artífice el cierre del vestido de Luci y que le serviría por siempre como un instrumento de tortura y salvación.

Acerca del autor

Jill Begovich Klett nació en la Ciudad de México en 1984, cursó Comunicación en la Universidad Iberoamericana y realizó estudios en la Escuela Australiana de Negocios de la Universidad de Nueva Gales del Sur. Desde 2008 se desempeñó en la producción y conducción de programas de noticias para la televisión. Es autora del libro de ensayo *Yo, Millennial* (2016), sobre antropología digital, y ha sido conferencista en foros nacionales e internacionales.

Diseño de portada: Estudio la fe ciega / Domingo Martínez
Imagen de portada: © Shutterstock

© 2018, Jill Begovich

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: octubre de 2018
ISBN: 978-607-07-5226-1

Primera edición en formato epub: octubre de 2018
ISBN: 978-607-07-5230-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Table of Contents

01. LUCI
02. SARA
03. FLOR
04. LUCI
05. SARA
06. FLOR
07. LUCI
08. SARA
09. FLOR
10. LUCI
11. SARA
12. FLOR
13. LUCI
14. SARA
15. FLOR
16. LUCI
17. SARA
18. FLOR
19. LUCI
20. SARA
21. FLOR
22. LUCI
23. SARA
24. FLOR
25. LUCI
26. SARA
27. FLOR
28. LUCI
29. SARA
30. FLOR
31. LUCI
32. SARA
33. FLOR
34. LUCI
35. SARA
36. FLOR
37. LUCI
38. SARA
39. FLOR
40. LUCI

ACERCA DEL AUTOR
CRÉDITOS